TER FOLIA FRVCTVS



J. M. ANDRADE







Ex libris Karl Vollmöller.



Merbitz, Leisnig.


PROPERTY OF
University of
Michigan
Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

AYER, HOY Y MAÑANA.

AYER, HOY Y MAÑANA,

ó

LA FÉ, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD.

CUADROS SOCIALES

DE 1800, 1850 Y 1899,

DIBUJADOS A LA PLUMA

POR D. ANTONIO FLORES.

TOMO I.

1863.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE DON JOAQUIN BERNAT.
Costanilla de Sta. Teresa, núm. 3.—Madrid.

À S. M. EL REY

DON FRANCISCO DE ASIS.

SEÑOR:

Al aparecer la primera parte de esta obra, se dignó V. M. honrarla con su aprecio, y distincion tan alta me animó á ofrecer á V. M. la dedicatoria, si algun dia me era dado llevarla á remate.

Nueve años se van á cumplir desde que V. M. tuvo á bien admitir el reverente ofrecimiento, llevado de su amor á la patria literatura, y grande ha sido en ese tiempo mi anhelo de autorizar con el augusto nombre de V. M. mi humilde libro. Así he tenido honrosas ocasiones de acreditarlo á V. M. cuando benévolamente se ha complacido en escuchar la lectura de algunos pasajes no dados todavía á la estampa.

Sin abandonar jamás el designio de completar el pensamien-

to del *ayer, hoy* y *mañana*, designio ya elevado á la categoría de obligacion imprescindible por los estímulos que he debido á V. M. para no desmayar en la empresa, hasta ahora me han faltado medios de completar los materiales, de suerte que la publicacion se haga de seguida.

Bajo la ilustrada proteccion de V. M. la doy á luz sin desconfianza, pues en materia de literatura vale por todo el voto de quien á la instruccion extensa reune el buén gusto, y los que tienen la honra de oir á V. M. una vez y otra, bien saben que no uso el lenguaje de la lisonja al reconocerle tales dotes en alto grado.

No han variado mis impresiones desde que escribí la primera línea de este libro: al público sale con el mismo espíritu y el mismo tono que si hubiese estado en mi mano no levantar la pluma del papel hasta darlo por concluido. Así me atrevo á esperar que V. M. no juzgue indigno de su estimacion el resto de la obra, ya que el principio fué de su Real agrado; y si por dicha sale cumplida esta esperanza, de sobra quedarán galardonadas mis tareas y recompensados mis afanes.

Dios guarde la importante vida de V. M. muchos años.

Madrid 11 de setiembre de 1862.

SEÑOR,

A los R. P. de V. M.

Antonio Flores.

PARTE PRIMERA.

AYER,

Ó LA SOCIEDAD DE LA FÉ EN 1800.

TERCERA EDICION

CORREGIDA Y CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA.

DOS PALABRAS DE BUENA CRIANZA,

ó

NADIE PASE SIN PERMISO DEL PORTERO.

En Dios y en mi ánima te juro, público adorado, que al anunciarte la presente obra, no imaginaba que habria de costarme tan gran trabajo decidirme á hacerla; y á no ser tú quien eres y á no tenerme tan obligado con tus favores, vive el cielo, y no te asuste que vuelva á jurar, que si dos negaciones afirman, dos afirmativas niegan; vive el cielo, te digo, que habria dado la callada por respuesta á la impaciencia con que has acudido AYER y HOY, á recoger la obra, que MAÑANA vas á juzgar con tu inapelable, pero siempre benévolo criterio.

Razones son las que de razonar acabo que me mueven á cumplirte lo prometido, y hé aquí

ya la ocasion llegada de empezar este libro, que en tus manos pongo y á tu indulgencia encomiendo, con la precisa condicion de que no has de ponerle en manos de quien te le pida prestado para leerle. Porque has de saber, querido amigo, que no lo son tanto los libros del que los lee como del que los compra, y mas honra puede esperar un autor de quien empieza por darle provecho, que de quien aprovecha una arma prestada para herirle en lo mas íntimo de sus ilusiones. Si otro mérito no tuviese el libro para el que lo compra que el valor intrínseco del dinero que le cuesta, habrá de defenderle siquiera sea por no confesar la torpeza con que ha invertido sus capitales. Pero ¿qué inconveniente tendrá en decir que le han dado gato por liebre el que no hace otro sacrificio para leer una obra, que subir la escalera de la biblioteca, ó estarse en su casa esperando una racion de lectura *gratis et amore*?

Verdad es que el amor de padre es una triste prerogativa que nadie disputa al autor, pero el propietario de un libro tiene hácia éste un cariño conyugal, que no le deja distinguir sus defectos; llegando al cabo de algun tiempo á amarle tan de corazon que casi le parece engendro suyo.

Encárgote pues, lector, y te lo repito aunque me tengas por pesado, que á este pobre hijo mio, que ahora me veo en la dura necesidad de ven-

derte, no le prestes ni le alquiles gratis, sino que le vendas y lo revendas lo mas caro posible, en el caso. que no espero, de que te convenga alejarle de tí. Y doyte este consejo, porque me consta que la costumbre de leer en libros prestados, ni la heredaron de AYER los hombres de HOY, ni de éstos la recibirán los de MAÑANA. Es una maña miserable de gente idem, y las mañas son leyes transitorias que no recoge el código de los siglos.

Buen ejemplo de esta verdad, y de que no aprovecha lo que se estudia en libros prestados, es el reciente anatema, lanzado en un plan de estudios, nada remoto, contra los estudiantes que se sirven de los libros de sus condiscípulos. En ese plan, que no recuerdo si era el mil y uno ó el mil y dos, de los mil y ciento que se han dado en este segundo tercio del siglo, se prohibia bajo penas muy severas, no sé si de presidio mayor ó algo menos, que ningun estudiante usase libros prestados, ni aun los de su propio hermano.

Y hé ahí lo que yo quisiera, ó mejor dicho lo que quiero que suceda con este libro y con todos los que en lo sucesivo dé á la estampa: Que ni el hermano se le preste á la hermana, ni ésta á la tia, ni el amigo á la amiga, y que cada padre de familia compre un ejemplar por barba, para cada una de las que en su casa tenga; ni mas ni menos que hace, pensando de él piadosamente, con

la bula de la Santa Cruzada. Sin que por ésto se entienda, y así me conviene dejarlo consignado, que niego á nadie el derecho de leer mi obra, ni mucho menos que solo á los compradores se dirigen estas palabras de buena crianza. Por todos y para todos las escribo, y menos hablo con los que compran que con los que dejan de comprar.

A los unos y á los otros me ha parecido prudente dirigirles este prévio saludo, para que á las primeras páginas de la obra no las digan que está prohibido el pase sin permiso del portero.

Aunque bien mirado, y cosa es que debe mirarse bien, entre el autor y el público es difícil averiguar quién es el que pasa y quién el que permite el paso; cierto es que si el autor no escribiera el público se ahorraba de dar paso á sus escritos, pero no lo es menos que faltando los lectores las obras no saldrian nunca de las casas de los libreros; y en este caso, que es el mas cierto, el libro es el pretendiente y el lector el Mecenas que ha de cerrarle ó abrirle el paso.

Bautícenle con el título de *dos palabritas al que leyere*, como se hacia AYER, ó con el de PRÓLOGO, como se acostumbra HOY, ó con el de, *aquí estoy yo porque he venido*, como se dirá MAÑANA, es lo cierto que nunca ha faltado, ni faltará en las obras del entendimiento un discurso preliminar, que es á los libros, lo que el afinar

de los instrumentos á las orquestas, y las primeras bocanadas de humo á las modernas máquinas de vapor.

Suele suceder, lo que ha sucedido y aun hay quien afirma que seguirá sucediendo por algun tiempo, que esos discursos preliminares no cumplen las condiciones de su institucion; pero esto, sobre ser una falta de que se acusan por mayor y sin escrúpulo todas las instituciones, aun puede el lector pasarlo en claro, seguro de que no pierde nada en ello. Antiguamente esos discursos eran un panegírico que el autor hacia, desinteresadamente, de sí propio; hoy es un elogio que le escribe imparcialmente, un amigo, y mañana, como época de mayor positivismo, será una demostracion matemático-mercantil que le harán al lector, de lo que va ganando con leer el prólogo, y de lo que puede ganar si lee la obra.

Ultimamente, suele suceder, y el presente no me hará mentir, que algunos prólogos hablan de todo, menos de la obra á la cual sirven de heraldo, pero este es un delito pasivo, que no tiene pena señalada en el código vigente, y todo lo mas que se puede hacer es aplicar al autor el cuento de aquel chusco, que despues de haberse parado á hablar largo rato con un portero de diferentes cosas extrañas todas al portal y á la portería, subió la escalera sin decirle á qué cuarto iba de visita. El portero le detuvo queriéndole obligar á

que le dijese dónde iba, pero él replicó que no lo diria, y que habia cumplido sobradamente con la órden del amo de la casa, que decia: *Nadie pase sin hablar al portero*; y que mientras no se fijasen las materias de que se debia hablar, él habia estado en su derecho hablando de lo que quiso.

A pesar de esto, querido lector, yo no sé si he estado en el mio con no hablarte de lo que ha de contener la obra; pero sobre que eso seria defraudarte en la prerogativa que tienes de saberlo por tí propio, cuando la hayas leido toda, creo que no podrás decir que he pasado sin tu permiso.

Te le he demandado anteriormente por medio de un prospecto, y te le pido de nuevo ahora con estas *dos palabras de buena crianza*, que desearé te hallen con la cabal salud que yo para mí deseo. La mia es buena á Dios gracias.

INTRODUCCION.

Dichosa edad y felices tiempos aquellos en que el hombre venia al mundo con la precisa obligacion de creerlo todo, vivia sin dudar de nada y moria en la seguridad de que cuanto le habia rodeado y cuanto le habian prometido, era la pura verdad!

¡Dichosa edad, vuelvo á decir, y tiempos felicísimos aquellos, en que se cerraban los ojos para ver y nadie se cuidaba de saber otra cosa que lo que buenamente llegaba á su noticia, sin dar un paso adelante, por atrapar un secreto, y aun dando algunos hácia atrás por evitar un desengaño!

La fé que para tí, lector, y para mí y para todos nosotros es casi un artículo de lujo, era para aquellas gentes un artículo de primera necesidad, con el cual se destetaban los niños, se edu-

caban las mujeres, se graduaban los doctores, y se jubilaban los ancianos. En aquella sociedad de los mayorazgos, de las vinculaciones y de los pergaminos, la fé no podia dejar de presidirlo todo, porque sus títulos de nobleza hereditaria, su árbol genealógico y su hoja de servicios, eran de la mas remota antigüedad. Con la fé, y no con el telescopio habian visto los grandes capitanes de los siglos pasados el terreno de sus atrevidas conquistas; con la fé, y sin la física ni las matemáticas, se llevaron á cabo obras de arte que hoy son maravillas del mundo artístico; y con la fé, y unas cuantas tablas y unas mal pergeñadas velas, se habia descubierto un Nuevo Mundo al otro lado de los mares.

La fé era por esta razon la nodriza universal de los hombres de AYER, ó como diríamos ahora, el gran motor de la sociedad de antaño. No les hubia ocurrido formular el secreto de su existencia diciendo, *querer es poder*, pero querian y podian y esto les bastaba.

Si tú, lector, no has renegado por completo de la educacion que te dieron tus padres; si te atreves aun á creer en algo; si el excepticismo en que vives y la incredulidad con que te alimentas, te permite conservar algun resto de aquella fé con que te amamantaron, no me escatimes nada, dámela toda, que por mucha que sea aún ha de parecerme poca para la que ne-

cesitas tener al pasar la vista por la primera parte de este libro.

Cierra los ojos, recoge el aliento, muérdete la lengua y déjame que, atado de pies y de manos, te lleve HOY al cementerio de los hombres de AYER, para que cuando llegue el MAÑANA, los veas sin asombro convertidos en un almacen de momias. Si entonces te dicen que aquella edad pertenece á los tiempos fabulosos, y que aquellos hombres son otras tantas figuras mitológicas, podrás decir que no es cierto, y que, gracias á esta obra, que me ves escribir al borde de sus sepulcros y cuando aun humean sus cenizas, los has visto, los has oido hablar, y casi has tratado con ellos.

No temas andar á ciegas por las regiones de lo pasado, ni hacerte el mudo entre aquellas gentes, pues cuanta mayor sea la obscuridad, y mas profundo el silencio, mejor comprenderás la situacion. Yo cuidaré de avisarte para que te arranques la venda de los ojos y sueltes la lengua cuando haya algo que merezca verse, y puédas hablar sin que te recojan las palabras; y mientras tanto oye lo que te digo, que lo haré con toda precaucion y en voz baja, para que no despierten los mal dormidos partidarios de la mordaza.

Excusado me parece encargarte y aun así y todo no quiero excusarme de hacerlo, que no

traigas contigo cerillas fosfóricas, ni cosa alguna que pueda alumbrarnos en el camino que vamos á andar, porque las luces serian decomisadas y volveríamos á quedar á obscuras. Preferible es por lo tanto conservar la obscuridad tal cual la encontramos, y respetando el silencio de los sepulcros, que vamos á visitar, abrazar en globo y de una sola ojeada, la generacion que duerme en ellos, ya que no el sueño de los justos, la siesta de los inocentes.

Jugando á *la gallinita ciega* estaba la sociedad de la fé cuando yo llegué á verla, y jugando ha seguido mientras la he retratado. En tan inocente entretenimiento pasó aquella sociedad los mejores años de su vida, y los hombres y las mujeres, los niños y los ancianos, se dejaban vendar alternativamente los ojos para encerrarse en medio de las demás gentes, que en rueda fantástica giraban á su alrededor, hasta que la víctima acertaba á reconocer por la voz ó por los movimientos á alguno de sus sacrificadores. El *torpe*, (que así se apellidaban unos á otros cuando se dejaban atrapar por la gallina ciega), se prestaba á dejarse cubrir los ojos, y puesto en medio del corro, decia con la mayor candidez: *ande la rueda*. Y la rueda giraba hasta que el pobre ciego la mandaba parar; y con la varilla mágica, que solia ser un cucharon de madera, ó la caña de una escoba, tocaba á alguno

de los de la rueda y le obligaba á hablar para averiguar quién era.

No se le permitia á la gallina ciega llevar la mano hácia la venda, que le cubria los ojos, ni levantar la cabeza para buscar algun rayo de luz en aquellas profundísimas tinieblas, y como entonces no era conocida la *doble vista* ni la *lucidez magnética*, pasaba una hora y otra con los ojos vendados, sin acertar á conocer á ninguna de las personas que giraban á su alrededor haciéndole muecas y riéndose, con general aplauso, cada vez que se equivocaba y decia un nombre por otro.

Así aquella ciega humanidad oia pasar en torno suyo las ciencias, las letras y las artes, sin conocerlas ni adivinarlas, aunque alguna de ellas se divertia y se burlaba hablándole en su propia voz.

Y si daba la casualidad de que acertase á distinguir alguna, llamándola por su propio nombre, solian decir que habia hecho trampa porque veía, y le apretaban la venda, y aun le ponian otra mas tupida, para que no viera, porque el secreto estaba *en no ver*. La gracia del juego consistia en conservarse perfectamente á ciegas, soltando de vez en cuando un nombre y creyendo con fé lo que le decian los compañeros del juego, quienes procuraban engañarle cuanto les era posible.

En los últimos años de esta broma, que duró tal vez demasiado, la venda era menos tupida y se usaba menos rigor con las gallinas ciegas, que alzaban un poco la cabeza y aun se aflojaban el vendaje para descubrir algun rayo de luz. Y por último, tanto se descuidaron una vez, entretenidos con su juego favorito, que cuando se quitaron la venda, ya no pudieron volvérsela á poner y cayeron al suelo deslumbrados por la luz del fósforo y la del gas, y aun la de la electricidad, que brillaba en lontananza.

Entonces vieron que algunas gentes, con las que habian estado jugando, no eran lo que parecian. Habia habido intrusos en el corro, y estos eran los que traian ocultas las luces de las ciencias y de las artes, y aun la antorcha de la civilizacion, que es la llama perenne de donde toman sus rayos aquellas.

Despertó por fin la sociedad de antaño de la larga siesta que habia dormido, y asustada de haber estado sobre un volcan, murió del susto; no sin que antes de que espirara dejase yo de retratarla, trazando los cuadros que van á continuacion, y en los cuales quisiera que el lector pusiera de su parte alguna cosa, para que le sirvan de solaz y entretenimiento.

Yo los he escrito con la mejor intencion y con la pluma más bien cortada y la tinta más bonita que habia en mi casa. Si tú, lector, los re-

cibes de buena gana, y con deseo de reirte y solazarte con ellos, solázate y ríete ahora, por si mas tarde, cuando llegue el momento de escribir la segunda parte de esta obra, en que tú has de *hacer los honores de la casa*, como tú mismo dices, no tienes tiempo ni humor de reirte.

Pero no olvides, lector amigo, al reirte de aquellas que hoy llamamos pobres gentes, que tan útiles son al comercio de la seda las tres largas dormidas del gusano, que le dá su primera materia, como las horas que pasa atracándose de hoja de morera, y las que emplea en fabricar su capullo. ¡Quiera Dios, que tu incansable actividad y tu hidrofóbico apetito de saber y de ilustrar al mundo, sean mas útiles á la civilizacion y á la libertad, que la larga siesta que durmieron los hombres de AYER, quienes, á pesar de estar dormidos, no dejaron apagar en su manos la antorcha de la fé!

CUADRO PRIMERO.

Gacetilla de la capital en 1800.

La mañana está fria como un carámbano de hielo y nada tendria de particular que al pobre hombre se le hubiesen pegado las sábanas; pero no ha sido así por cierto, y bueno es dar á cada cual lo suyo.

Este cuál es, porque vds. lo sepan, ya que no hay razon de que lo ignoren, Ambrosio Tenacilla (a) Pajarito, uno de los peluqueros mas famosos, entre los muy afamados que vivian en la córte ejerciendo su oficio, sin menoscabo de su dignidad ni de la de sus muchos parroquianos, desde fines del siglo pasado, hasta la segunda cuarta parte del presente.

Murió de viejo, cuando ya el oficio estaba en vísperas de ser arte, pero llevó al sepulcro la glo-

ria de haber manejado la cabeza de Pepe Botellas, que tambien murió á su vez, despues de haber tenido la gloria de pasar por rey de España, y de que Pajarito fuese su peluquero.

Dios los tenga en su gloria á ambos, pero de su muerte nos importa muy poco en la presente historia.

Lo que hace al caso es saber que Pajarito no dejó de salir temprano de su casa, el dia de que hablamos, por miedo al frio, ni porque se le hubiesen pegado las sábanas, que aquella noche no le parecieron ni gordas ni finas. Habíasele antojado á su mujer, que no por ser peluquera dejaba de ser antojadiza, sospechar que podia dar á luz el sétimo peluquerito, y el futuro padre, despues de haber salido á deshora, con su indispensable linterna en busca del doctor, se entretenia en fajar la criatura ayudado de la comadre.

Tan cierto es que su tardanza en salir á peinar los parroquianos no era la pereza, que apenas pudo desprenderse de la nueva entraña que le habia regalado su costilla, abandonó el cuidado de la compra al aprendiz, y ciñéndose el espadin, y empuñando la bolsa de los útiles del oficio, voló á casa del primer parroquiano.

Era éste, el mas impaciente, el que le habia dirigido dos apremios por medio del paje, nada menos que un alcalde, y no de barrio, ni de mon-

terilla, ni constitucional, fruta esta última no conocida por aquel entonces, sino todo un alcalde de Casa y Córte.

Antiguo paje de uno de los primeros personajes de la córte, humanista de Calatayud, jurisconsulto de Valladolid y sobrino de un reverendo obispo, el alcalde de Casa y Córte tenia más ínfulas que un asistente de Sevilla, era mas sério que un abad de cartujos, y mas áspero que un carcelero del Santo Oficio.

Sin embargo, cosa rara, no era alto ni enjuto de carnes, sino bajo y muy grueso, hasta el punto de no poderse inclinar á dar un beso á sus hijos. Verdad es que esto lo atribuian sus amigos á diferente causa, y aun elogiaban y tenian por cosa muy conveniente, que un ministro de la justicia no diese esas señales de debilidad. Dispensábanle por igual motivo la sonrisa, y á veces la urbanidad, y para decirlo de una vez, valiéndonos de las propias palabras de entonces, en su casa y en el tribunal tenia siempre cara de vinagre.

Por las tardes tan solo, cuando despues de dormir la indispensable siesta, salia á dar un paseo por el prado de San Antonio, con algun covachuelo, su amigo, y llevando ambos enmedio á algun padre maestro de las Ordenes Calzadas, era cuando se permitia sonreir algun tanto. Pero nunca lo hacia hasta haber salido fuera de la po-

blacion, y recobrando súbito su avinagrada seriedad, en el momento de tropezar con gente extraña.

Con tales noticias no hay para que decir la cara que pondria cuando el peluquero, anunciado por un paje y desembarazado del espadin y del sombrero, entró en el gabinete de su señoría.

A uno de sus alguaciles, que para tomar órdenes habia precedido á Pajarito, por solo el retraso de un cuarto de hora le suspendió de oficio un mes; y á su propia hija, jóven de quince años, que segun costumbre diaria, llegó á preguntarle si queria su mercé que le leyese la fábula que traia aquel dia el Diario, la mandó poner de rodillas y en cruz hasta que él volviese del tribunal.

Pajarito, sin embargo, tenia gran acceso con el parroquiano, y lejos de temer su furor, ni de imponerle la seriedad con que fué recibido, dejó la bolsa sobre un taburete, y haciendo una profunda cortesía, dijo sonriendo:

—No ha tenido usía mala suerte en mandar el paje; si no vá esta segunda vez no vengo hasta despues de haber ido á peinar á dos parroquianos.

El alcalde de Casa y Córte lanzó á Pajarito una mirada aterradora, de que no hizo caso el peluquero, y vaciando un papel de polvos en una gran caja de carton, añadió:

—Al uno de ellos si que le habrá hecho mala obra el estarme aguardando, pero ¡cómo ha de ser! tendrá paciencia, y mas vale llegar algo tarde á la guardia que sufrir un mes de arresto, como le sucedió antes de ayer á un oficial que fué sin polvos á la parada. El otro no me da cuidado; es un oidor de Sevilla que llegó anoche, y aunque me mandó que fuese temprano, los oidores madrugan poco. Es una observacion que tengo hecha hace mucho tiempo; y luego ha ido á hospedarse á la posada de San Sebastian, y allí, ya se sabe, amanece muy tarde. El amo es un gran jugador de mediator, que pasa jugando media noche, y como guarda las llaves debajo de la almohada, hasta que se despierta y.....

Volvió el alcalde de Casa y Córte á lanzar otra mirada al peluquero, quien no por esto dejó de hablar, sino que continuó diciendo:

—Madrugan ahora menos que antes las gentes.!... Ya se vé ¡cómo se acaban tan tarde las reuniones! Anoche, lo menos eran las once y cuarto, cuando tuve yo que salir en busca del médico, porque mi mujer se puso mala; y el mal ha sido un bien..... Digo mal; un bien no, porque me ha dado un hijo, un hijo que pongo á la disposicion de usía, aunque supongo que ya se lo habrá dicho á usía el paje. Hemos tenido un parto felicísimo.

—Gracias á Dios, replicó el hasta entonces ca-

llado alcalde de Casa y Córte, como en tono de reconvencion.

—Sí señor, repuso el peluquero, gracias á Dios y á la comadre, que tenia unas manos divinas. El otro dia estaba yo en la covachuela del Indiano, y llegó allí un lego franciscano de esos que van pedigüeñeando por las plazuelas.

El alcalde volvió á mirar con furor á Pajarito, y éste sacudiéndole la borla de los polvos sobre la cabeza, continuó diciendo:

—Y como esos frailes saben todo lo que pasa en la córte y fuera de ella, dijo que habia venido un cirujano de Castilla la Vieja, excelente sacamuelas y comadron, y que tenia mucha parroquia; pero yo creo que los hombres no sirven para partear, y lo mejor son las comadres. La que asiste en casa es muy buena..... Pues como iba diciendo, añadió Pajarito, viendo que de nuevo se impacientaba el alcalde, á pesar de la hora que era cuando fuí á llamar al médico, aun encontramos dos ó tres personas en la calle. Y ¡qué noche hacia! ¡qué noche! Obscura como boca de lobo, y el frio empañaba la linterna, de manera que no sabíamos por dónde íbamos. Fortuna que el aprendiz iba delante con un chuzo; pero fué excusado, porque no hallamos ni siquiera un ladron; nadie se metió con nosotros.

—¿Quién se habia de meter con vd? repuso el alcalde con tono áspero.

—Cualquiera, repuso el peluquero. Sí, ¡pues, como están tan seguras las calles por la noche! Antes de ayer, sin ir mas lejos, le robaron á un caballero cuanto llevaba encima.

El alcalde se sonrió, y el peluquero dijo:

—¿A que sé de lo que se rie usía?..... yo tambien me rio..... Le estuvo bien empleado el susto por jactarse de que nunca le habian robado. En lo que hizo mal la duquesa fué en devolverle los relojes y las cajas y todo; porque sepa usía que le quitaron hasta las hebillas de los zapatos y las charnelas del calzon. Pero ¿cómo lo harian para que el caballero no sintiese nada?

—Dicen, replicó el alcalde sonriendo, que fingieron una disputa y que habiéndose acercado al caballero para que los pusiera en paz, pretendiendo cada uno tener la razon de su parte, le escamotearon perfectamente.

—¡Estoy por apostar, dijo el peluquero, á que usía fué el que proporcionó á la duquesa ese par de tunos! Pues deben ser mozos de provecho.

El alcalde de Casa y Córte se disponia á confesar su participacion en la broma, cuando llegó allí su esposa, y se vió obligado á recobrar su ordinaria gravedad.

El peluquero mientras tanto concluyó de empolvar la cabeza al parroquiano y haciéndole una reverente cortesía, recogió la bolsa, el espadin y

el sombrero de tres picos, y se fué á casa del oficial de Guardias.

No estaba este parroquiano envuelto como el anterior en bata de filipichí de seda, sino armado de punta en blanco, con calzon idem, botines ajustados hasta la rodilla, y gran casaca encarnada con solapa blanca.

Paseábase impaciente por una reducida estancia, consultando sin cesar un reloj de cuco, propiedad de la patrona del alojamiento, que estaba colgado en la pared, y apenas vió asomar por la puerta al peluquero, le arrió una andanada de votos y juramentos, que no hicieron mas impresion en el ánimo de Pajarito que la seriedad del alcalde de Casa y Córte.

Ocupóse en abrir la bolsa, mientras pasaba la tormenta, y puso manos á la operacion, que empezó por peinarle con delicadeza el cabello, y hacerle una graciosa trenza, que despues cargó á su sabor de manteca de puerco, sin atreverse á desplegar sus lábios por miedo sin duda á las iras del oficial.

Pero éste, suavizado al parecer con la manteca, y mas aún con la humildad del peluquero, alzó la cabeza y dijo:

—¡Con que, tarde y mal, señor Pajarito!

—¿Pues qué los queria su mercé á la cadogan? repuso el peluquero, aparentando no haber entendido la reconvencion del oficial.

—No eres tú mal candongo, dijo el parroquiano; demasiado entiendes lo que quiero decirte. Me haces faltar á la guardia, esponiéndome á un arresto seguro, y quieres privarme tambien de tus embustes. Eres el mayor noticiero de la córte, y ahora, que tenias necesidad de pagarme de algun modo la tardanza, permaneces mudo.

—No hay nada de nuevo, repuso Pajarito, sobre todo para su mercé, que tiene un barbero mas hablador.....

—¿Qué tú? interrumpió el oficial.

—Sí señor, mas hablador que yo, y cuyas noticias le interesan á su mercé mas que las mias.

—¡Oiga!

—Cabalito. ¡Piensa su mercé que yo no sé de dónde vino la silba, que se mamó noches pasadas la dama del *corral* del Príncipe!... ¡Y que no sé que ese barbero es el que afeita al padre de la graciosa del corral de la Cruz!... Pues lo sé todo, y alabo el gusto de su mercé, porque la chica es como una plata y echa sus relaciones y sus tonadas mejor que ninguna de las damas del otro corral.

—Calla, mala lengua, y pónme los polvos prontito y sin mancharme, que por ahorrar tiempo te he aguardado vestido.

—Descuide su mercé, dijo el peluquero.

Y sacó de la bolsa un cucurucho de carton, que entregó al parroquiano; el cual, bonitamente

se lo ajustó á la cara, respirando por un pequeño agujero, que habia á la punta del cono, y asomando los ojos por dos ventanillas de vidrio, que tenia el aparato en la parte superior.

Con semejante máquina, que el oficial sostuvo con la mano derecha durante la empolvadura, se hizo esta sin el menor detrimento del rostro, que descubrió por fin el parroquiano para despedir al peluquero.

Este volvió á recoger sus instrumentos, y diligente como alma de procurador, corrió á la posada de San Sebastian, donde le aguardaba el recienvenido oidor de Sevilla.

Tropezó en la calle con varios amigos, y á todos les preguntaba si sabian algo de nuevo; y por último, despues de haber entrado y salido en varias casas, dió la vuelta á la suya; en la que solo permaneció el tiempo preciso para dar una cucharada de lamedor al recien nacido, recomendar á la comadre que no perdiese el sudor la parida, y cambiar la bolsa que llevaba, por otra mucho mayor; con la cual volvió á salir á la calle, no sin informarse primero del aprendiz de cuanto habia ocurrido en la tienda durante su ausencia, y dejándole á prevencion ocho cuartos sencillos para que diese uno á cada lego de los que llegasen á pedir limosna á la tienda.

—Y oye, le dijo, volviéndose desde la puerta, á San Francisco dále la libreta del pan que sobró

ayer, y á la Merced díle que vuelva cuando yo esté en casa, porque, aunque la vela de San Ramon se consumió toda antes de que pariese la maestra, quiero hacer un regalo al convento. Si gusta de esperarme, puede hacerlo, porque yo vuelvo pronto; solo voy á peinar á los hijos del consejero, que tienen sarao esta noche, y á la condesa de Peralada, que vá á Palacio. A esta última la tiemblo mucho.

—Si no la lleva vd. mas noticias que el otro dia, pierde vd. la casa, dijo el aprendiz.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El paje.

—Me alegro que me lo avises, porque me pasaré primero por las Gradas de San Felipe, á ver si se miente alguna cosa. ¿Han dicho algo los parroquianos?

—¡Han dicho tanto! exclamó el aprendiz.

—¡Y me dejabas marchar sin contármelo todo!

—Yo no sabia que iba vd. á casa de la condesa.

—¿Y eso qué importa? ¿Pues no sabes que mi obligacion, como buen peluquero, es tener á todos los parroquianos al corriente de lo que ocurre? ¿No sabes que nosotros somos las gacetas de la córte, y que vale mas una mala lengua que una buena tenacilla?

—Sí, señor; pero como yo oigo las cosas y al momento se me olvidan.... dijo el aprendiz.

—Pues hijo, ya te lo he dicho muchas veces, no harás fortuna en el gremio.

—Ya sabe vd. que yo tengo mas aficion á la navaja.

—Peor para tí. Un peluquero puede ser algo circunspecto y menos hablador que un barbero; ¡y barbero sangrador que es á lo que tú aspiras!... ¡Ahí es una friolera! Te quedas sin un parroquiano en cuanto vean qué eres mudo. Con que vamos, hijo, cuéntame lo que has oido, antes de que se te olvide.

—¡Si ya se me ha olvidado!

—¿Todo?

—Todo, no señor; me acuerdo de....

—¿De qué?

—De Francia....

—¿Qué es lo que han dicho de Francia?

—¡Qué sé yo!.... que Francia habia vuelto á entrar en.... no me acuerdo.

—¿En París?

—No señor; si París ya sé yo lo que es.... París es aquella carta que tuvo un dia mi maestro.... Lo que aquí han dicho hoy es otra cosa mas revesada.... ¡Caramba! no me acuerdo...... Una palabra que acaba en ina....

—En ina, en ina, repetia Pajarito, queriendo adivinar la palabra que habia olvidado su aprendiz.

Y éste dándose una palmada en la frente gritó:

—Guillotina, ya me acuerdo, la guillotina.... Ahí es dónde ha entrado la Francia otra vez.

—¡La guillotina!.... exclamó el peluquero asustado..... ¡Con que es decir, que han vuelto á degollar á Luis XVI! Eso no será cierto.

—Así lo ha dicho don Ruperto el boticario.

—Pues ese las tiene siempre muy gordas y de buena tinta. El fué el primero que me dijo lo de la otra revolucion, cuando apenas hacia un mes que habian degollado al rey. ¡Yo no sé por dónde sabe las noticias tan pronto!

—¿Qué por dónde las sabe?.... repitió el aprendiz; pues qué ignora vd. que don Ruperto.....

Aquí el aprendiz recorrió con la vista toda la estancia, como si temiera que alguien oyese lo que iba á decir, y acercándose al oido del maestro, añadió con cierto aire de misterio:

—¿Ignora vd. que don Ruperto tiene pacto con el diablo?

—¡Eh!... no digas tonterías, le replicó el maestro.... Con esas cosas no se juega.

—Pues señor, será lo que vd. quiera; ¿pero qué apostamos á que no dice vd. Jesus tres veces, cuando esté á su lado?

—Lo diré trescientas; pues qué ¿no hemos ido juntos á la iglesia muchas veces?

—¿Y el boticario rezaba?....

—Rezaba.

—¿Está vd. seguro?

—Vaya si lo estoy.

—¿Y no hacia gestos?

—¡Qué sé yo!.... Te parece á tí que cuando yo voy á la iglesia me ocupo de otra cosa que de Dios y de sus Santos!

—Pues créame vd., señor amo, don Ruperto tiene pacto con el diablo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Le parece á vd. que se puede creer lo que diga fray Pedro Regalado?

—¿Y ese bendito varon ha dicho?.... preguntó el peluquero asombrado.

—No señor; el padre fray Pedro, precisamente, no lo ha dicho.

—¿Pues por qué te atreves á tomar en boca su nombre para semejantes desatinos?

—Si yo no le he dicho á vd. que lo sé por ese fraile; sino que el lego que vá con él á paseo, me ha asegurado que fray Pedro habia tratado varias veces de sacar los diablos del cuerpo al boticario.

—Jesus, María y José, exclamó el peluquero.

Y santiguándose, repetidas veces, salió de su casa y se dirigió á la calle Mayor, para subir á las Gradas de San Felipe.

CUADRO SEGUNDO.

Las Gradas de San Felipe el Real.

La mentira no es de seguro tan antigua como la verdad, pero se han perdido las noticias de su orígen en poder de los embusteros, y ¡vayan ustedes á echar un galgo en seguimiento del primer hombre que mintió, ó que dejó de decir verdad; porque los mentidores de oficio han dado en la flor de decir que la mentira, siendo la negacion de la verdad, no existe sino por ésta, y no representa otra cosa que su ausencia. Ni mas ni menos que los físicos, que no acertando á explicarse qué cosa sea el frio, han salido del paso con decir que el frio es la ausencia del calor, y que por lo tanto el frio no existe. Axioma incontestable, pero que no suele servir de abrigo al que se siente ir quedando yerto, y que los profanos

pueden volver por pasiva á su antojo, diciendo que el calor no existe, y que no es otra cosa sino la ausencia del frio.

De esta manera han discurrido los embusteros al negar la existencia de la mentira, diciendo que no es otra cosa sino la ausencia de la verdad. Y mientras los unos y los otros andan al morro, encerrados en este círculo vicioso, el calor y la verdad hacen unas ausencias tan largas, que el frio y la mentira ocasionan la muerte y la deshonra.

No se trata aquí, á pesar de lo que va dicho, de romper lanzas por los muertos ni por los deshonrados. Ambas rehabilitaciones son imposibles, casi igualmente para el autor de estos cuadros, y que el galvanismo, aplicado á los difuntos, no vale mas ni menos que la lejía de la rectificacion aplicada á los calumniados.

El honor es una entraña tan importante en la vida moral, que aun herida por equivocacion, ocasiona la muerte civil.

Y esto, que podrá consistir en diferentes causas, reconoce una muy poderosa, que es la de que siempre el agravio tuvo mas auditorio que la reparacion.

Los oidos de la humanidad, no está en ellos el impedirlo, perciben hasta el zumbar del insecto, que á su juicio les presagia una desgracia del prójimo, y no oyen la salva de cien cañonazos

que les anuncia la prosperidad de un amigo. Solo así se concibe que sea mas fácil probar la defuncion de un ausente, que la existencia de ese mismo sugeto, si su muerte fué equivocada, porque, como dice el refran, las noticias malas traen alas y las buenas no se oyen apenas.

Persona hay en el mundo, y en un mundo que no está lejos de nosotros, que habiéndose salvado de un naufragio, en el que perecieron todos sus compañeros, aun no ha podido convencer á su familia de que él es la prenda que lloran, y cuyos bienes anticipadamente heredan.

Pero vuelvo á decirte, amigo lector, que aquí no se trata de esas mentiras graduadas de calumnias, que manchan por donde quiera que pasan, sino de aquellas otras mentiras que el Catecismo Cristiano llama veniales, y que en rigor, aceptada la teoría de los primeros fabricantes del género, son simplemente la ausencia de la verdad.

Hemos traido á colacion, lo que hasta ahora va colado, para probar que las mentiras son fruta de AYER, de HOY y de MAÑANA. La sociedad ha mentido, miente y mentirá, hasta que ella misma deje de ser mentira, y los sitios de donde la verdad se ausente siempre serán *mentideros*.

De los primeros era y de los mas famosos el que por seguir los pasos al peluquero Pajarito, hemos tropezado en el presente cuadro.

En la época, á que nos referimos, habia perdido mucha de su importancia, porque algunos de sus mejores parroquianos acampaban en la Puerta del Sol; pero aun quedaba allí el núcleo de los mentidores, y los curiosos, que andaban cazando noticias, no podian dejar de asistir á las Gradas de San Felipe el Real.

Allí acudian constantemente los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres; lo mismo el militar que el letrado, el sacerdote que el mercader, y el sábio que el artista, á quien entonces, con cortas escepciones, nadie conocia sino por el artesano. El cesante era entonces una plata exótica, pero los retiros y las jubilaciones tenian allí dignísimos representantes. El bolsista apenas asomaba la cabeza en aquella asamblea charlamentaria; el usurero en cambio, como que no ha sufrido ninguno desde que se salvó del diluvio en el arca de Noé, hacia un principal papel en la reunion.

El mentidero, que así se llamaban las Gradas de San Felipe, era en suma una reunion de tribus variadas, que ya amenazaban lanzarse sobre la tierra de promision, para poblarla de pretendientes y cesantes, de agiotistas y mineros, de industriosos y de industriales, y por último, de perseguidores y perseguidos.

Muchos de nuestros lectores habrán alcanzado á ver ese sanhedrin, y algunos acaso formado

parte de él, pero como no querrán confesarlo por miedo de que les adivinemos la partida de bautismo, fuerza será decir cuatro palabras sobre lo que aquello era antes de ser lo que hoy es.

Y era un vestíbulo de piedra bastante elevado del pavimento de la calle, y al cual se subia por dos escaleras que daban á las calles del Correo y de Esparteros, á las que servia de pasadizo ó como ahora decimos de pasaje. En la fachada, que se corria desde la una á la otra escalera, y que daba á la calle Mayor, (entonces como ahora una de las mas principales de la córte) habia una docena de agujeros, poco mayores que bocas de madrigueras, por los cuales, bajando dos altos escalones de piedra, se entraba á unas reducidas pero profundísimas covachas; que con serlo tan perfectas, eran, como queda dicho, tan estrechas y tan ahogadas, que nunca pudieron pasar de ser *covachuelas.*

Así las llamaban todos, y no las mudaremos nosotros el nombre, cuando, atendida su justa celebridad, hagamos de ellas un cuadro especial, para ocuparnos de los hombres de carton y de los hombres de Estado.

Quédense por ahora ignoradas, y subamos sobre ellas á ver cómo discurren, los que andan discurriendo de un lado á otro, en aquel famoso pasaje de AYER.

Pajarito habia salido de casa tarde y muy de prisa y, contra su costumbre, á la que rara vez faltaba, no habia ayudado la misa que, para él y para otras muchas gentes del barrio, decia el confesor de las monjas de Santo Domingo. Fuéle preciso oir la de once en el Buen Suceso, y no llegó hasta las once y media al mentidero.

A esa hora ya los libreros, único comercio que allí estaba permitido, repasando el *David perseguido*, ó las *Empresas políticas de Saavedra*, desde el cajon de madera en que estaban encerrados, habian oido y contestado á mas de cien preguntas ociosas que les hacian los que, despues de hojear todos los libros del puesto, solian retirarse sin comprar ninguno.

Y no se crea que la indolencia del comprador podia hallar disculpa en la escasez del surtido; porque á excepcion de las obras prohibidas por el Santo Oficio, que no eran todas las que se habian escrito, las demás estaban de seguro allí.

Empezando por la *Institucion eclesiástica de Benedicto XIV sobre las campanas y el modo de tocarlas*, y concluyendo por el *Aparato para entender la Sagrada Biblia, al alcance de los legos mas legos*, no faltaba un solo libro de literatura sagrada, incluso el de la *Alfalfa divina para los borregos de Cristo*, la *Lavativa mística para purgar los pecados del alma*, y la entonces reciente y siempre famosa *Historia del santuario de Valvanera*.

La biblioteca recreativa era asimismo numerosa, y desde el *Oráculo de los preguntones, entretenimiento honesto para las noches del Carnaval y las mas frias del invierno*, hasta la *Instruccion para bailar contradanzas y minuetes*, todo se veía en aquellos puestos.

En cuanto á las artes y las ciencias, habria sido gollería pedir mas libros de los que allí se encontraban; pero lo que entonces traia revueltos á los sábios, era una reciente *Explicacion del modo de criar los canarios y aparearlos*, que anunciaba en aquellos dias la GACETA, y el *Arte de conservar y arreglar los relojes*; obras ambas de gran utilidad, con especialidad la última, puesto que las gentes de entonces mas eran relojeros que caballeros que llevaban relój. Usaba constantemente dos el que menos, y suponiendo que de repuesto tuviese cuatro, componian entre todos media docena, y valian bien la pena de ser cada cual relojero de su propia relojería.

Pero, aparte de todo, la moda de no llevar un solo relój era excelente, y jamás pudo inventarse una costumbre de mayor utilidad; no para los ladrones, que la utilizaban bastante, sino para el interesado que, llevando dos relojes, le sacaba el uno de los compromisos en que le ponia el otro.

¡Oh! ¡los antiguos eran unos sábios! Acudian temprano á una cita de estómago, y para que

empezase el sacrificio le enseñaban al anfitrion el relój adelantado; se trataba por el contrario de asistir á un entierro, y disculpaban la tardanza con mostrar el relój dos horas ó mas atrasado.

¡Oh! dos relojes, en estos tiempos en que le convidan á uno para presenciar tantas cosas detestables! ¡dos relojes! ¡Cuánto mas vale tener dos relojes que no tener ninguno!

Dos llevaban ¡dichosos ellos que los tenian! la mayor parte de los concurrentes á las Gradas de San Felipe, y segun aquella usanza, mas parecia que los llevaban por despertar la codicia de los menesterosos que por saber ellos la hora.

Allí, sin embargo, no corrian gran peligro, y á pesar de ser público el pasaje, habia varios círculos, todos de gente amiga y parroquianos diarios.

En casi ninguno de ellos faltaba un sacerdote, que á aquellas horas sólia ser cura y no fraile, un abogado, un militar y un erudito. De estos últimos habia un enjambre.

Tenian pocas ocasiones en que probar su erudicion, y como todo el que calla oculta muy buenas cosas, pasaban por eruditos y de gran talento con solo hacer una cita latina, y pasar doce horas al dia en alguno de los puestos de libros de las Gradas, ó en casa de Cerro, de Tole-

dano, de Esparza, ó algun otro librero de los que hacian la reputacion literaria de sus tertulianos.

Uno de esos eruditos estaba en el corro á donde llegó Pajarito, el futuro peluquero de la familia imperial, apenas terminó la misa del Buen Suceso.

En uno de los puestos de libros dejó la bolsa, y allí se le acercó un paje á darle un billete perfumado y con cierto aire de misterio.

Pajarito no era curioso: le guardó sin leerle y aun sin abrirle, y se fué derecho al corro á preguntar noticias.

—¿Qué quiere vd. que le digamos nosotros, miserables tertulios de la pobre *Heredera*, contestó el erudito? Allí estamos desterrados sin saber nada de lo que anda por el gran mundo.

—Verdad es, repuso Pajarito, que para ir á llevar una noticia á la calle de Toledo, se necesita echar bota y merienda; pero en cambio ustedes leen la Gaceta, y estan siempre al corriente de lo que ocurre en Franckfort y en Stokolmo.

—Buen dinero es la Gaceta, interrumpió un capellan que habia en el corro. Hoy se descuelga dándonos la noticia de que el dia 30 de diciembre falleció en Zamora el famoso Pinto.

—Pinto, Pinto, repitió recapacitando el erudito..... Ese Pinto debe ser portugués...... Gran humanista..... Autor de aquellos versos.....

—Qué versos ni qué calabazas, dijo el capellan; ¿no sabe vd. quién es Pinto?

—Publicó tambien un Horacio con notas, añadió el erudito, y por cierto que no entendió aquello del

Desinat in piscem mulier formosa superne.

—¡Pero don Serapio, por los clavos de Cristo, no diga vd. disparates! Si el Pinto que ha muerto en Zamora no fué tal literato, sino un general de la guerra de Italia.

—¡Ah! eso es otra cosa.

—¿No se acuerda vd. del que hizo la famosa defensa del castillo de Aquila cuando el sitio de Milan?

—¡Vaya si me acuerdo! Como que al padre de Castillo, ese librero de enfrente, que entonces era paje del duque de Montemar, ó mejor dicho de Bitonto, le encargué yo que me trajese un ejemplar de la gran impresion de lujo que entonces se hacia en Italia de la *Gerusaleme liberata*, del Torcuato.

—¿Qué Torcuato? preguntó el peluquero.

—No es el que tú piensas, dijo el cura sonriendo; ese es Torcuato Torío de la Riva, gran péndolista.

—Lo decia, porque es muy amigo de uno de mis parroquianos.

—¿Sí?... Pues que enseñé á escribir á tus hijos, si los tienes.

—¡Vaya si los tengo!.. y por más señas que hoy ha parido mi mujer.

—¡Hola!... Tendremos dulces, dijo un oficial que habia callado hasta entonces.

Y se acercó á Pajarito estrechándole la mano y dándole palmaditas en el hombro.

El cura mientras tanto siguió disputando con el erudito acerca del *piscem* de Horacio, hasta que por último le dijo:

—Sea lo que quiera, no me gusta disputar con usted porque no se acaba nunca. Yo he citado lo de Pinto, para probar lo atrasada que anda siempre de noticias la GACETA.

—¡Atrasada! exclamó el erudito ¿pues á cuántos estamos hoy?

—A 21 de enero... ¡Si le parece á vd. que es poco tardar veinte dias desde Zamora!

—Tampoco me parece mucho. Yo he recibido hoy cartas de Barcelona de fecha del 31 de diciembre.

—¿Y eso qué prueba? ¿Qué comparacion tiene una cosa con otra?

—Ya, pero vamos al caso; lo digo para probar á vd. que no están los correos tan atrasados como se supone.

—Pues diga vd. lo que quiera, cuatro dias antes ha podido estar aquí la noticia.

—Y estaria, pero mientras la ha visto el Consejo y se ha dado el permiso, y se ha impreso y una cosa y otra.....

—Señores, noticia, dijo un nuevo interlocutor acercándose al corro.

—Venga, venga, repuso el cura, abrazando al recien venido. Este las tiene gordas.

—No salgo garante de ella; como me la han dado la doy; ni gano ni pierdo.

—Bravo, bravo, gritaron todos.

—¿Y qué es ello? dijo el erudito.

—Una cosa que traerá mañana la Gaceta y que me acaba de decir en confianza un amigo de un hermano del portero de la Imprenta Real.

—El conducto no puede ser mejor, repuso el cura; suéltela vd. pronto.

—Es de Ingalaterra.

—¡De Ingalaterra! repitió Pajarito asombrado. Ingalaterra, mucho mas lejos que París y que Francia!

—Parece, dijo el noticiero, que SS. MM. los reyes de Ingalaterra y toda la Real familia han llegado á London el dia de Noche Buena.

—¡Hola! dijo el cura.

—Hay mas aun, parece que van á pasar allí las pascuas, y que se han dignado probar con su régia boca la sopa que se dá en esos dias á los pobres.

—Paparrucha, replicó el oficial.

—Muchas gracias, dijo el noticiero; le digo á usted que mañana saldrá en la Gaceta.

—Bien, saldrá ¿y qué?

—Nada, que ya verá vd. como no es paparrucha, una cosa que tanto honra á las Reales personas de SS. MM. los reyes de Ingalaterra.

—Si yo no le digo á vd. que sea mal hecho el que lo ponga la Gaceta, sino que no creo que sea verdad. ¿Le parece á vd. posible que todo un Rey pruebe la sopa que se les dá á los pobres?

—¿El nuestro no seria capaz de hacerlo? dijo el noticiero.

—Sí señor; ¡pero va vd. á comparar los reyes extranjeros con nuestro amado monarca, que Dios guarde!

Todos los presentes llevaron la mano al sombrero, al oir el nombre del Rey en boca del oficial, y éste añadió:

—Otra noticia mas importante puedo yo dar á vds., que de seguro no traerá la Gaceta mañana.

—Esto se va animando, dijo el cura, frotándose las manos.

—Me ha asegurado una persona, que está bien informada, que mañana salen de Madrid los ojeadores de la Real Casa y los monteros, para una gran cacería, que se verificará en el Real sitio del Pardo la semana próxima.

—Ya habia yo oido decir algo de eso, repuso el capellan.

—Sí, vd. todo lo sabe, despues que se lo dicen.

—Hombre, no; yo ignoraba esos pormenores, pero sabia que se preparaba una gran batida, porque mi ama, que tiene á su marido en las Rozas, me ha dicho que habia llamado el alcalde á los vecinos para que estuviesen prontos el dia del ojeo. Ya se ve, S. M. hace la felicidad de esos pobres labradores cuando va de caza, porque les da una peseta á cada uno, y porque siempre se ha dicho, que el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Ya el memorial del hijo que cayó soldado, para que le dejen pasar las pascuas con su familia, ya la licencia de recoger la leña perdida en el monte, y otras mil gracias de las que S. M. dispensa sin cesar á sus pueblos.

—¿Y va toda la familia real á la cacería? preguntó el peluquero.

—Sí, toda, repuso el oficial.

—¡Será famosa!

—¡Oh! magnífica.

—¡Valiente cosa valen las cacerías de hoy, dijo un viejo, que habia callado hasta entonces, para las que daba mi difunto amo (q. D. h.) el señor Rey D. Cárlos III!... ¡Aquellas sí que eran cacerías! ¡Qué lujo y qué esplendidez, y qué tiradores sobre todo, qué tiradores! Mas reses traian

entonces en una semana, que ahora en un mes. Bien que en todo sucedia lo mismo. Quien ha visto el palacio entonces y lo ve ahora, no lo conoce.

—Eso, interrumpió el cura, consiste en las gentes que se han metido allí, sin que nadie sepa de dónde han salido.

—No queria yo decir tanto, repuso el viejo.

—Pues yo lo digo, porque es bien público y notorio.

—Ya, pero yo, al cabo y al fin cómo el pan de la casa, y no me están bien ciertas cosas..... ¡Ay, si alzára la cabeza mi difunto amo y señor (q. D. h.)!

—Si sus Magestades no fueran tan bondadosas..... dijo el oficial.

—Pues ahí está el cuento, replicó el cura, que abusan de la gran munificencia de nuestros reyes.

—¡Son unos ángeles! exclamó el viejo casi llorando.

—La reina, sobre todo, es demasiado amable, dijo el cura, y abusan.

—Díganmelo vds. á mí, interrumpió á su vez Pajarito. A mí, que debia tener la honra de ser el peluquero de SS. MM. Pero se ha entrometido allí un franchute remendon, que no es capaz de hacer un mal *crepé*, ni un *bucle*, y ha sorbido los cascos á S. M. ¡Y yo no sé como se las ha gobernado para presentarse allí!

—Porque la señora es demasiado bondadosa.

—Pero con todo, si no le hubiesen presentado en Palacio.

—¿Y quién ha podido llevarle allí?

—Cualquiera, eso es lo de menos.

—Es lo de mas, replicó el viejo servidor del difunto monarca. En tiempo de mi amo, que de Dios goce, el Señor Don Cárlos III, no se entraba en *la casa* tan fácilmente como ahora.

—Desengáñese vd., dijo el peluquero, para los franchutes no hay nunca puertas cerradas; se cuelan por el ojo de una aguja. Y si dijéramos que tiene algun mérito...... del mal el menos; ¡pero si es un chapucero! ¡Oh, si estuviera vigente el antiguo decreto de policía, que á todos esos peluqueros de viejo les prohibia hacer pelucas de nuevo, otra cosa seria el arte! Entonces sí que los teníamos á raya; no podian hacer pelucas sino mezcladas con pelo y crin, y se les obligaba á poner en cada una de ellas un rótulo que decia: *peluca mezclada*.

—Pues en ese caso, repuso el oficial riendo, hay muchas pelucas de mezcla, Yo apenas conozco una que no sea tornasolada.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? dijo Pajarito incomodado. Lo cierto es que antes de entrar en Palacio era un peluquero ramplon, y ahora se llama nada menos que Barbero-peluquero-bañero; ha puesto las vacías blancas de esta-

ño, en vez de azofar, y quiere pintar la delantera de su tienda de todos colores, siendo así que, por las ordenanzas del gremio, no puede pintarla sino de negro ó de encarnado.

—Déjate de colores, Pajarito, le dijo el cura, y búscate parroquianos en el cuerpo de Guardias de Corps; esos son los que hoy privan; lo demás, es andarse por las ramas.

—Pues me andaré toda la vida, porque yo tengo un carácter muy independiente.

—Tanto peor para tí; no harás fortuna con la independencia, le dijo el cura.

Y súbitamente, al sonar en el vecino convento de la Soledad, la primer campanada de las oraciones del medio dia, todos los que estaban en las Gradas se descubrieron la cabeza, y empezaron á rezar la salutacion del ángel á la Vírgen.

Lo mismo hicieron las demás gentes, que discurrian por la calle; parándose todos de repente y como movidos por un solo resorte.

Los cocheros refrenaron las mulas, quitándose el sombrero; los vendedores dejaron de pregonar sus mercancías, y los dependientes del comercio dieron tregua á las negociaciones, que tenian entabladas con sus parroquianos.

Pero aquella calma solemne duró breves momentos, y terminada la oracion, cambió cada cual un saludo con la persona que tenia mas in-

mediata, volviendo luego todos á continuar sus respectivas haciendas.

Las mulas siguieron su interrumpida carrera; los horteras su inveterada charla, y los vendedores ambulantes sus desaforados gritos.

Solo los concurrentes á las Gradas de San Felipe, cambiaron de ocupacion, disponiéndose á abandonar el mentidero, como si aquellas campanadas les llamasen al trabajo ó al refectorio.

De lo segundo habia mas que de lo primero, y poco faltaba para que las cocineras echasen á remojo los obligados mendrugos de pan, y empuñasen el asa del puchero para vaciar los garbanzos.

Pero hasta la hora del sacrificio, tenian tiempo sobrado, Pajarito para peinar á la condesa de la Peralada, el oficial para ir á la iglesia del jubileo, á cambiar un guiño con su cortejo, y el erudito para murmurar media hora en la librería de la heredera de Sanchez. El capellan fué el único que se despidió para ir á su casa á esperar tranquilamente la consoladora aparicion de la olla, que á la una en punto le servia, en platos de Talavera y sobre manteles gallegos, su ama, la mujer del ojeador de Cárlos IV.

Casi todos los demás concurrentes á las Gradas, fueron repartiéndose en las librerías, ó en las tiendas de comercio hasta la una; hora en que emprendieron el camino de sus aposentos, diri-

giéndose todos á la vez, por único saludo de despedida, esta breve y compendiosa frase.

—Que aproveche.

En aquel momento y como si de súbito estallára una revolucion, se cerraron todas las tiendas, retirándose sus dueños á la cotidiana refaccion del medio dia, hasta las dos de la tarde.

En ese intervalo de tiempo la córte de España quedaba completamente desierta.

Habia sonado la *campanada del garbanzo*, como llamaban algunos el toque de oraciones del mediodia, y despues de haber rezado el *Angelus domini nuntiabit María*, todos se encerraban en sus casas para comer y echar la siesta.

CUADRO TERCERO.

A pares, como los frailes.

Las primeras puertas que se abrian en la córte, en la segunda mitad del dia, eran las de los conventos de frailes.

A las dos de la tarde, desde el 14 de setiembre al 3 de mayo, y á las tres, por causa de la siesta, en el resto del año, abríase el postigo de cada portería, y con un manojo de llaves en la mano, se presentaba el lego portero en el dintel, á esperezarse y á largar media docena de bostezos al aire libre.

Alzaba despues la cabeza, para apreciar la situacion meteorológica, y buscando, por entre la abertura lateral de la túnica, un enorme relój de bolsillo, que solia llevar amarrado con una gruesa cadena de acero, se frotaba las manos si el

tiempo estaba sereno, y se calaba la capucha si habia barruntos de tempestad.

Hecha esta diligencia, se volvia á su celda situada en la portería, y allí esperaba á que fuesen saliendo á paseo los padres graves, para entregarse, en compañía del lego *refitolero*, ú otro cualquiera individuo de la comunidad lega, á su diversion favorita, al juego de damas.

Solian interrumpirle en su cotidiana tarea, los muchachos de la tendera su vecina, para ver si les habia guardado en la manga algun puñado de higos, y los mandaderos de monjas para que avisase al padre Fulano, confesor de sor Mengana ó de sor Zutana.

A los primeros les daba los higos y alguna camuesa el dia en que repicaban recio, y aun les añadia, por via de refrendo cariñoso, un tiron de orejas, mas ó menos bestial, segun lo daba mas ó menos de sí la materia lega. Con los segundos gruñia de las hijas de confesion y de los padres confesores, y la cosa no pasaba adelante.

A poco mas de lo que queda dicho, y cuenten ustedes que en lo que dejo por decir está el obligado jarro de limon y vino, que libaban sin cesar los jugadores, á poco mas, repito, estaban reducidas las obligaciones del portero, desde que se rezaban *las vísperas*, á que él estaba dispensado de asistir, hasta las ocho de la noche en invierno y las nueve en verano que se cerraba la portería.

Lo demás, que pudiéramos decir ahora, pertenece á la vida íntima de la comunidad, y será objeto de otro y aun de otros cuadros.

En el presente nos hemos propuesto no entrar en clausura, por que seria excusado.

Apenas se ha retirado el portero á su celda, cuando empiezan á salir del convento dos y tras de aquellos otros dos, y por último todos los frailes apareados. Quédanse solo, guardando clausura, los impedidos por enfermedad, ó por arresto temporal que les impuso el prior, y los novicios sin su padre maestro, que no fué el último que tomó el portante, emparejando con uno de sus discípulos favoritos.

Los novicios solo salian los jueves, en corporacion y apareados y presididos por su maestro; los demás dias de la semana pasaban la tarde tirando la barra en el huerto, jugando á la pelota en los patios ó *saltando la mula* en la *solana*; especie de galería que en el último piso y en el lienzo del mediodía, habia en todos los convento de frailes.

Pero repetimos, que abandonamos por hoy esos pasatiempos privados, para ocuparnos de los públicos, ó de los que tenian el carácter de tales.

Aunque la distincion parezca un tanto absurda, no vamos á dibujar hoy al fraile religioso, sino al fraile seglar; al fraile, desde que sale de

la clausura hasta que vuelve á entrar en ella.

Especie mucho mas abundante que la otra y de la que fácilmente se hallaban individuos en el año de 1800.

Desde mucho antes de esa época eran conocidos con el apodo biográfico de frailes de *misa y olla*, y sus genialidades han dado gran pábulo á los refranes y á los dichos del pueblo. Hay, sin embargo, en el seglar, de que ahora vamos á ocuparnos, algunos padres *de campanillas*, como decia el vulgo, y algunos, aunque pocos, varones eminentes en virtud y sabiduría.

No eran de estos últimos los dos que primeramente salieron del convento, ni los segundos eran otra cosa que verdaderos frailes de misa y olla.

Uno de estos se acercó á la habitacion del portero, y le dijo:

—Oye, tú, que no se te olvide advertir al padre prior, que esta noche me quedo á confesar al enfermo del otro dia.

—Yo no le digo nada, repuso el portero.

—¿Y por qué no?

—Porque luego dice que quiere que los interesados le pidan directamente el permiso.

—¿Pues no me has dicho que han estado á avisar?

—Sí que lo he dicho; pero yo no se lo repito al padre; luego cuando vd. vuelva al refectorio,

puede decírselo. Así como así no se libra de ir á la celda prioral á pedir el *Benedicite*, antes de salir del convento.

—Es que le acabo de pedir ahora, dijo el fraile.

—Y qué, ¿no piensa vd. volver hasta mañana?

—Iba á hacerlo así, porque está muy lejos, para andar yendo y viniendo.

—Nó importa, padre, repuso con socarronería el portero, haga vd. ejercicio y créame á mí. Por no haberlo hecho así el otro dia fray Olegario hace una semana que come á segunda mesa.

—¡Vaya un castigo! dijo el fraile.

—Es que hay mas todavía; ya sabe vd. que desde entonces baja todas las tardes á la celda prioral á pedir el *Benedicite* y siempre se le niega.

—Tampoco ha perdido nada, porque hoy es el primer dia que no ha llovido desde entonces.

—Sí, pero confiese vd. que es muy duro tener obligacion de pedir una cosa, sabiendo que han de negarla.

—Vamos, dijo con impaciencia el compañero de paseo del fraile que hablaba con el portero.

Y al salir á la calle se calaron ambos las capuchas, metieron las manos en las mangas, que á propósito no eran justas, y á paso largo tomaron la calle arriba, cuando ya no se veia ninguna pareja de las que habian salido, mientras ellos se detuvieron en la portería.

En menos de una hora se ponian en circulacion cerca de mil parejas de frailes, y sin embargo á las tres de la tarde era en estremo raro hallar alguna parada ó de tertulia en las librerías.

Pocos asistian á los paseos; los mas empleaban la tarde en hacer visitas.

En setecientas ó mas casas se repartian los que hasta aquella hora habian vivido en treinta y cinco; que este era el total de los conventos de frailes en la época de que hablamos, Sin contar en este número el de San Bernardino, que estaba fuera de la poblacion, ni la casa de los Cartujos, porque estos tenian clausura perpétua.

Como directores espirituales de las principales familias de la córte, solian ser consultados en algunas casas sobre asuntos domésticos, y á buen seguro que los novios de AYER explorasen la voluntad de la chica ni la de los padres, sin contar primero con la del fraile, que iba de visita á la casa. Simpatía que, sea dicho en honor de la verdad, no costaba gran trabajo adquirir, y que á veces se lograba con solo ayudarle á misa todas las mañanas, y dirigirle algunas palabras en latin, cuando venia á cuento, y cuando no venia tambien.

Por próxima que estuviese al convento la casa á que iban de visita, no se libraban de un besamanos general de cuantos chicos y muje-

res los salian al paso; haciéndolo tambien algunos hombres muy granados, con especialidad los que tenian alguna posicion oficial en la córte.

—Dios le haga un santo, era la frase obligada del fraile despues de dar á besar su mano.

A lo que algunos solian replicar riendo:

—Sí, padre, pero sin vigilia, para que no ayunen las gentes.

La pareja que siguió calle arriba al salir del convento, tropezó á pocos pasos con el alcalde del cuartel, que sombrero en mano, corrió á besarles la idem, y mas allá con el presidente del Consejo de Castilla, que hizo lo propio.

La mujeres no solian besar sino la correa que pendia de la cintura del fraile, y así llegaron los nuestros á una casa de solo un piso, cuya puerta de calle estaba cerrada.

La criada, que bajó á abrir, les besó la correa, y lo propio hicieron el ama de la casa y sus dos hijas, al recibirlos en un gabinete de confianza, cuya pintura, aunque breve, no podemos dispensarnos de hacer.

Era poco mas grande que uno de los patios modernos, y poco menos elevado que una casa de dos pisos. En las paredes habia pintadas muchas figuras mitológicas, con grandes pabellones de color de rosa y azul, que afortunadamente para el autor, estaban medio cubiertos por lienzos sagrados, entre los que hacian justamente el prin-

cipal papel una Concepcion de Murillo y una Sacra familia de Alonso Cano.

Junto á esos cuadros habia otros muchos que contenian patentes de diferentes hermandades; y por último, uno grande, enorme, en el que estaban las Bulas del amo de la casa y de toda su familia. En otro mas pequeño se veian las cédulas de Comunion del año que acababa de pasar

El mueblaje era cumplido y en obsequio á la brevedad, renunciamos á describirlo. Baste saber, que inclusos los sitiales y las cortinas de estera que estaban arrolladas sobre los balcones, todo era procedente de Manila; circunstancia que no extrañaba ninguno de los que sabian que el amo de aquel aposento era un consejero jubilado del antiguo de Indias.

Cuando llegaron allí los frailes, estaban las hijas del consejero bordando la una *al tambor*, unas enaguas para su señora madre, y la otra una chupa con seda de colores sobre raso verde seco, para su señor padre.

Con los ojos bajos se levantaron á besar la correa, y del mismo modo volvieron á continuar la labor, marchando con la escasa basquiña de anascote morado pegada al cuerpo, y oculto el jubon, con un pañuelo de paño verde, estampado en negro.

La consejera, vestida de verde oscuro, hilaba un lino suave y lustroso, en rueca de marfil, de

igual procedencia que los muebles del gabinete, y asimismo continuó su labor aun despues de la llegada de los frailes.

Estos tomaron asiento, lejos de las muchachas, pero inmediatos á la copa del fuego, y uno de ellos dijo, volviéndose á su compañero:

—Qué mal gusto tienen estas jóvenes en no acercarse á la lumbre, principalmente hoy, que aunque hace sol, hiela como un diablo.

—Nos lo ha prohibido su mercé, contestaron las dos niñas á la vez.

—Y ahora ¿quién les manda á vds. hablar? replicó la madre; las niñas bien educadas no hablan sino cuando las preguntan.

Las niñas tenian, por la ley, edad suficiente para preguntarse y responderse por sí propias, pero nada replicaron á su señora madre, que habria continuado reprendiéndolas, á no haberse interpuesto el fraile diciendo:

—¡Eh! no las riña, que ellas no tienen la culpa, y en lo que han dicho, no hay cosa que merezca reprension.

—Hablad, hijas, repuso la madre, que lo manda Fr. Ambrosio.

—¿Y qué quiere su mercé que digamos? preguntó una de ellas.

—Contestad á lo que os pregunten.

—¿Y si no nos preguntan?

—No decís nada.

—¡Como nos manda el padre que hablemos!... replicó una de las jóvenes.

—Sí, pero el padre Ambrosio ignora que mañana es sábado.....

—No tal, replicó el fraile riendo, y ¡ojalá no lo supiera tanto!

—¿Pues qué ha sucedido? preguntó la madre.

—Que el cocinero se olvidó ayer de mirar *la tablilla*, y á última hora ha visto que hoy era viernes.

—¿Y qué?

—Que no se podia comer de carne, y han improvisado un potaje mal guisado y medio crudo.

—Tampoco los pescados estaban muy allá, dijo el otro fraile.

—Sí, pero ya has visto que no han dejado nada en los platos.

—¡Qué se habia de hacer sino comerlo todo! no habia otra cosa.

—No es eso, sino que algunos lo tragan sin mascar, y el maestro de novicios es uno de tantos.

—Tienen estómago de pobre.

Las muchachas se sonreian con lo que decian los frailes, y la madre les dijo por lo bajo, acompañando la palabra con el pié:

—Niñas, que mañana teneis que ir á la iglesia y es preciso que vayais recogiendo el espíritu para hacer luego un buen exámen de conciencia.

—Ea, tome un polvo, dijo uno de los frailes

sacando de la manga una caja de plata, y no gruña á las chicas que son demasiado buenas.

—Hasta la hora presente, replicó la consejera de Indias, tomando el polvo que la ofrecia el fraile, Dios ha querido hacerles la gracia de no dejarlas de la mano; pero es lo que yo las digo: si son buenas y se mantienen en el santo temor de Dios, para ellas hacen, que yo no me echo nada en el bolsillo. Pronto me iré de este mundo, y ya que no las deje grandes riquezas, he procurado darles buena educacion. Sabrán ser mujeres de su casa, si encuentran colocacion, y criar á sus hijos como Dios manda, y como sus padres las han educado á ellas. Que, aunque me esté mal el decirlo, en su casa no han visto ningun mal ejemplo, ni han dejado de oir misa todos los dias y rezar el *rosario entero*, todas las noches, y el *trisagio*, tres veces á la semana. ¡Oh! en eso he tenido fortuna. Llevo cuarenta años de matrimonio, y á no ser los dias que he estado enferma, jamás he dejado de rezar el rosario con la familia; y aun enferma y todo, cuando he podido, los he hecho arrodillar á todos al rededor de la cama y allí se han rezado todas las devociones. Y á propósito, ahora que me acuerdo, ¿les ha dado á vds. mi esposo una limosna para unas misas?

—A mí no, ¿y á tí? dijo un fraile al otro.

—A mí tampoco, y esta mañana le ví, despues

de Misa mayor en la sacristía y hablamos de muchas cosas, pero no me dijo nada.

—¡Es mucha cabeza de hombre! exclamó la consejera.

Y llamando á un paje le dijo:

— Díle al señor que venga, que están aquí los padres.

—Déjele, señora, no le incomode, que no nos vamos aun, repuso uno de los frailes.

—Ya lo supongo; como que tomarán ustedes chocolate.

—Si vd. se empeña..... dijeron á la vez los religiosos.

—Niña, dijo la consejera, empeñándose y dirigiéndose á la mayor de sus hijas, ves y saca el chocolate; ya sabes..... el del arca negra.

—El que envió vd. el otro dia era excelente, dijo uno de los frailes..... No le he tomado mejor nunca.

—Del mismo mando que hagan ahora, porque el que tomaron vds. ayer, no es tan bueno; el cacao es el mismo, pero salió demasiado tostado en la primera tarea.

Y la consejera siguió sorbiendo el polvo hasta que lanzó tres estornudos seguidos.

—*Dominus tecum*, dijeron los frailes.

—*Et tecum*, replicó la señora, á tiempo que el consejero jubilado entraba en el gabinete diciendo:

—¡Hola! ¡ya hablas en latin! Pues se vé cumplida la profecía de San Vicente.

—Qué chanzas tienes, repuso la consejera incomodada. Abogados y militares sois cortados por un patron; los unos lo aprenden en los cuarteles, y los otros en Salamanca.

El consejero no hizo caso del resentimiento de su esposa, y besando la mano á los frailes, les dijo:

—Tenia gana de ver á vds. para preguntarles algo acerca de elecciones. ¿Cómo anda el capítulo para general de la órden?

—Mal, muy mal, contestó uno de los frailes.

—¿Pues qué ocurre?

—Que cada dia hay nuevas ambiciones y nuevas intrigas.

—Yo creia que ya estaba acordado definitivamente quién habia de ser elegido.

—Así dijeron antes de anoche; pero hoy parece que S. M. ha manifestado deseos de que se elija al padre maestro Trigueros.

—Aquel predicador famoso que hizo tanto ruido aquí, por los años de 1780 y 81?

—El mismo.

—Seria una buena eleccion.

—No lo crea vd.; no es lo mismo predicar que ser general de la órden de predicadores. Para este cargo se necesita mucha gravedad y mucho aplomo, y el maestro Trigueros no tiene ningu-

na de esas cosas. Y sobre todo, yo soy franco, esta vez le toca designar persona á *la casa* de Segovia, que es donde se ha de celebrar el capítulo, y no está bien privarle de ese derecho.

—¿Vá alguno de vds.?

—Yo estoy nombrado, dijo uno de los frailes, y por cierto que no encuentro mula á propósito para ir por la sierra. Las de casa son todas muy viejas y me van á tener cuatro dias en el camino.

—Eso seria lo de menos, repuso el compañero; peor será que te arroje por las orejas, en cuyo caso llegas tarde y mal al capítulo.

—No me pesaria gran cosa el no ir, porque temo que no se ha de sacar gran partido del que presentamos.

—¿Quién es? preguntó el consejero.

—Perdone vd. que no se lo diga, señor don Leandro; es un secreto de la comunidad, y por lo mismo que no tenemos seguro el triunfo, andamos con mayor reserva.

—Ustedes son muy dueños de callarlo, repuso el consejero; yo lo decia, únicamente, por si podia influir en algo á favor del designado por la comunidad. Ya sabe vd. mis muchas relaciones en todos los conventos de la órden.

—Sí señor, lo sé, pero los frailes no nos dejamos manejar tan fácilmente como se supone.

Menos trabajo cuesta ganar votos en el Sacro Colegio para el pontificado, que en los conventos para elegir el general de la órden. Y hoy dia ya no están conocidos los capítulos, porque cada convento trata de utilizar el voto en provecho propio, y como suele decirse, se va con el que mas da; por eso temo que ha de salir electo el que ha propuesto S. M. Hay muchos conventos pobres que necesitan estar bienquistos con el gobierno, para la buena resolucion de sus expedientes de gracias, y ese es el mal. Si no fuera así, yo le respondia á vd. de la eleccion.

—Me alegraría mucho, porque creo que ustedes habrán buscado una persona digna de tan elevado puesto.

—Sí señor, me parece que hemos puesto el dedo en la llaga.

—¡Dios lo quiera! exclamó el consejero.

—Allá veremos, repuso el fraile.

—Lo que yo le aseguro á vd., dijo el otro reverendo, es que no se habló tanto del motin de Squilache, como se ha de hablar de nuestro capítulo.

—Siempre han sido ruidosos.

—Pero ninguno tanto como el de ahora.

—¿Cree vd. que será reñida la eleccion? dijo el consejero.

—Algo, repuso el fraile sonriendo.

—¿Pero cosa de alboroto?.... preguntó el consejero alarmado.

—No llegará la sangre al rio, dijeron casi á la vez los dos frailes.

Y suspendieron la conversacion comenzada para recibir las prometidas jícaras de chocolate, que, en marcerina de plata, les sirvieron las propias hijas de la casa; porque las criadas del consejero no pasaron del dintel del gabinete, sino que allí entregaron á sus señoritas todo el servicio del chocolate, inclusos los bollos de Jesus, y unos cuantos vasos de agua en *salvilla* de plata, con su correspondiente panal ó esponjado de color de rosa.

Asimismo sirvieron las jóvenes otra jícara á su señor padre, sin atreverse á tomar asiento en su presencia, hasta que su mercé lo hubo expresamente mandado.

La conversacion que tuvieron los religiosos, despues de haber sorbido, ó mejor dicho, tragado el chocolate, giró sobre puntos de poca importancia, tales como la reciente instalacion de los serenos y del alumbrado, medidas ambas que no habian merecido la aprobacion del consejero, no porque las creyese malas, sino por considerar de mayor urgencia otras muchas.

De este número le parecía lo dispuesto por Su Magestad para reprimir el lujo que se habia introducido en las mesas de los ministros y demás personas notables, y que de real órden se habia publicado el dia anterior.

Los frailes dijeron que no tenian noticia de semejante órden, y aunque les tranquilizó bastante, saber que no estaban comprendidos sus refectorios, rogaron al consejero que les diese lectura de ella, si la tenia á mano, y el consejero, acto contínuo, leyó el siguiente documento, que estaba encabezado, como todos los de aquella época, con una cruz.



Considerando el Rey Nuestro Señor los perjuicios y atrasos que causa en la córte el exceso en el número y calidad de platos y adorno de las mesas principales de ella, que al paso que absorben generalmente mucho mas del importe de las asignaciones, que á los señores ministros y otros jefes y personas, tiene S. M. concedidas por razon de sus empleos, privan á los particulares de ciertos comestibles, á veces los mas precisos para su regular sustento, ha resuelto S. M., en su Consejo de Estado, que se haga una reforma en todas las mesas de esta clase, reduciéndolas á igual regalo y abundancia que exija solo la decencia de los empleos y carácter de las personas que las dan, y evitando el fausto y superfluidad que hoy se usa en ellas, dè lo que S. M. mismo ha querido dar ejemplo, mandando se haga tam-

bien en su real mesa una reforma proporcionada. Lo que aviso á V. E. etc, etc, etc.

—¿Qué les parece á vds.? dijo el consejero. ¿No es esto mas importante que el alumbrado?

—Quién lo duda; pero ayer me hizo mucha gracia el castigo que dieron á unos jóvenes por haber roto dos faroles.

—¿Qué les hicieron? preguntó el consejero.

—Pasearlos por las principales calles con los faroles que habian roto, colgados al cuello.

—Eso está bien hecho; parecemos cafres, y si no se pone un correctivo, no podremos vivir.

Los frailes se pusieron en pié para volverse al convento, y la esposa del consejero se acercó á uno de ellos, y le dijo:

—¿Piensa vd. madrugar mañana?

—A las seis tengo la misa; ¿por qué lo decia usted?

—Porque voy á llevar las niñas á confesar, y quisiera saber si baja vd. pronto al confesonario.

—En cuanto acabe la misa y tome un sorbo de chocolate, estoy listo. Pero pónganse vds. en la capilla del Sagrario, detrás de la sacristía, porque si bajo á la iglesia y me toman por su cuenta las viejas, mañana perdida. Ayer no lo hice así, y cuando me soltaron eran las once. Salí con la cabeza como un bombo. Y el caso es, que dejé ***in albis*** á la mayor parte de ellas.

—¡Algunas son tan pesadas..! exclamó el otro fraile.

—Necesitan vds. armarse de paciencia, repuso el consejero.

—Mas quiero confesar á todo un batallon de tropa que á una de esas brujas, dijo el fraile.

Y salió del gabinete con su compañero.

La esposa del consejero les besó la córrea, y lo propio hicieron las niñas, siendo el padre el único que les besó la mano, despidiéndolos á la puerta de la escalera.

CUADRO CUARTO.

Una madrugada en 1800.

El rutilante Febo, que era AYER tan pollo y tan barbilampiño como HOY, y aun podemos decir que seguirá siendo lo mismo MAÑANA, vivia el año de 1800 en el mismo palacio que ahora, con fachadas á Oriente y á Occidente, y se asomaba por las mañanas, á los balcones de la primera, mas temprano en verano que en invierno.

Entonces, como ahora, decia el calendario que el sol *salia* á las tantas ó las cuantas horas de la mañana, sin importarles un bledo á los almanaqueros, del *motu octavæ spheræ* de Copérnico, sosteniendo indirectamente que el sol entra y sale en la tierra como Pedro por su casa, y haciendo del gotoso y pacífico Febo, un botarate que corre de un lado para otro, diligente y activo como alma de procurador.

La única diferencia que hay, entre AYER Y HOY, es que, salga y entre el sol, ó estése quieto, oyendo tranquilo el *e pur si muove*, que Galileo dijo entre dientes, al arrodillarse sobre la tierra en presencia de los siete cardenales, la única diferencia, repito, consiste en que hoy no alumbra el mismo cuadro que ayer; y como aquí la cuestion es de cuadros, vamos á bosquejar el de una madrugada en la córte á principios del presente siglo.

Disueltas las tertulias á las diez de la noche, cuando algun bando especial no disponia que las reuniones y los espectáculos cesasen al anochecer, á las diez y media ya no transitaban por las calles de Madrid otras gentes que los recien creados serenos, y alguna ronda de justicia.

Los rosarios cantados, los *saetistas* del Pecado mortal y las rondas de Pan y huevo, habian cesado en sus funciones antes de esa hora, y todo el vecindario dormia á pierna suelta, á excepcion de los presos que solian dormir en el cepo á pierna ligada.

Los entonces flamantes serenos, eran, como queda dicho, los únicos que velaban á las altas horas de la noche, vigilando los cuarteles de la poblacion, y cantando la hora, precedida siempre del *Ave María Purísima*.

Un solo grito era, hasta la media noche, el compañero del sereno en aquella obscura soledad,

y hasta que oia el último, estaba el vigilante con el mayor desasosiego, sin atreverse á descansar en ningun punto, con especialidad debajo de los balcones.

Porque era el caso, que, abrirse con estrépito uno de estos, salir una voz diciendo *¡agua va!* y caer al suelo un golpe de agua, que la obscuridad de la noche no permitia ver si era turbia, pero que el ruido indicaba que no era muy delgada, todo pasaba en un solo momento.

Y esto es tan cierto, que si el infeliz que pasaba por debajo de una ventana no oia abrirla, cuando le decian ¡agua va! ya habia ido sobre él el agua. Habiendo sucedido en una ocasion, que un criado, recien venido de la tierra, equivocó la consigna, y por decir agua va, dijo: Alabado sea el Santísimo Sacramento, á tiempo que pasaba un hombre por debajo y descubrió la cabeza para saludar tan santa invocacion.

Y como lo que de noche se hace, de dia aparece, menos la noche misma que apenas sale el sol no aparece por ninguna parte, resultaba que en medio de las calles y aun en las orillas, y hasta en las paredes, y en otras partes, si habia sido noche de viento, aparecia vertido lo que la autoridad habia mandado verter.

Pero como esas aguas sucias y la basura que las acompañaba, no podian permanecer en las calles, el primer cuadro que alumbraba el sol,

era el de dos mulas, que arrastrando un enorme tablon, iban recogiendo toda la inmundicia y llevándola á los vertederos, que no eran sino unos barrancos ó zanjas abiertas á los extremos de la poblacion.

Poco menos diligentes que los aseados animalitos eran los inquilinos de las casas, los cuales tenian obligacion de barrer el trozo desde su puerta al arroyo, apenas habian pasado las hacendosas bestias. Amontonando así el resto de la basura, que mas tarde tenian obligacion de recoger los carreteros, que viniendo á la córte cargados, pensaban volverse vacíos.

Y á esto no podian oponerse, ni alegar ignorancia, porque el bando era terminante, y además de haberse publicado por medio de pregon, en los parajes de costumbre, estaba perene en los mismos, y puedo afirmar á vds. que desde la *cruz* á la fecha inclusa la cruz decia lo siguiente:



Don Fulano de tal, Señor de Veinte Villas y Siete Dehesas, Decano en el Real de Hacienda, Corregidor é Intendente General de esta villa de Madrid, su jurisdiccion y Provincia, Juez único y privativo por especial Real Orden, para hacer cumplir y ejecutar cuanto se contiene en este Bando y sus incidencias, con inhibicion de todo Juez y Tribunal.

Siendo de tan notorio beneficio la nueva general limpieza de las calles de esta villa, que no solo utiliza á la salud, sino es que asegura el preciso aseo para la policía, se ha dignado el rey (Dios le guarde) mandar se usen de algunos medios, que perpetúen la providencia, sin nueva imposicion de derecho ni otro gravámen, que la fácil concurrencia del vecindario al poco costoso auxilio y observancia de los capítulos siguientes:

I. Cada uno, sin excepcion de estado y privilegio, hará barrer todos los dias la delantera de su casa, hasta el medio de la calle, debiendo estar hecho en los meses de noviembre, diciembre, enero y febrero, á las ocho de la mañana: en los de marzo, abril, setiembre y octubre, á

las siete; y en los de mayo, junio, julio y agosto, á las seis. Y para excusar el polvo, que tanto incomoda, harán igualmente, que desde primero de mayo hasta fin de octubre, se riegue la misma delantera, acordando entre sí los vecinos de una propia casa, las semanas, términos ó meses, con que podrán alternar para la ejecucion de uno y otro.

II. El polvo ó lodo, que de esta diaria diligencia se junte en la calle, han de sacar al campo las galeras, carros y carretas, que habiendo entrado en el pueblo, vuelvan á salir de vacío; y espera S. M. que sus dueños contribuyan con buen ánimo á hacer este beneficio á un público del que logran tantas utilidades. Para que así lo entiendan, y cumplan, se despachan ahora á sus respectivos domicilios, las órdenes y bandos convenientes; por virtud de los cuales han de venir prevenidos y enterados de la ninguna excusa, que para lo contrario se les admitirá. Se repartirán palas en parajes oportunos, bajo la custodia de vecinos que tuvieren tienda abierta; y con ellas, y los auxilios que se les suministrarán, cargarán el polvo ó lodo (que ya nada puede tener de inmundicia) los mismos carromateros ó carreteros, quienes en la propia forma llevarán la basura, que se recogiere en los portales, teniendo para esto los habitantes de las casas, la obligacion de hacerla cargar, sin que los conductores sean molestados

con detencion, rodeos, ni extravíos de calles, pues cumplirán con recoger lo que hallen, por donde via recta salieren, dejando el carguío en los parajes señalados en el campo.

III. Las caballerías que vinieren con provision de verduras, sacarán en cada un dia los escombros que causen en las plazas y puestos destinados para su venta.

El vecindario empezará desde luego á cumplir lo que se manda, pena de diez ducados, aplicados á los que se ocuparen en celarlo y denunciar los defectos que hallaren en la observancia. Madrid á tantos de mil ochocientos y cuantos.—Fulano de Tal.—

Es copia á la letra de su original de que certifico yo el infrascripto Secretario y escribano de S. M.

Antes de cumplir con lo dispuesto en el bando que precede, y al abrir cada vecino la puerta de su casa, se santiguaba en el dintel de ella, y susurraba la cotidiana oracion de la madrugada.

Empuñaba con furor la escoba, y sin ocurrirle murmurar del corregidor, que se revolvia entre sábanas de Holanda, mientras él barria aquella sábana de inmundicia, daba cima al trabajo, y acto contínuo se pertrechaba para ir á la compra, no sin entrar primero en algun conven-

to, de los muchos que hallaba al paso, á oir misa; para que habiendo madrugado no le pudieran decir que «el que se levanta tarde, ni oye misa, ni halla carne.»

El vecino honrado, y entonces andaba de sobra este género, oia misa y hallaba carne en los cajones que habia en la Red de San Luis, ó en la plaza de Anton Martin, ó en cualquier otro mercado, de los muchos que habia en Madrid por aquel tiempo.

Los dias en que se despilfarraba algun tanto, siempre con arreglo á la real órden que le prohibia el lujo en la mesa, acudia á la pescadería de la calle de Santiago, donde hallaba peces del Jarama, que aun no hacia tres dias que habian sido pescados, y algunos procedentes del Occéano, que apenas guardaban memoria de su madre patria, y bacalao en abundancia.

Tampoco se advertia allí la falta del escabeche, y si se le antojaba algo de caza, en la calle de idem hallaba gran surtido, sobre todo en las épocas en que S. M. mandaba *sacar* alguno de los montes de la Corona.

En cuanto á fruta fresca, tenia á su disposicion grandes repuestos de higos, pasas, nueces, etc. y no envidiaba las frutas de Aragon y de Valencia, porque no tenia el gusto de conocerlas ni aun de vista.

Con semejantes provisiones volvia á su casa

el vecino honrado, santiguándose y descubriéndose la cabeza cada vez que pasaba por delante de alguna iglesia.

Los marmitones de las casas de la grandeza y los demás criados que iban á la plaza, no volvian tan pronto como el vecino honrado, porque ya entonces les entretenia el aguardiente, la sisa y la murmuracion.

Para esa clase de gente, en materia de bebida, sisa y murmuracion, apenas ha habido diferencia de AYER á HOY, y es mas que probable que no la haya MAÑANA, si dura para entonces el servicio doméstico.

Habia, sin embargo, entre ellos, algunos sirvientes, compradores de raza diversa, que no necesitaban sisar, beber ni murmurar, para andar colorados, lucidos y alegres, y estos eran los cocineros de los conventos.

No iban al mercado en busca de los artículos de primera necesidad, ni aun de los de lujo, porque, como mayores consumidores, todo lo recibian por mayor en el convento.

Los carros de aceite y de vino llegaban periódicamente á la casa, desde sus propios cortijos y bodegas; el tahonero les llevaba todos los dias dos ó tres cargas de pan; el carnicero cinco ó seis reses; la lechera un par de cántaros de su mercancía, y todo por el estilo, menos las verduras que crecian en el huerto, merced á las

fatigas de los novicios y de los legos hortelanos.

Iba, pues, el lego cocinero, seguido del pinche á comprar los adobes para aquellas viandas, y su presencia, en tal ó cual mercado, era un gran acontecimiento para los vendedores.

Todos se disputaban su favor, todos le saludaban con respeto, y á no estar convencidos de que el lego necesitaba de todos, habrian pujado el tenerle por parroquiano.

Junto á ese lego, rumboso y desprendido, cocinero de las órdenes ricas, pasaba el de las mendicantes con una gran alforja al hombro y una estampa en la mano, y sea dicho en honor de aquellas gentes, todos le hacian los mismos cumplidos que á su compañero.

Con el mismo respeto saludaban y acogian al que venia comprando, que al que llegaba pidiendo, y la alforja de este último se llenaba, pronta y diariamente, de las mejores mercancías de la plaza.

Pidiendo por Dios para dar por Dios, los hijos de San Francisco y los del padre de la Providencia el glorioso San Cayetano, volvian á sus conventos cargados de provisiones, que alcanzaban á cubrir holgadamente su mesa, sobrándoles una gran porcion que repartian despues á los pobres.

Las monjas capuchinas enviaban con igual mision á sus *hermanucos*, y no eran menos afor-

tunadas que los santos varones de su órden.

A unos y á otros se decia que los estatutos de su regla no les permitian tomar moneda, pero como las gentes se la daban, habria parecido orgullo devolverla, y se veian obligados á quebrantar el voto de pobreza por no parecer mendigos altaneros.

Tal era el cuadro que el amigo Febo alumbraba con mas ó menos luz, todas las mañanas, mientras el bueno de Pajarito, el peluquero, andaba empolvando pelucas y haciendo coletas, y las hijas de don Leandro, el consejero jubilado de Indias, salian á la calle, á oir misa ó á confesar sus culpas, y recibir la Sagrada Comunion.

Mal hariamos, por lo tanto, en escoger esta ocasion de seguirlas, porque seria distraerlas de su devocion, y esto es lo que su señora madre las tiene mas recomendado.

La víspera de la confesion, que es precisamente un dia cada semana, y el viernes por mas señas, despues de prepararlas su señor padre con algunas preguntas acerca de la doctrina cristiana, se recogen tres horas para hacer el exámen de conciencia, y ya les está prohibido hablar, reir, beber, ni menos tomar ningun alimento hasta que vuelvan al dia siguiente de la iglesia.

El último uso que hacen de la boca, por la noche, es enjuagarla bien con agua clara, y el

primero, apenas se levantan para ir á la iglesia, escupir tres ó cuatro veces.

Acto contínuo, se santiguan, besan la mano á sus padres, y puestos los libros de devocion en una gran bolsa, que cuelgan del brazo, sin alzar los ojos del suelo, seguidas de su madre, se dirigen al templo.

La buena señora quisiera hacerles muchas advertencias, de que se olvidó la víspera, pero otra vez será mas previsora, porque si las dirigiese la palabra, podria distraerlas del único pensamiento que debe ocuparlas en semejantes ocasiones.

Por cuya razon no me atrevo, lector, á que las veas tomar el agua bendita, ni besar los pies al Santo Cristo, que hay en la capilla de la entrada, ni mucho menos quiero que oigas la confesion que hacen de sus culpas, al fraile que vistes en su casa el dia anterior.

Lo que si puedo decirte, es que la esposa del consejero no las pierde de vista, ni en ese momento ni en ninguno otro de su vida, y que si la educacion que las dá te pareciere exagerada, puedes disculparla en gracia de la buena fé con que ella cree hacer lo mejor por su felicidad.

Podrá ser, no lo niego, que las madres que ahora hacen todo lo contrario, sean hijas de aquellas otras madres; pero semejante cambio nunca será efecto de la educacion, sino del siglo.

Y los males del tiempo solo el tiempo los cura.

¿Sabian los sinceros creyentes de AYER, lo que iba á suceder HOY?... Pues así ignoran las gentes descreidas de HOY lo que sucederá MAÑANA.

Afortunadamente tú lo vas á saber algun dia, porque yo, que estoy en el secreto, te he ofrecido revelarlo en la última parte de esta obra.

CUADRO QUINTO.

El corral de las Comedias.

No es de noche, lector; respira tranquilo y vive descansado, que aunque te llevo al Corral á ver una comedia, son apenas las dos de la tarde.

Acaba de mandar el Rey Nuestro Señor, y en su Real nombre los Alcaldes de Casa y Córte, que: «para evitar los desórdenes que facilita la obscuridad de la noche, en concurso de ambos sexos, se empiecen las representaciones en los dos coliseos, á las cuatro en punto de la tarde, desde Pascua de Resurreccion hasta el dia último de setiembre, y á las dos y media, desde primero de octubre hasta Carnestolendas; sin que se pueda atrasar el término señalado, y ciñéndose el festejo al término de tres horas, cuando mas, que es el suficiente para un recreo honesto, y para que se logre salir de dia.»

Así lo ha dispuesto S. M. y yo no puedo oponerme á la voluntad del soberano.

En llevarte al corral del Príncipe ó al de la Cruz, es en lo único que puedo darte gusto.

¿Quiéres ver á los *chorizos* ó á los *polacos*, ó quieres que antes te diga por qué les doy estos nombres?

Pues has de saber que no soy yo quien ha inventado semejantes apodos, sino que allá, no muy allá, hácia el año de 1742, con motivo de ciertos chorizos, que el actor Francisco Rubert (a) Francho, comia en un entremés, con mejor apetito que limpieza, y por haberle faltado una tarde, hizo tales gestos y tales exclamaciones contra el guardaropa, que el público, movido á risa, llamó desde entonces á aquel corral el de los *chorizos*.

Los *polacos*, deben su apodo á un fraile trinitario, gran aficionado á comedias, que les tuvo siempre mucho afecto, y que era conocido del vulgo por el *padre polaco*.

Unos y otros tuvieron distintos apasionados, hasta el punto de formarse numerosas cuadrillas, llevando públicamente los *chorizos* una cinta dorada, y los *polacos* una azul, en los sombreros chambergos.

Los famosos María Ladvenant y Manuel Guerrero, cómicos que entonces ni eran tenidos por artistas ni podian usar el *don*, que tampoco am-

bicionaban, eran los ídolos del pueblo, y á la sombra de esta pasion se cometian excesos de gravedad.

Pero nunca llegaron al punto que en el siglo XVI cuando se usaron los *ferreruelos rabones* que importaron los borgoñeses, y las estupendas *gorras* que vinieron de Milan.

No se arrojaban ya entonces pepinos, ni otros proyectiles verdularios, contra los *ruines cómicos* y las *ruines comedias*, como en tiempo de Cervantes, que en el prólogo de las suyas dice, que «veinte ó treinta de ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos, ni otra cosa arrojadiza; y que corrieron su carrera sin *silbos, gritos*, ni *barahundas*.»

De esto último, habia en abundancia á mediados del siglo anterior, y no faltaba á principios del presente. Epoca en que tú, lector, vienes conmigo al corral de los chorizos, á vér como andan los cómicos con la comedia de Phlumisbo Thermodonciaco (a) don Nicolás Fernandez de Moratin, titulada *La Petimetra*.

Pero bueno será, y aun lo creo preciso, enterarte primero de las precauciones mandadas observar por S. M. (y de las que se repitió nuevamente á la Sala, de su real órden, el cuidado de su puntual cumplimiento) para la representacion de *comedias*, bajo de cuya observancia se permite el que se ejecuten.

Bien sé que, sin el conocimiento de estas precauciones, tú tienes el suficiente criterio y buena educacion, para no cometer exceso alguno que pudiera hacernos incurrir en faltas de desobediencia á las órdenes de la autoridad, á tí como persona que hace, y á mí, como persona que consiente; pero bueno será tenerte advertido de todo antes de tomar dos asientos de ***barandilla***, ó de ***corredorcillo***, desde donde podamos ver la funcion. En el caso de que no seas hembra, que lo sentiria infinito, porque si así fuere, habriamos de renunciar á ir al teatro, ó tendriamos que dejar de estar juntos.

Una de las precauciones, tomadas por S. M. y repetidas á la Sala de Alcaldes, es la de que no se deje entrar en la ***Cazuela*** á los hombres, bajo pretesto alguno, ni aun que hablen con las mujeres desde las gradas y patio. Mandando además, que tampoco se permita á los hombres entrar en los pasillos, que conducen á la exclusiva localidad de las mujeres, para ***impedir los lances que de lo contrario se pueden originar.***

Resulta, pues, lectora, que no puedes venir en mi compañía al teatro, y que tienes que buscar la de una amiga cualquiera, previniéndola que no haga señas á los hombres, si no quiere que el alcalde, presidente de la fiesta, la mande un recado de atencion con sus ministros.

Y tú, lector, ahórrate de traer *cigarros de tabaco*, que estos son los prohibidos por riesgo á los incendios, y porque se ofende con el olor y el humo á los demás del concurso.

Puedes venir en coche si gustas, aunque ya sabes que no has de llegar con él hasta la puerta del corral, porque de semejante privilegio goza solamente el del alcalde, que queda, sin embargo. en la callejuela mas próxima, para no estorbar el tránsito, y estar pronto en cualquier urgencia del real servicio.

Si no le tuvieres propio, te recomiendo que lo alquiles en casa de Simon Gonzalez, antiguo alquilador de coches de colleras, que fué el primero que tuvo este tráfico y dió orígen á que se llamaran simones á los coches públicos, y peseteros á los que mas tarde, en número de doce, se alquilaban, á peseta por hora ó carrera, en la calle de Carretas.

Fernando VI, por los servicios que le habia prestado en las jornadas, le concedió el privilegio de que solo él pudiera tener seis coches de *pechera*, para alquilar al público, permitiéndole tener uno de reserva por si se le rompia alguno.

Pocas cosas mas te incumben, en las precauciones dictadas por los señores de la Sala; las restantes son exclusivas de los cómicos y de las empresas.

Y te las voy á decir á continuacion, para que

no culpes á los cómicos de lo que no hagan estándoles por ellas prohibido.

1.ª «Manda el Rey nuestro Señor (Dios le guarde) y en su real nombre los alcaldes de su Real Casa y Córte, que al extremo del tablado y por su frente, se ponga, en toda su tirantez, un liston ó tabla, de la altura de una tercia, para embarazar, por este medio, que se *registren los pies* de las cómicas al tiempo que representan.»

¿Qué te parece, lector de HOY, de ese liston de AYER? ¿Crees que lo que entonces embarazaba una tabla de á tercia, evitaria ahora una muralla de veinte pies? Con esos saltos de nuestras desnudas bailarinas, ¿no seria preciso tapiar la embocadura del teatro, para evitar el registro de los espectadores?

Y dice así la precaucion segunda.

«Que en los vestuarios de ambos coliseos se tenga siempre capaz y suficiente separacion en que se vistan y desnuden las cómicas, con la decencia y honestidad correspondiente, sin ejecutarlo á la vista de los cómicos, como antecedentemente está mandado.

3.ª »Que no entren hombres en los vestuarios, con pretexto alguno, sean de la clase que fueren, inclusos los dependientes del coliseo, que avisarán préviamente, *para que se pongan las cómicas en disposicion de ser vistas.*

4.ª »Que no se puedan representar, en ninguno

de loscoliseos, comedias, entremeses, bailes, sainetes ó tonadillas, sin que, *despues de obtenida la licencia del juez eclesiástico*, se presenten por los autores de las compañías á la Sala de Alcaldes, para que, mandadas reconocer de su órden, permita la representacion; y si al tiempo de su ejecucion, no obstante hallarse aprobadas, advirtiere el alcalde, alguno de aquellos reparos que no se ofrecen al leerlas, recogerá despues la comedia, entremés, baile, sainete ó tonadilla, prohibiendo su repeticion.»

Aquí, lector de HOY, puedes decir *pata* y seguir leyendo la precaucion quinta, que se reduce á encargar que en las representaciones se guarde la modestia, recato y compostura debidas, no permitiéndose bailes ni tonadas indecentes ó provocativas, que puedan ocasionar el menor escándalo.

La sesta quiero dártela íntegra, porque presumo que te ha de procurar contento saber que á las cómicas de ayer, ni aun en broma les estaba permitido el derecho de ciudadanía varonil por entero, si no por mitad, y mejor dicho por tercera parte, atendido á que entonces llevaban el talle junto á los hombros.

Hela aquí, lector, hela aquí:

6.ª «Que igualmente serán responsables los autores á la nota que pudiera causar cualquiera cómica de su compañía, que saliere á las tablas

con indecencia en el modo de vestir, sin permitir que representen vestidas de hombre, sino es *de medio cuerpo arriba*.

7.ª »Que aunque pidan los mosqueteros (así se llamaban los asistentes diarios á los coliseos) ú alguna otra persona, que se repitan los bailes ó tonadillas ó que salga algun cómico ó cómica, á ejecutar esta ó semejantes habilidades, no lo permita el alcalde, por mas instancias que haga la gente del patio, tomando para contenerlos las providencias que tuviere por conveniente.»

Amen de esas precauciones, habia la de que los aguadores y fruteros, que entrasen á vender en los corrales, hiciesen informacion de *buena vida y costumbres*, ante el regidor comisario de comedias, prévio un exámen del Catecismo por el cura párroco.

Se encargaba tambien que no hubiese celosías altas en los aposentos principales, segundos, terceros, ni alojeros, y que las gentes que los ocupasen estuviesen con la decencia que corresponde, sin capa los hombres, y sin cubrirse las mujeres el rostro con el manto.

Y, últimamente, se decia que:

«Por cuanto se han observado graves inconvenientes de permitir las comedias que en algunas temporadas del año, ejecutan las compañías que llaman de la legua, en los lugares de Mandes, Carabanchel y otros inmediatos á la córte, se

prohiben, por punto general en las diez leguas de su circunferencia, sin que por algun pretexto puedan los corregidores y justicias permitir las representaciones ni admitir las referidas compañías en los pueblos de su jurisdiccion.»

Ahora bien, enterado como estás por lo que queda dicho, de las precauciones que has de observar, y de las que han de observar contigo, ¿quieres venir al teatro?

¿Me autorizas á llegarme al *despacho de billetes de hombres*, á pedir un par de localidades?

¿Quiéres ir de capa ó á cuerpo gentil?

Lo primero está prohibido en las lunetas y en las delanteras de barandillas, á menos que la capa no sea de grana ó prenda de uniforme, en cuyo caso puedes usarla hasta en los aposentos.

Supongo, con razon, que no querrás vestirte de colorado, y que dejarás esa aproximacion de cangrejo cocido para el vejete, que ya nos ha cogido la delantera, y sacando del bolsillo del calzon un peso duro mejicano, pide una luneta de las primeras filas por la que paga dos *medallas*.

Decido por lo tanto asistir contigo al teatro, desde un lugar oculto, y voy á pedir dos gradas.

Tú, mientras tanto, puedes divertirte en ver la gente que va llegando al despacho.

Espera que se desemboce el vejete, del cual no ves ahora sino unas pantorrillas, propias ó alquiladas, cosa esta última, entonces muy cor-

riente, embutidas en ricas medias de paten blancas, y un zapato bajo con hebillas de oro.

Su mayor vanidad consiste en ostentar un pie pequeño, educado con mimo y digno por su ridículo tamaño de la mas exagerada mandarina del imperio chino.

Sobre el cuello de su capa colorada, cae una trenza de pelo empolvada, vulgo coleta, y para que la grasa de puerco no empañe la prenda, tiene cubierto el cuello con una cartera de tafetan del mismo color que la capa.

Pero espera á que se desembarace de ella, y verás el señor mayor mas bien atildado que jamás has presumido.

Chupa blanca, bordada al realce y de colores; chorrera de siete listones de encaje de Bruselas; corbatin blanco y no corbata, que entonces no eran hembras los adornos del cuello; calzon de punto, color de clavo pasado; y por último, una casaca de piqué de seda, del mismo color que el calzon, con botonadura de acero abrillantado.

Los vuelos de las mangas son de encaje riquísimo, compañero del de la chorrera, y amarillentos ambos, por hacer entonces ese color plena prueba en materia de encajes.

Los guantes no son de seda ni de cabretilla, sino de oro y pedrería, tal es la profusion y la riqueza de los anillos que le cubren los dedos, embarazando el juego de los nudillos.

En cuanto á los dos indispensables relojes, que no podian faltar á un currutaco tan estirado como nuestro vejete, sobre anunciarlos de sobra el volúmen que asoma por debajo de la chupa, caen sobre el calzon dos cadenas de oro que rematan en cien variados dijes del propio metal, y ya no queda duda de que los dos relojes siguen siendo fieles á su dueño.

La empuñadura del espadin es de acero y de una labor muy complicada y vistosa, y la vaina del propio metal con cabos de marfil.

En suma, si algo le falta para ser el tipo de la elegancia de la córte, es el sombrero; que aunque es nuevo y de los mejores el que lleva, no es de última moda, porque el sombrerero no le ha cumplido la palabra que le dió de llevarle temprano el que encargó al efecto.

Algo ha sufrido con semejante percance, para que le digamos ni una sola palabra por tan pequeño delito.

Veámosle llegar al despacho para entablar el siguiente diálogo con el cómico que vende los billetes.

—Tenga V. S. muy buenas tardes, le dice el del despacho, señor don Tadeo. ¿Cómo es que no ha mandado V. S. esta mañana por la luneta?

—Porque ya sabia que me la tendrias reservada.

—Eso sí, ¡pues no faltaba mas!

—Yo, ya se sabe, en habiendo *seguidillas del ole*, aunque me tuviera que hacer traer arrastrado, dice el viejo con infantil sonrisa.

—Pues hoy tiene V. S. algo mas.

—¿Qué hay?..... el cartel no dice nada mas.

—Se conoce que le ha visto V. S. de prisa.

—Y bien, ¿qué hay?

—*Seguidillas de la tempestad*, *el canario y el arroyito.*

—¿El arroyito? exclama el viejo fuera de sí.... ¿Qué me dices, hombre?..... ¡Con que nada menos que el arroyito!

—Eso no está anunciado en el cartel; pero me he acercado al señor alcalde y he pedido á su señoría permiso.

—Pues tú ¿qué tienes que ver con eso?

—La que le baila es mi hija.....

—¿Hija tuya?

—Sí, señor.

—Allá veremos cómo le baila. Aquí no se ha vuelto á ver cosa de provecho en esos bailes, desde que dejó de hacerlos la Malagueña. ¡Qué pies tenia aquella muchacha! ¡Qué bien bailaba la *Pastorcilla*! Yo me acuerdo..... por supuesto que era muy muchacho, cuando la ví la primera vez, pero no se me olvida. Como que el difunto Cárlos III (q. D. h.) á pesar de su gravedad y su carácter sério, la vió una vez y la mandó hacer un regalo de consideracion.

—¿Qué la dió?

—No sé si 25 ó 30 doblones.

—¡Cáspita, que fortuna!

—Aquel era un gran rey, y cuando se ponia á hacer una cosa la hacia por completo.

—Si tuviera mi hija esa suerte, para que queria yo mas.

—Es que no nacen todos los dias bailarinas como la Malagueña. ¿Y qué ha hecho Dios de ella? ¡Está muy vieja!

—Sí señor, por ahí anda casi pidiendo limosna.

—¿Es posible?

—Lo que V. S. oye. El otro dia estuvo en casa á ver bailar á mi hija.

—¿Y qué dijo?

—Se le saltaron las lágrimas, acordándose de sus buenos tiempos, y dijo que si los mosqueteros tomaban por su cuenta el aplaudir á Juanita haria furor.

—Yo te prometo hacer lo que pueda.

—Usía puede mucho, pero esta noche me temo que haya toros y cañas aquí dentro.

—¿Pues cómo?

—Porque han venido muchos polacos á tomar billete, y ahora acaba de entrar el jefe de ellos.

—¿Quién es?..... no le conozco.

—Manolito Gala, uno de los veedores del gremio de Puertaventaneros.

—¡Puertaventaneros!.... repite el vejete asom-

brado; ¿tambien tienen gremio esas gentes?

—Sí, señor; ¿pues qué no sabe V. S. que ahora no hay quien no esté organizado en gremio? Hay gremio de roperos de viejo, de cotilleros, de coleteros, de hortelanos, de tratantes en ropas usadas, y hasta de palilleros; los peluqueros son los únicos que constituyen arte, y hermandad los tahoneros.

—Sí, todo eso lo sé; pero ignoraba que el hacer puertas y ventanas formase un gremio aparte del de carpinteros, dice el viejo.

—Lo mismo sucede con los vidrieros de ventanas, tambien es otro gremio aparte.

—¿Del de balcones? pregunta con socarronería el viejo.

—No señor; del gremio de vidrieros en general.

—Ya lo entiendo; así hay tal barahunda y tardan tanto en pasar cuando asisten á las procesiones, exclama el viejo.

Y volviéndose para saludar á una señora que iba al teatro, seguida de su paje, la dice:

—¡Hola, madamita!..... ¿Cómo aquí tan solitaria? ¿y la señora hermana?

—No ha querido venir, porque dice que le apestan las comedias de Moratin el padre..... ¡Vea usted qué absurdo!

El vejete se encoge de hombros, y la señora añade:

—¿Tampoco á vd. le gustan?

—A mí me son indiferentes las del padre, y las del hijo, y las de todos los poetas del mundo.

—Pues ¿á qué viene vd. al coliseo?

—A ver el baile.

—¿El baile ó las bailarinas?

—Como no se puede ver una cosa sin otra..... dice el viejo sonriendo.

—Genio y figura hasta la sepultura, replica la señora, disponiéndose á entrar en el corral.

— ¡Qué le hemos de hacer! Ya somos como los músicos viejos, que no nos queda otra cosa sino la aficion y el compás.

La señora entra riendo en el coliseo, y el viejo, despues de haberla hecho un reverente saludo, bajando el sombrero hasta los pies, se vuelve á continuar la conversacion comenzada con el cómico que está en el despacho de billetes de hombres, hasta que por fin suena la hora de alzarse el telon y entra á ocupar su asiento.

Pero no te apresures, lector, á que vayamos á ocupar los nuestros, ínterin esté á la puerta del coliseo ese hombre, cuya mirada recelosa y ademanes inquietos, te haria sospechar un espía del Santo Oficio, si yo no te afirmara, y te lo afirmo, que no es otro que el célebre Fabian de Tordesillas, veedor del gremio de herreros de obra menuda, y jefe de los chorizos.

Mírale bien, para que no le confundas con

ningun otro, y puedas espiar todas sus acciones y movimientos durante la representacion.

Fíjate bien en su *redingot* de paño color de canela tostada, en su chupa y calzas de ante amarillo, con botones de acero, en sus medias blancas, en sus zapatos sin hebillas, y con boton de acero, en la ausencia de su corbatin, y muy principalmente, en la manera de llevar el sombrero tricornio, tan echado á la espalda que apenas se ve la gran trenza de pelo que le cuelga del cogote, encerrada en una bolsa de tafetan negro. Y aunque creas que no fija la vista en las gentes que van entrando á ver la comedia, no dudes que ya nos ha visto á todos, y muy principalmente al jefe de los polacos, su antagonista furibundo.

Hasta que Fabian se retire de la puerta no empieza la comedia.

Verdad es que ya se ha cerrado el despacho de billetes; pero esto consiste en que el cómico que los despachaba *hace papel* en la comedia, y se ha ido á vestir para estar listo.

Y aunque así no sea, y la representacion empiece antes de que se retire Tordesillas, ¿qué perdemos con no oir la pieza de introduccion que toca la orquesta? A cualquier hora conviene dejar de oir cuatro violines desafinados y dos flautas roncas.

Lo que sí podemos hacer es acercarnos á pa-

gar nuestros asientos á los cobradores, porque va acudiendo demasiada gente y es espuesto perder el dinero y no ver la funcion.

Por otra parte, ya Tordesillas ha visto entrar al jefe de los polacos, Manolito Gala, y no tardará en seguirle.

A ese director de los apasionados del otro teatro, no es fácil que le equivoques con el jefe de los chorizos; pero obsérvale bien por si acaso.

Lleva una chaqueta larga, con faldellines á manera de casaca; calzon y chupa de pana verde; medias blancas; zapatos sin hebilla; una montera de barragan á la cabeza, y el coleto suelto sobre la espalda.

Síguele con la vista y verás, que aunque toma asiento en el patio, entre un grupo de gente toda suya, se acomoda sin saludar á nadie, por no escitar sospechas.

Esta reserva no le aprovecha gran cosa, porque Tordesillas, que se ha situado en el *degolladero*, le observa desde allí y conoce á toda la gente contraria.

La suya está esparcida en distintas localidades y le han ofrecido todos secundar sus esfuerzos. Para la primera señal de desaprobacion que den los polacos, tienen dispuesta una salva de aplausos los chorizos.

Semejante competencia la pagarán de seguro los cómicos.

Ayer, lo mismo que hoy y mañana, el enemigo mas terrible, es un amigo imprudente.

Así sucede esta tarde. Antes de dar principio al espectáculo, sale un cómico á decir, que la comedia anunciada en los carteles no puede ejecutarse por indisposicion de la famosa María Chaves (a) la *Zoronguita*, y al verle asomar á la escena, asoma segun costumbre inveterada, la risa á los labios de muchos y con especialidad á los del jefe de los polacos, y á una señal del de los chorizos, rompen estos en estrepitosos aplausos.

Irrítase el público con tan extemporánea felicitacion, y no ya los polacos, sino los indiferentes, y hasta los apasionados del corral, gritan y silhan, y se arma tal barahunda, que el cómico se retira, sin que nadie haya entendido y sin que él acabara de decir la arenga que traia estudiada, y que, segun costumbre, empezaba con las consabidas palabras de *respetable público, etc.*

Mucho tiempo tarda en restablecerse el silencio, y mucho mas aun en que los espectadores comprendan lo que el cómico ha anunciado; con especialidad el título de la comedia que iba á echarse en vez de *La Petimetra* de Moratin, que no fué mas afortunada esa noche que en vida de su autor, que murió sin verla en escena.

Verdad es que el título de la anunciada en su lugar, aun suponiendo que el cómico le haya

pronunciado por completo, es difícil de retener en la memoria, porque consta de veinte y dos palabras y es, si la memoria no nos es infiel, el siguiente:

«Quitar el cordel del cuello es la mas justa venganza, ó el pobre fundador del hospital mas famoso el venerable Anton Martin, primera y segunda parte; su autor, don Bernardino José de Reinoso y Quiñones.»

Era esta una de tantas comedias, como tenian y tienen los cómicos ensayadas para casos imprevistos, y á las que llaman remediones, y corrió su carrera esa noche sin otra cosa que fuertes oleadas, algunos silbidos, y no grandes aplausos por parte de los chorizos, que quedaron corridos con la primera derrota.

Resérvanse, sin embargo, para el entremés, por ser esta la pieza de empeño del sobresaliente de la compañía, y haber sabido que en ella querian dar los polacos la batalla.

Sucede, pues, ni mas ni menos que lo habian pensado los chorizos, y no pudiendo los enemigos hallar pretexto en la representacion, que iba saliendo muy bien, oye Manolito Gala, toser á una mujer en la cazuela y grita desaforado:

—Calle la cazuela.

—Calle el patio, grita Tordesillas desde el degolladero, donde asomaba la cabeza con trabajo.

—No quiero, replica Manolito Gala.

—Silencio, gritan muchas gentes á la vez.

—Imprudentes, añaden otros.

—Fuera, dice una voz desde uno de los aposentos.

—A la cárcel, clama un tercero desde las lunetas.

—Callar, que no se oye.

—Que vuelvan á empezar.

—Que me devuelvan el dinero.

—Que hable mas alto el barba.

—Que no grite tanto el apuntador.

Y á todos estos gritos acompañan los silbidos de los polacos y los aplausos de los chorizos; y se arma tal barahunda, que el alcalde manda tirar la cortina, y hace que los ministros desalojen el patio y el degolladero, llevando á la cárcel á los principales instigadores, si fueren habidos y declarados tales *ipso facto*. Encargándoles su señoría que á los mosqueteros, con especialidad, no les dejen salir del coliseo, hasta que su señoría dé cuenta á la Sala; y que si entre los promovedores del alboroto se hallase alguna persona principal, que por su carácter ó empleo merezca ser distinguida, le den inmediato aviso, para que apenas concluida la funcion, si no bastaren los atentos y cortesanos oficios de su señoría, dé cuenta al Ilmo. Sr. gobernador del Consejo, para que éste lo haga á S. M.

Cúmplese todo, tal cual lo manda el alcalde, y Manuel Gala y Fabian Tordesillas, con otros varios de sus respectivos bandos, duermen aquella noche en la cárcel, de donde salen al dia siguiente, apercibidos, pero mas exasperados que antes.

Tú, lector, que yo sé què no has tomado parte en la gresca, perdóname que te haya llevado al coliseo en dia de tal barahunda, pero ya te dije que íbamos al corral, y el teatro lo era casi siempre en aquella época.

Quizá otro dia asistiremos á otra funcion, para que puedas apreciar el talento de los cómicos de entonces, que no son los que menos han contribuido á la justa importancia que ha adquirido el arte en el presente siglo.

En el ínterin, si no tienes cosa mejor de que ocuparte, vente conmigo en seguimiento del viejo currutaco, que aburrido por no haber visto el baile, va á su ordinaria tertulia, donde está convidado para un *visiton*, y pasará primero por un café, en el que no ha de pesarte verle.

CUADRO SEXTO.

La Botillería de Canosa.

Ocho años antes de que el siglo actual se entrase de rondon por las puertas del mundo, habia dicho el célebre Moratin, por boca de don Pedro, en su famosa y nunca bastante aplaudida *Comedia nueva*, que—en el café no se debe hacer otra cosa sino tomar café,—y esta frase, celebrada como todas las demás de la comedia, á pesar de los que habian ido al teatro con ánimo deliberado de silbar la obra, pasó á ser un axioma entre las gentes de principios de este siglo.

Era mal mirado, y en no buena opinion tenido, el que asistía diariamente al café, y los que lo hacian por necesidad ó por vicio, nadie por lujo, apenas estaban en casa del cafetero el tiempo necesario para desocupar una taza y vaciar

una copa, si bien esto último lo hacian con la mayor reserva. No porque entonces dejara de tener sus prosélitos la doctrina del padre Noé, sino porque siendo la hipocresía y el vicio, cuestiones de moda, aquellas gentes no estilaban la hipocresía del vicio, sino el vicio de la hipocresía.

Pero ¿crees tú, lector, que era virtud la costumbre de no asistir de tertulia á los cafés, y que las gentes de ayer, pueden hacer mérito de esa privacion como de un sacrificio? ¿Te has figurado que renunciaban á grandes placeres, ni á medianas comodidades siquiera, dejando de concurrir á los cafés que por aquel entonces habia en la córte?

Pues si tal has creido, y tal opinion has formado de aquellas gentes, te has engañado de una manera lastimosa, y voy á sacarte de tu error, haciéndote una pintura exacta de alguna de las *casas de bebidas*, que así las llamaba el Diccionario de la lengua *in illo tempore.*

Cuando la hayas leido, te dirás á tí mismo, si te atreverias á permanecer, no ya despues de haber bebido, pero aun antes de beber, en semejantes casas.

Dice el vulgo que de noche todos los gatos son pardos, y para que pardo te parezca el café, no quiero que entremos en él de dia.

Esta exigencia es en tu provecho mas que en el mio; porque si vieras con su verdadero color,

el café á donde tomaban el idem, Inarco Celenio y el abate Melon, y aun sus enemigos García de la Huerta y el abate Cladera; si le vieras, lector, estoy seguro de que te negabas á acompañarme.

Y necesito que me acompañes, porque solo un hombre de HOY, puede apreciar debidamente los cuadros de AYER.

El del café empieza por un portal obscuro, estrecho, desempedrado y sucio.

En el fondo brilla una chispa de fuego, que mas te convida á quemar en ella un cigarro, que á servirte de su luz para verla. Verdad es, y demos á cada cual lo suyo, que de arder tan poco y de lucir tan menos, no tiene ella la culpa, porque procede de una torcida, que nadie se cuida de atizar, y que arroja su luz á través de un vidrio verde y amen de verde sucio, y amen de sucio prisionero en una red de alambre, mas sucia que el vidrio, y mas gruesa que una torcida.

Afortunadamente, para nada necesitas que el farol alumbre, y ganas mucho con no ver las paredes del portal. Aconséjote tan solo, que si trajeres ropa talar, la recojas con una mano, por si el pavimento no estuviere seco, y dejes libre la otra para acudir con ella á las narices, si necesario fuere, que sí lo será.

Sigue mis pasos aprisa, que para los malos caminos, ni antes, ni ahora ni despues, se inventará cosa mejor que andarlos pronto, y entre-

mos en el café, si no se opone la mampara de hule negro que cierra la entrada, no por su propio peso, sino por el de un saco de media arroba de arena que hace allí de portero obligado.

La sala no es grande, pero en cambio está poco alumbrada, y parece otra cosa. Parece lo que el Nuevo Mundo, antes de que le descubriera Colon: á unos una verdad y á otros una mentira. Tú elige lo que quieras, en la seguridad de que en ambos casos aciertas.

¿Te parece mentira que allí haya pinturas al fresco, y mesas de mármol, y sillones de nogal, y cornucopias, y servicio de plata y porcelana? pues has acertado, es mentira que allí haya ninguna de esas cosas.

¿Crees que es verdad que allí no hay sino unas paredes, sin mas telas que las que colgó la araña por sí propia, sin permiso del cafetero se entiende, y unos tablones de pino, y unos bancos de la propia madera, y unos platos de peltre, y unos vasos de vidrio? pues es verdad, lector, has acertado.

Pero siéntate en uno de esos bancos, y pronto verás como viene á tomar tus órdenes aquel mozallon asturiano que, en mangas de camisa, descansa sobre una de las mesas, de las fatigas del servicio.

Si no viene á la primera vez que le llames, llámale otra y otra; y por último, si aun así no

viniere, no lo tomes á desaire, es que no te ha oido. Y no te ha oido porque estará durmiendo; lo cual no tiene nada de particular. Para unos la vida es sueño, como dijo Calderon, y para los que no son Calderones, sino materia de calderos, el sueño es la vida.

Llégate á él bonitamente, pónte en guardia por si está soñando, y dále una palmada, ó dos, ó tres, en la espalda, y verás como al instante se incorpora, alza los brazos, se restriega los ojos, y mirándote de arriba abajo, sin que se atreva ni á ponerse en pié, te dice:

—¿Qué hay?

—Café, le replicas.

—Sí, señor, este es; ¿y qué quiere?

—Que me sirvas café.

—¿Con leche?

—Sí.

—No puede ser, se ha concluido, te dirá acaso porque la hora es algo avanzada; son lo menos las ocho de la noche.

Y se volverá á tender sobre la mesa, hasta que le digas que te dé café sea como quiera.

Entonces se vuelve á esperezar, abre tres ó cuatro veces la boca, se hace otras tantas cruces, y se dirige por último hácia el fondo del salon, de donde vuelve á salir antes de media hora con una salvilla de peltre en la mano, sobre la que viene una taza y un platillo.

Este último contiene el azúcar terciada, y en la taza viene ya vertido el café, lo cual adivinas al observar el ridículo equilibrio que guarda el mozo.

Podrá suceder que el líquido no venga muy caliente, pero es posible que tampoco esté muy cargado de café, y el agua clara sin riesgo puede beberse fria.

Si no hubieses entrado conmigo, el mozo, al verte solo, se habria sentado á hacerte compañía; pero puesto que hemos venido juntos, paga ó déjame que yo pague el gasto que has hecho, y vámonos al visiton que ya va siendo tarde, y si nos descuidamos, es fácil que cuando lleguemos se haya concluido.

Por el camino te diré cuatro palabras acerca de las botillerías, que es lo que el padre Terreros llama en su famoso Diccionario, casas de bebidas.

La de Canosa, es por muchos conceptos la mas notable de todas.

Nació en el siglo pasado, y ha tenido el valor de vivir todo el primer tercio del presente, conservando hasta la hora de su muerte, toda la integridad de su casa solariega.

Tú, como yo, lector, no te hagas el niño, la has visto al bajar al Prado por la Carrera de San Gerónimo, avergonzada de sí misma, con mas de un pié ya en la sepultura.

Pero no creas que el estar enterrada era señal de vieja, hizo lo mismo cuando niña, y desde que nació tuvo la singular modestia de sepultarse en vida.

Bajábase á verla por cuatro ó cinco súcios escalones, y lo que se veia, una vez dentro de ella, era un sótano reducido, en cuyo centro pendia un enorme velon de cobre, cuyos dos mecheros encendidos, tenian la doble complacencia de alumbrar la estancia, y de llenarla de un gas impropio para la respiracion, pero apreciable al gusto y al tacto no menos que al olfato.

Sus paredes no estaban desnudas de adorno, como las del café, sino que lucian de medio cuerpo abajo, un tonelete de estera fina, cepillo perpétuo de las espaldas de los parroquianos.

Pero ¡valiente cuidado les daba á estos de que la estera les limpiase la ropa, mientras refrescaban el cuerpo con las sabrosas bebidas que confeccionaba el repostero Canosa! Así como el don Pedro de Moratin decia, que en el café se debe tomar café, decian los concurrentes á la botillería de Canosa, que allí no se debia ir á nada mas que á beber la leche helada.

Y no valia argüirles con que el botillero Calzadilla, establecido en otra covacha en la calle Ancha de San Bernardo, era tambien repostero de fama, porque no hacian caso. Habíase declarado la moda en favor de Canosa, y allí era

donde se reunía la gente principal de la córte.

Pero, tú, lector, dirás, ¿y cómo es posible que toda la gente principal de Madrid cupiese en aquella cueva?

Y á eso te replico anticipadamente, por si tan corto reparo se te alcanza, para dudar de lo que es pública voz y fama en Madrid, que la mayor parte de los parroquianos no bebian en la casa del botillero, sino en la suya propia.

¿No has visto á los soldados acudir cada uno con su propia cuchara á sacar la racion de las ollas del rancho? Pues ahí tienes lo que hacian los parroquianos de Canosa: acudir con sus propias habitaciones á la puerta de la botillería.

Nunca bajaron de treinta coches los que paraban por las tardes, de vuelta del paseo, á la puerta de la botillería.

Allí les servian el refresco sus propios lacayos llevándoles, en los primeros tiempos, los bizcochos á mano, y mas tarde, mucho mas tarde que á principios del siglo, en unas bandejas de mimbre. Bandejas que no se desdeñarian de servir de tapadera á las cestas en que hoy se vende la fresa.

Los pollos de entonces, que los habia, y de ellos hablaremos en otro lugar, cosidos á la casaca de su señor padre, se acercaban cortesmente á saludar á las madamitas de los coches; pero los héroes de la fiesta, los que hacian, digámoslo así,

el gasto, con el único objeto de no gastar dinero, eran los abates y los poetas.

De ambos habremos de ocuparnos largamente, y en cuadros distintos. Lo que ahora importa es empezar otro nuevo, para lo cual nos parece oportuno terminar aquí el presente.

CUADRO SÉTIMO.

Una visita, un visitero y un visiton.

PARA no verse ni tratarse, excusado es que las gentes vivan en sociedad.

El trato engendra simpatía, la simpatía amistad, la amistad amor, y el amor parentesco.

Tal ha sido el orígen de la familia desde los tiempos antidiluvianos, hasta los presentes, en que no deja de haber diluvio de palabras, de frases y de cumplidos, y tal será hasta que tornen á encuadernarse en el Valle de Josafát, los huesos que desencuadernó el diluvio.

Nada importa que sea cierto el *sí de las niñas* de AYER, ni *el sí de las madres* de HOY, ni *el tanto mas cuanto* con que buscarán MAÑANA las unas y las otras, á los hombres que andarán huyendo de las otras y de las unas.

Que ajusten las madres sin consultar á las hijas, ó que estas se vendan sin consultar á sus madres, no es mas que una oracion de activa y pasiva que en nada altera lo que dejamos dicho, de que, suprimidas las visitas, seria excusado vivir en sociedad.

Así lo comprendieron los antiguos, y por eso se visitaban con tanta frecuencia. Sucedia entonces que. . . . .

. . . .

Pero, ahora que me acuerdo, y antes de que pasemos adelante, ¿sabes, tú, lector de hoy, lo que eran las visitas de ayer? ¿Por ventura has creido que eran como la domiciliaria, ó la de puertas, ó la eclesiástica, ó la general de cárceles, ó alguna otra de estas visitas que ahora tenemos, y con las que aun no puede decirse que visitamos, como lo hacian nuestros padres?

Pues no, lector, no se trata de ninguna de esas visitas, en que el visitado recibe poco gusto de ver al visitador, como sucede hoy á los contribuyentes con el agente del gobierno, que les hace una visita para informarse de lo que han pagado, ó mejor dicho de lo que han dejado de pagar, y se lo exige *fustibus et armis* sin etiquetas ni cumplidos.

Las visitas, de que ahora te hablo, eran todas de cumplido y de etiqueta, y nadie podia renunciar á hacerlas ni á recibirlas, sin ser teni-

do, por un salvaje indigno de vivir en sociedad.

No valia entonces dar doce reales por cien visitas, cosa de que cualquier litógrafo se encarga ahora, como verás en la segunda parte de esta obra; ni estaba admitido el delegar un criado para que fuese á averiguar si el amigo habia vuelto con felicidad del viaje, cosa que entonces ocurria raras veces, ni si la amiga habia dormido bien, lo cual se hacia por mayor; y en suma el servicio de las visitas era personal, sin endoso ni transferencia de ningun género.

Habia en la manera de cumplir con ese importante precepto de la etiqueta, sus puntos de habilidad, y el que la lograba perfecta recibia el nombre de *visitero*.

Voy, pues, á enseñarte uno que la casualidad me ha traido á las manos, y que en sus tiempos es fama que rayó en el oficio tan alto como el que mas, siendo él uno de los hombres de menos estatura que habia entonces en Madrid.

Cierto es que entonces, por fortuna, no habian llegado á España las tropas extranjeras, que mas tarde la invadieron, y á pocos madrileños les habia ocurrido pasar de los cinco pies.

La estatura andaba hermanada con la ambicion, y la raza madrileña era poco ambiciosa y no muy alta.

El héroe de las visitas, que ahora te presento, no cabe sin embargo en un bolsillo de mi gaban,

porque le estorba el espadin, y porque no es tan pequeño de cuerpo que no pase de los cuatro pies cerca de cinco dedos.

No es gordo, pero está en carnes, y sin acudir al alquilador, puede esconder dentro de la calceta una mediana pantorrilla y tiene, como hijo de la ballena, vulgo madrileño, toda su vanidad encerrada en los siete puntos que calza de escarpin.

Es currutaco hasta dejarse de sobra la currutaquería; apellídanle *petimetre*, y aun hay quien dice que se dió por aludido en un monólogo que se publicó en sus mocedades, con el título de *Don Líquido ó el currutaco vistiéndose*.

A pesar de que no puede cumplir ya los cuarenta y cinco, tiene derecho cuando se muera á que le alumbren con cera amarilla; y esto á pesar de las mujeres de su tiempo, que, como las de ahora, no se conformaban con que los hombres se mantuviesen solteros.

Pero el celibato ha sido fruta de todas las edades, y aunque la Iglesia se llevaba entonces muchos maridos, siempre quedaban algunos en flor, que morian sin haber dado fruto, ni al siglo, ni al claustro.

Este don Narciso Ceremonial, de que ahora te hablo, no vivia solo, aunque no era casado, y tenia en su compañía una tia, que casi podia valer por dos mujeres.

Una tia de aquellas cuyo patron se ha perdido, y que no me atrevo á presentar en este cuadro porque absorberia todo el lienzo.

Es un tipo especial que, como verdadero estudio arqueológico, tendrá su lugar mas adelante.

Para presentarle necesito haber adquirido una gran confianza con los lectores.

No es su sobrino ni una sombra de lo que es ella, y aun así tengo miedo de que me le devuelva el lector.

Pero como ya estoy comprometido á pintarle, es preciso hacerlo, y allá vá, aunque no vuelva. Vive en la calle de los Bodegones (hoy de Hita), en un cuarto principal de quince piezas, y por el que paga tres reales diarios, por mensualidades vencidas, con otras ventajas en el arrendamiento, de que tambien pienso hablar en otra ocasion.

Tiene habitacion de verano y de invierno, independientes y completas ambas, y aunque los muebles no son de lujo, son decentes y buenos.

El estrado le tiene adornado con mucho gusto, y digno de las personas que le honran con sus visitas, pero el estrado pertenece á la tia y nada podemos decir de su adorno.

La estancia en que está Narciso, aguardando al peluquero, es la única que nos pertenece, y de ella lo habremos dicho todo con llamar la atencion del lector, hácia un salterio, una mesa

de tocador, un molde de pelucas, seis taburetes de haya, tapizados de damasco carmesí, y un sofá de lo mismo.

Sobre el salterio hay una urna de cristal, que guarda un San Juan de cera, y á la cabecera del catre, que se vé en la pieza inmediata, un crucifijo de marfil y una pila de corcho para el agua bendita.

Don Narciso, envuelto en un capotillo ó citoyen de casimir aleonado, no crean vds. que pasa con los brazos cruzados el tiempo que ha de tardar en venir el peluquero. Ya se ha ajustado el calzon de punto, color de tabaco flor baja, y las medias de paten, y por último, los escarpines de hebilla; operacion dolorosísima y en la que ha consumido largo rato; lucha terrible entre el pié y el zapato, que siempre concluia por amoldarse el primero á las economías del segundo. Y esta empresa era tanto mas arriesgada y comprometida, cuanto que el calzon era tan justo y estaba tan ceñido, que muchos petimetres, para usarle, le colgaban en unas cuerdas que pendian del techo, y agarrados á ellas, dejaban caer las piernas á plomo en aquella funda, con gran riesgo de una costalada.

Con un pañuelo de yerbas, cubre las chorreras del pecho, para conservarlas incólumes, y saca otro pañuelo del bolsillo, en cuyas cuatro puntas hay otros tantos nudos.

Es el libro de memorias, en el que cada nudo es un recuerdo, que le sirve para saber que ha de acordarse de algo.

El sistema nemotécnico es algo confuso y mi hombre se dá diferentes palmadas en la frente, para sacar de allí la historia secreta de aquellos nudos.

—Este, dice hablando consigo mismo, es el que hice para acordarme de que el domingo son los dias de la marquesa del Sobresalto; y el caso es que no me acuerdo si debo ir á dárselos, porque su sobrino el vizconde del Susto, me parece que no vino á felicitar el cumpleaños á mi señora tia. Justo y cabal, no vino, dice y deshace el nudo, añadiendo:

—Este otro tiene dos vueltas y no me acuerdo lo que era... Los pendientes de mi señora tia, ya los llevé á casa del platero; el par de hebillas no, porque las dejé al dorador y me dijo que fuera por ellas el sábado... ¿Qué será este nudo? Y ello, no hay duda, es cosa doble... El par de pendientes, no; las hebillas tampoco; los relojes, menos... ¡Ah! ¡ya caigo!... ¡No tenia otra cosa en la cabeza...! visitar á las hijas de don Crisanto, que son gemelas y cumplen años mañana. Les daré las vísperas, porque mañana es un dia muy ocupado, y el sastre Dios sabe á qué hora me traerá la casaca de terciopelo.

Nada dijo de los otros dos nudos, y cogiendo

los dos relojes, que tenia sobre la mesa en una doble relojera de paja, se sentó á darlos cuerda; operacion trabajosa y larga, que párrafo aparte merece, y á renglon seguido voy á dársele.

Observen vds. primero el tamaño de los relojes, si quieren que no les asuste su fecundidad. Es cada uno de ellos, bastante menor que un pan de municion, y mucho mayor que un panecillo; pero aquellas carnes no son enteramente suyas, y cuando don Narciso empieza á mondarlos. se quedan tamaños como una castaña.

La primer sobrecaja es de concha, claveteada con puntas de plata; don Narciso la quita y se la cuelga en el dedo índice de la mano izquierda; la segunda es de marfil, y la engancha en el inmediato, y la tercera es de cobre, y pasa á ocupar el otro dedo.

Siguen á esas tres sobrecajas, la caja primera, que es de plata, y halla colocacion en el cuarto dedo; la caja segunda que es de plata tambien, y ocupa el quinto; y por último, la tercera, en que está la máquina del reloj, defendida por un guarda-polvo, que don Narciso aparta para poder jugar con libertad una llave de cobre, menor que las que hoy llevan á la espalda los gentiles-hombres de Cámara.

Acto contínuo, y para que no se resfrie la *rueda catalina*, vuelve á cubrir á la criatura, y

dá cuerda al otro reloj, esperando así la llegada del peluquero.

Háblale éste de las modas, de los paseos, de las tertulias, y de los nuevos pasos de la contradanza; del zarcé, de la alemanada, de los arcos dobles y de los de cuatro caras, y concluye por no empolvarle jamás á su gusto.

Pero, por fin, el peluquero se marcha, y don Narciso, despues de darse la última mano, mete en los bolsillos de la casaca, un pañuelo de yerbas doblado, y una almohadilla de tafetan, para arrodillarse en la iglesia, sin detrimento del calzon y de las rodillas.

En los de la chupa coloca el dinero, el rosario y el trisagio; en las relojeras del calzon, las dos máquinas con las seis cajas y las seis sobre-cajas; y en el bolsillo del costado, en la casaca, un espejito y un peine, para los casos imprevistos. Item mas, dos cajas de concha, una con polvo de tabaco flor baja y otra con el de mil flores, aderezado con vinagrillo de los *siete ladrones*.

Toma por fin el sombrero y el baston, besa la mano á su señora tia, y se dirige al convento de la Soledad, á oir misa y rezar sus devociones particulares, antes de tomar la carrera de las visitas.

La primera es la de un consejero de Castilla, antiguo amigo de su padre, á quien es de rigor verle al mes justo de haber enviado á su hijo á

Salamanca, por si ha tenido noticia de su llegada.

A esta no le acompañamos, porque temo que nos atrape el consejero, y nos lea todas las cartas que le ha ido escribiendo su hijo, en las diez jornadas que hizo desde la córte á la universidad Salmantina.

A la segunda visita tambien le dejo ir solo, porque me dice que despacha pronto; no vá á otra cosa que á presentar sus respetos á un amigo, á quien visita los dias 15 y 30 de cada mes, y á quien recibe en su casa el 10 y el 25.

A donde es preciso que le acompañemos tú y yo, lector amigo, es á casa de don Crisanto, cuyas hijas nos esperan, empavesadas con todos los trapos del cofre, y todas las alhajas del arca, sentadas en el sofá del estrado, á derecha é izquierda de sus padres, que almidonados y prendidos, están recibiendo el besamanos de los amigos.

La víspera y el dia del santo y cumpleaños de cada uno de la familia, hacen lo propio y tienen perfectamente estudiado el papel.

Don Narciso frecuenta y tiene mucha franqueza en la casa, pero toda la deja ese dia en la suya y entra en el estrado con todo cumplimiento y ceremonia.

Los de la casa le reciben con la mayor gravedad, sin decirle que deje el sombrero, ni pre-

guntarle cosa alguna, y sin que él diga otras palabras que éstas, al asomar á la sala:

—San Ambrosio sea en esta casa, que por las vísperas se conocen los dias.

—Vd. es siempre muy bien venido á esta humilde choza, contesta el padre.

Y Narciso, despues de permanecer allí inmóvil y mudo, diez minutos en los casos de cumpleaños, y quince en los de dias del santo, se levanta y dice:

—Con que madamitas, salud para cumplir muchos miles, en compañía de señores padres y de aquellas personitas que sean mas de su agrado.

—Y á vd. para verlos, responden á coro los cuatro celebrantes.

Con lo cual don Narciso hace una cortesía, y dando una cabezada á cada una de las visitas que hay en el estrado de don Crisanto, sale á la calle á continuar sus visitas; siendo una de ellas alguno de los puestos del *Diario*, donde lee éste y el *Mercurio*, para enterarse de las afecciones astronómicas del dia anterior y de las efemérides, y leer los bandos de la autoridad, para observarlos fielmente, en la parte que le corresponda. Porque, como él dice, y dice bien, no hay peor pecado que el de la ignorancia voluntaria.

Así este dia, en que nosotros le vemos, se dirige al puesto del Diario, en busca de un bando

vigente ya, pero reciente, que le hace falta estudiar á propósito de unos lutos.

Bando tan curioso que no podemos resistir al deseo de copiarle á continuacion, para que el lector le lea, mientras hace su última *visita* el *visitero* y nos lleva al *visiton*.

Decia así el llamado *bando de lutos*.



Manda el Rey Nuestro Señor, y en su Real Nombre los Alcaldes de su Casa y Córte, que en conformidad de lo prevenido, así en la Real Pragmática Sancion, publicada en esta Córte, como tambien en las Reales resoluciones que por el Rdo. en Cristo, Padre Obispo de Cartagena, Gobernador del Consejo, se han comunicado á la Sala, los lutos que se pusiesen por muerte de personas Reales, sean en esta forma: Los de los hombres, vestidos negros de paño ó bayeta, con capas largas, los que las usaren; y los de las mujeres, de bayeta, si fuese en invierno, y en verano, de lanilla. Que á la familia de los vasallos, de cualesquiera estado, grado ó condicion que sean sus amos, no se les den ni permitan traer por muerte de personas reales, pues bastantemente se manifiesta el dolor y tristeza de tan universal pérdida con los de los dueños. Que los lutos

que se pusieren por muerte de cualquiera de los vasallos de S. M., aunque sean de la primera nobleza, sean solamente vestidos negros de paño, bayeta ó lanilla; y solo los han de poder traer las personas parientes del difunto, en los grados próximos de consanguinidad y afinidad, como es por padre ó madre; hermano ó hermana; abuelo ó abuela, ú otro ascendiente; ó suegro ó suegra; marido ó mujer; ó el heredero, aunque no sea pariente del difunto; sin que se puedan dar á los criados de la familia del difunto; ni á los de sus hijos, yernos, hermanos, ni herederos; de suerte que no se puedan poner lutos ningunas personas de la familia, aunque sean de escalera arriba. Que los atahudes ó cajas en que se llevasen á enterrar los difuntos, no sean de telas, ni colores sobresalientes, ni de seda, sino de bayeta, paño, ú holandilla negra, clavazon negro pavonado, y galon negro ó morado, por ser sumamente impropio poner colores sobresalientes en el instrumento donde está el orígen de la mayor tristeza: y solo se permite que puedan ser de color, y de tafetan doble, y no mas, los atahudes ó cajas de los niños, hasta salir de la infancia, de quienes la Iglesia celebra misa de ángeles. Que no se vistan de luto las paredes de las iglesias, ni los bancos de ellas; sino solamente el pavimento que ocupa la tumba ó féretro; y las hachas de los lados; y que solamente se pongan en

el entierro doce hachas ó cirios, con cuatro velas sobre la tumba. Que en las casas del duelo solamente se pueda enlutar el suelo del aposento donde las viudas reciben las visitas del pésame, y poner cortinas negras; pero no se hán de poder colgar de bayeta las paredes. Que por cualesquiera duelos, aunque sean de la primera nobleza, no se han de poder traer coches de luto, ni menos hacerlos fabricar para este efecto, pena de perdimiento de los tales coches, y las demás que parecieren convenientes, las cuales quedan al arbitrio de los jueces; y á las viudas se les permita andar en silla negra, pero no traer coche negro en manera alguna; y tambien se les permita que las libreas que dieren, á los criados de escalera abajo, sean de paño negro, llanas, sin que por ninguna persona de cualquier estado, calidad ó preminencia que sea, se pueden traer seis mulas, ni caballos en los coches dentro de la córte, y cercas de esta villa; y sí solo en los paseos públicos fuera de la córte; saliendo de ella con cuatro, y sin que las otras dos se puedan llevar por las calles detrás de los coches, sino que salgan delante á esperar á sus dueños, fuera de las puertas por donde hubiesen de salir al campo; lo que no se entiende con los que van ó vienen de camino, porque estos han de poder entrar y salir con seis mulas, sea corto ó largo el viaje que ejecuten, comprehendiéndose en ellos los

que van y vienen á los Sitios Reales, pero con tal de que los cocheros lleven y traigan puestas casaquillas cortas, ó los coches zaga atrás ó adelante de ellos, aunque sea solamente de las cabezadas, ú otra alguna divisa, que acredite el que van ó vienen de camino: lo cual se ha de cumplir inviolablemente, bajo las penas impuestas por la misma Real Pragmática, y las demás que parecieren convenientes; y de las personas que cometieren semejantes excesos, sean de cualesquiera clase, se dará cuenta á S. M. Y para que llegue á noticia de todos, y ninguno pueda alegar ignorancia, se manda publicar por bando, y que de él se fijen copias en los parages acostumbrados de esta córte.

Y lo señalaron en Madrid á 14 dias del mes de mayo de 1780. Está rubricado.

Es copia del Bando original, que lo queda en la escribanía de gobierno de la Sala á que me remito, y de que certifico; y lo firmo en Madrid á 14 dias del mes de mayo de 1780.

CUADRO OCTAVO.

Un visiton.

No estoy arrepentido ni ha de pesarme haber puesto otro lienzo para bosquejar este asunto.

Era mucha gente y no hubiese cabido toda en aquel cuadro.

Porque el visiton no es un hombre que visita mucho, como es tragon el que mucho traga; ni un hombre que visita poco, como es pelon el que tiene poco pelo. Anarquía del sentido comun lingüístico, de que aun no se ha dignado darnos explicaciones su mercé la señora Madre Lengua, ni su dueña Quintañona la Academia Española. Señora muy principal y de muy altas prendas y circunstancias, que, sin embargo, tiene á la puerta de su establecimiento un rótulo, que no lo inventára mas llamativo, el charlatan

Dulcamara. A ser verdad lo que tiene escrito en la fachada de su tienda, vende ella unos polvos, que ni los de Segovia, en punto á limpiar, fijar y dar esplendor. Pero mientras no se digne hacer alguna de esas tres habilidades, no ha de lograr gran número de parroquianos.

Un visiton, y vuelvo á mi cuento, con permiso de la Academia, es mas que un visitero y mas que un visitador, y mas que un visitado, y aun mas que una visita, y mucho mas que dos, y mas tambien que una docena. Es un gran círculo de visitas, de visiteros, de visitados y de visitadores, en el que apenas se sabe quién es el que visita, ni quién el que se deja visitar.

Hay, sin embargo, en cada uno de esos visitones, muchas personas que hacen y pocas que padecen; tan pocas que á veces basta con una: el visitado por ejemplo.

Con solo que él, ó ella, tenga la debilidad de recibir de noche en su casa, á los que precisamente salen á eso de las suyas, ya tienen ustedes armado el visiton.

A las cinco de la tarde, en invierno, llegan á la casa las primeras visitas, que son siempre los amigos de mas confianza.

El resto de la tertulia no acude hasta las seis, hora en que empieza el visiton.

Hasta ese momento, los amigos que acudieron temprano y los amos de la casa, que se ahor-

raron de acudir porque estaban allí desde las cuatro, hora en que volvieron de paseo, no están ociosos.

Rezan el rosario en familia; piden luego á Dios por las necesidades de la Iglesia Católica, Apostólica Romana, por la salud del Monarca y de su Real familia, por la extirpacion de las herejías, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, y por las necesidades particulares de cada familia. Bien que para estas hay un rosario especial, llamado de San Cayetano, en el que cada *Pater noster*, llevá este suplemento petitorio: *Glorioso San Cayetano, muéstranos vuestra providencia.*

No todos los de la tertulia suelen rezar el rosario arrodillados, pero todos se arrodillan al comenzar la letanía, y no se alzan del suelo hasta que el amo de la casa recoge el rosario, se santigua con él, le besa, y le da á besar á todos los presentes.

Entonces quieren soltar todos á la vez, cuanto han pensado, mientras parecia que no pensaban en otra cosa que en las oraciones que decian, y el amo de la casa, sacando uno de sus relojes, dice:

—¡Cáspita!... ¡las seis menos cuarto son ya! En broma, ¡en broma, hemos gastado un cuarto de hora mas que ayer! ¡Y parece que dos *dieces* mas que tiene *la Corona*, son una friolera!

—No consiste en los dieces, replica un amigo, sino en que nos ha ido vd. encajando una sarta de *necesidades* que yo creí que no acababa nunca.

—¡Qué aprension! dice el amo, las mismas de otros dias.

—No tal; ayer, sin ir mas lejos, no rezamos la Salve por la salud del obispo de Cartagena, ni el Padre nuestro por el alma del difunto Rey don Cárlos III (Q. D. H.)

—¡Calle! ¡vd. lo advirtió y no dijo nada!... ¡Habrá pícaro! exclamó el amo de la casa, sonriendo. Yo me acordé cuando estábamos cenando, y al dar gracias de sobre-mesa, añadí las dos cosas que se me habian olvidado al rezar el rosario.

—Tambien yo las recé mas tarde, porque tampoco lo advertí en el acto del rosario. Pero luego, yo no sé que jugada ocurrió en el mediator, y dijo don Anselmo:—Gran cosa hará vd. en ganar con esas cartas... así se las ponian al difunto Cárlos III. Y entonces me acordé que no le habíamos rezado.

—¿Y del obispo de Cartagena, preguntó el amo de la casa, cómo fué el acordarse?

—Porque cuando fuí á casa, me dijo mi esposa que estaba mejor su señoría Ilma., y que así se lo habia dicho la sobrina del ama, loca de contenta, porque de ese modo no se retardaría su boda.

—¿Se casa aquella chiquilla? preguntó uno de los presentes. Es demasiado jóven.

—Pues él tambien es un muchacho, que cuando mucho habrá cumplido, tal vèz no, los treinta años.

—Mal hecho, dijo el otro tertuliano, se van á llenar de chiquillos.

—Niña, interrumpió el ama de la casa, dirigiéndose á su hija, jóven de veinte años, véte allá fuera. Las niñas no pueden oir ciertas cosas.

La niña obedeció, y es fama, aunque la fama miente algunas veces, que se quedó detrás de la puerta, para ver si era verdad que no podia oir, lo que acaso no hubiera oido habiéndola dejado quieta.

Y lo primero que oyó fué lo que dijo su madre, satisfecha de lo que habia hecho por la buena educacion de su hija.

—Está una en brasas con estas muchachas, dijo; yo no sé algunas madres como las dejan enterarse de todo y estar en todas partes.

—Porque ahora, dijo uno de los presentes, se da una educacion fatal á la juventud. Yo me acuerdo que, en mis tiempos, ninguna muchacha soltera se presentaba en los saraos, ni en las visitas, y si alguna vez lo hacian, era con una modestia y un recogimiento que daba gusto. Alzar ellas los ojos del suelo, sin que se lo mandara su

señora madre, era imposible; hablar, aun cuando las preguntaran, sin pedir permiso á sus padres, eso no lo veia vd. jamás.

—¡Pues váyales vd. á las niñas de ahora con esas canciones!... La que mas y la que menos á los veinte y dos años ya tiene galan que la mire y le haga la rueda; y sabe cantar tonadillas, y bailar contradanzas. Yo, les digo á vds. la verdad, estoy asustado.

—No será por lo que hace tu hija, replicó la madre, que yo, en buena hora lo diga, no la dejo ni tanto así de libertad.

—Haces lo que debes.

—Es que como dices que las niñas de ahora hacen esto y lo otro, parece que todas son iguales, y por eso te he replicado. Por lo demás, tienes razon en decir que hay mucho desenfreno.

—¡Eso es espantoso!... exclamó uno que habia callado hasta entonces.

—¿Pero qué ha de suceder con la educacion que ahora se les da en *las pensiones*? Lo primero que las enseñan, parece que les falta tiempo, es á leer y á escribir, y luego á bordar, y á tocar el salterio.

—La lectura les hace mucho daño.

—Ya lo creo que les hace, ¡y grande! y no á ellas solas, sino que tambien á los hombres les perjudica el saber leer. Y desde que el Santo Oficio va alzando la mano en la prohibicion de cier-

tas obras, está muy expuesta la juventud. En fin, para probar á vds. el afan que se ha despertado por aprender á leer y escribir, les diré que el otro dia tuve la curiosidad de leer una representacion, que elevaban á S. M. los gremios de artesanos, y de cincuenta y uno que eran los veedores, ¡pásmense vds.! solo habia treinta y ocho que no supiesen firmar.

—¡Es mucho lo que va cundiendo esa aficion!

—¿Pero qué se extrañan vds. de eso? replicó el amo de la casa. En Madrid, está la córte y es natural que suceda lo que vds. dicen, pero en las provincias está pasando lo mismo. Poblaciones miserables, que no tienen mil fanegas de término, se dejan morir de hambre antes de despedir al maestro de escuela.

—¡Despedirle!..... gritó uno de los concurrentes, ¡pues si hay pueblo que quiere tener dos escuelas en vez de una!

—Hacen bien, repuso con tono irónico el amo de la casa, hacen bien, que aprendan á leer y á escribir que hay falta de obispos. Al demonio le ocurre establecer escuelas de primeras letras en los lugares pequeños. Así se despiertan ambiciones y los hijos de los jornaleros quieren hacerse letrados y eruditos.

—Y mientras tanto, replicó uno de los concurrentes, anda la agricultura como Dios quiere por falta de brazos.

—En cambio sobran sábios, repuso el amo de la casa, siempre con tono irónico. Ya verá usted dentro de poco tiempo que bien estamos. Todos seremos hombres de letras y no habrá quien quiera coger un azadon ni dar una puntada. Es muy natural; S. M. ha tenido la bondad de hacernos á todos iguales, y á nadie se le pregunta quien es para enseñarle á leer y á escribir.

—No sea vd. exagerado. amigo mio, que no es tan fácil como vd. se figura el hacerse hombre de letras. Bien se conoce que no tiene usted hijos.

—Pero tengo sobrinos.

—¿Y ha pensado vd. en darles carrera?

—Sí señor, que he pensado, ¿pero qué quiere usted decir con eso? ¿Puede nadie comparar mi familia con la de esos pobres jornaleros, que no tienen ni un palmo de tierra sobre qué caerse muertos?

—No lo digo por eso, replicó el amigo del amo de la casa, y ya sabe vd. que yo, menos que ningun otro, puedo dudar de que vds. son de la sangre azul. Me acuerdo de lo que mi señor padre, (Dios le tenga en su santa gloria) decia, hablando del abuelo de vd., y á propósito de su nobleza.

—¿Qué decia? preguntó con orgullo el dueño de la casa.

—Que despues de Dios, la casa de Quirós; y como vds. creo que tienen algun parentesco con el linaje de los Quirós.

—Vaya si tenemos..... Pregúnteselo vd. á mi sobrino, que ha tardado mas de un mes en arreglar sus pruebas para ir á estudiar á la universidad de Alcalá. Y no porque tuviese ningun tropiezo en ellas; que gracias á Dios, sangre azul por los cuatro costados, y veinticinco árboles genealógicos, todos entroncados con el nuestro, no nos faltan.

—Pues bien, ahí tiene vd. lo que yo decia; esas pruebas que exigen á los estudiantes, me parecen excusadas. Tenga el jóven deseo de aprender y disposicion para el estudio, y aunque sea hijo del pregonero.

—¡Jesus! ¡qué máximas!..... dijeron á la vez todos los presentes. ¿Dónde ha aprendido vd. esa doctrina?

—En ninguna parte; pero creo que los hombres son hijos de sus obras, y que un muchacho honrado, de buena vida y costumbres, dócil y aplicado, debe aspirar á seguir una carrera.

—¡Hola!.... ya transije vd. con que atestiguen la buena conducta y.....

—¿Quién lo duda? A lo que yo me opongo es á que se le pregunte si su padre y su abuelo fueron nobles, al que no pretende ser noble, sino abogado, médico ó boticario. Si él tiene talento,

aunque haya nacido de padres pobres podrá llegar á ser un sábio.

—En ese caso, y siguiendo las máximas de usted, el certificado de buenas costumbres es inútil tambien; puede ser un pillo y tener un gran talento.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Porque el verdadero talento consiste en ser hombre de bien.

—¿Y si no tiene el talento verdadero sino el falso? dijo el amo de la casa sonriendo.

—Entonces..... pero hablemos de otra cosa, porque vd. se ha propuesto llevarme la contraria en esta cuestion.

—No tal, lo siento como lo digo; y vd. y yo no lo veremos, porque somos viejos, pero nuestros hijos han de ver como llega un dia en que será tal el enjambre de abogados y de médicos, que se han de defender y curar los unos á los otros.

—Eso se remedia de otro modo.

—¿Cómo?

—Dejémoslo para mas adelante, porque oigo pasos y creo que ya van llegando los tertulianos.

—No será extraño, dijo el amo de la casa, porque ya habrán dado las..... justo y cabal, las siete menos cinco minutos, añadió mirando el reloj.

Y alzándose en pié se volvió á sus amigos y les dijo:

—Ea, vamos al estrado que allí estarán las señoras, y si tardamos dirán que somos inciviles.

Los amigos le siguieron y entraron todos en un salon modestamente alhajado, en medio del cual habia una gran mesa de nogal con tapete verde, sobre un brasero de cobre rojo con tarima de madera.

La señora de la casa ocupaba la presidencia de aquel cónclave, dando la izquierda á las damas y la derecha á los galanes; ó viceversa, que aunque era cuestion política la de sentarse las hembras á un lado y los varones á otro, tanto daba patas arriba como patas abajo.

No prescribia la *rúbrica* de los visitones quienes habian de sentarse á la derecha, ni quienes á la izquierda; pero sí decia, que las señoras no pudiesen sentarse entre los caballeros, y que se dividiesen en bandos de romanas y cartagineses.

Y tal era el rigor con que se observaba la etiqueta, que una apostasía en cuestion de tanto bulto, habria parecido un grave desacato á la sociedad toda.

Ni á ellos ni á ellas les estaba permitido pasarse de izquierda á derecha, ni de derecha á izquierda, y tenian precision de permanecer fieles á los bandos en que les colocaba la política de la época, ora estuviese en mayoría ó no.

El centro, en todas esas asambleas caseras, le ocupaba la famosa copa de cobre, que des-

cansaba sobre un trípode del mismo metal, y de la cual solian decir aquellas gentes que era un verdadero amigo, y que nadie hacia mejor compañía que ella.

En la casa donde estamos, ya hemos dicho que no era una copa la que contenia el fuego sacro de los sacerdotes y de las vestales que allí se habian reunido, sino un brasero cuadrado con su tarima de la propia forma, y al cual arrimaban sus pies todos los tertulianos, menos las doncellas.

A estas últimas teníanles prohibido sus madres, no el dejar de sentir frio en los piés, sino el procurar que entrasen en calor por medios deshonestos.

¿Y qué mayor deshonestidad para una jóven que el estirar las piernas, mas allá de lo que permitia el zagalejo, que entonces, á pesar de haber pocos barrenderos de villa, no se usaban largos?

Las niñas solteras, bien educadas, no podian estar delante de gentes, ni aun á solas (esto Dios y ellas lo sabrian) sin observar los preceptos siguientes:

1.° Sentarse modestamente, con las piernas juntas y la ropa recogida, la cabeza ni muy alta que indicase descaro; ni baja hasta el punto de parecer hipocresía; los ojos bajos, los brazos pegados al cuerpo y las manos sobre la cintura.

2.° No jugar nunca el espinazo, ni hacer uso del respaldo del taburete, y permanecer constantemente derechas y erguidas, como si fueran formadas de una sola pieza.

3.° Cuidar de que el zagalejo no dejase asomar ni siquiera la punta del escarpin de tabinete.

Y por último, no cruzar jamás las piernas, ni hacer con ellas el menor movimiento.

Para las madres era una zozobra contínua el hacer que las niñas observasen todas estas reglas de buena crianza, y pisada habia, para la que se descuidaba en lo mas mínimo, que valia cualquier dinero.

¡Pues qué diremos de los pellizcos! Los habia preventivos, de apremio, de recargo, de contumacia, y por último, de retortijon.

Estos últimos eran los mas terribles. El mas modesto no se contentaba con menos que con hacerse *cardenal* á las tres horas de haberse hecho pellizco; y los habia tan crueles, que no quedaban satisfechos sin el derramamiento de sangre.

Algunas veces solia suceder que, por haberse colocado la hija á mucha distancia de la madre, se ahorraba esta de jugar los piés y las manos, aunque aquella diese motivo de ser reprendida; pero esto redundaba de seguro en perjuicio de la pobre niña, que pagaba con usura, mas tarde, lo que una y otra mirada de su señora madre le ofrecieron temprano.

En nuestro visiton guardan todas la mayor compostura, y no creemos que den lugar ni aun á ser intimadas.

Cierto es que están allí las jóvenes mejor educadas de la córte. Empiecen vds. porque la mujer de don Leandro ha llevado consigo á sus dos hijas. Sus dos hijas Gregoria y Ruperta, que son el modelo de la honestidad y del pudor. Obedientes, como ninguna otra; modestas hasta parecer hipócritas, y virtuosas hasta poder pasar por santas en caso de apuro.

Nadie las ha visto asomarse al balcon en dia de trabajo, cosa que podian haber hecho con solo pedir á su madre permiso, y que esta señora se le hubiese querido dar; no habrá quien diga que en los dias de ayuno las vió comer á deshora, ni una golosina de las que el ama de llaves tenia guardadas en la despensa; no han dejado un solo dia de besar la mano á sus padres antes del desayuno; nunca han dirigido la palabra sin ser preguntadas, ni respondido sin decir, á cada paso—el su mercé perdone, ó el su mercé me dispense; y por último, no habrá un hombre que pueda gloriarse de tener una carta escrita por ninguna de ellas. Cierto es que, sobre no saber notarlas (y esta era entonces una ciencia al alcance de pocos) no habia en la casa mas tintero que el de la escribanía de plata de su señoría, el antiguo consejero de Castilla, y en el despacho de

su señor padre no les estaba permida la entrada; pero aunque hubiesen sabido manejar la pluma para algo mas que para copiar las muestras de Torío, y tenido á su disposicion todos los tinteros del Tostado, que debieron ser muchos, no habrian escrito cartas á ningun hombre.

Las demás doncellas que hay en la tertulia son por el mismo estilo y solo una merece que la consagremos cuatro palabras, antes de verlas en accion á todas.

Es una jóven de veinte años, huérfana de padre y madre, y que está bajo la tutela de un hombre, que no sabemos si antes de tener pupila seria lo mismo, pero que despues de tenerla, es como todos los tutores, receloso, desabrido, y aun áspero, y aun casi brutal.

Esta última sospecha biográfica no es nuestra; casi podemos decir que es casi del interesado. Cuando deja de hacer alguna cosa buena, que es á menudo, dice que es un bruto por no haberla hecho; cuando hace algo malo, y esto es siempre, dice que es un bruto por haber tardado tanto en hacerlo.

Es viudo sin hijos, á cuya esterilidad debió el ser nombrado tutor de la pobre niña; y como no tuvo otra cosa de que ocuparse, sino de su pupila, lo hace con tal asiduidad, que edifica á todos, menos al ídolo del edificante.

Este ser desgraciado, no tiene mas desahogo que tres horas en cada semana: las tres horas que dura el visiton de nuestro amigo, á cuya tertulia la lleva su tutor todos los domingos.

En el cuadro próximo, vas á ver, lector, lo que es el visiton y el desahogo de la niña.

CUADRO NOVENO.

Pasatiempos honestos.

El error en que vive el hombre de que no es él, sino el tiempo, el que pasa y no vuelve, es tan antiguo como el hombre mismo.

Cuando vió que el tiempo era callado y sufrido, creyó que impunemente podria cargarle de años y de siglos, y aunque no le ha visto echar una sola cana, le sigue acumulando soles que es una bendicion de Dios.

Impórtale poco al tiempo esa manía del hombre, y al ver que se congratula, por haber vencido uno ó mas años, los años aparentan dejarse vencer y, á guisa de comediantes, hacen que se van y vuelven, pero ni vuelven ni se van, sino que permanecen inmóviles y fijos, riéndose á sus solas de los relojes y de los calendarios.

El error del hombre es por lo tanto eterno, y pasa la vida, creyendo no pasarla ni consumirla, y antojándosele á cada instante que estos se le van de entre las manos, sin darle ni aun ocasion de llorar su partida.

Constantemente dice que él mata al tiempo, y el tiempo, que le asesina, sigue callando y viviendo, sin darse por entendido del pequeño David, que pretende habérselas con un Goliat, vulnerable y vencible.

Pareciéndole formidable el enemigo, y convencido de que no podria rematarle de una sola estocada, le subdividió en multitud de fracciones, imaginándose que algun dia llegaria á herir la última.

Ese dia está ofrecido, pero aun no ha llegado, y el hombre se deja pasar por el tiempo, muriendo impenitente en sus ilusiones.

Hay sin embargo diferentes maneras de ***matar el tiempo***, y allá en los años, no de Mari-Castaña, como dice el vulgo, ni en los del Rey que rabió, como dice el vulgo tambien, sino en los últimos del reinado de un monarca, que murió tranquilamente, y sin el menor síntoma de hidrofobia social ni política, habia pasatiempos mas ó menos honestos, segun eran mas ó menos púdicos los pudorosísimos personajes de entonces.

Oyendo pláticas religiosas, corriendo liebres profanas, asistiendo á procesiones y rogativas, ó

bailando minuetes y alemandas, solia matarse el tiempo entonces, sin que á los que así gastaban la vida, se les pudiera acusar de deshonestos, sino que, por el contrario, eran tenidos por gente púdica y morigerada.

Ni á Dios ofendian, ni al prójimo escandalizaban, y vivian alegres y contentos, sin sospechar que estaba á punto de escapárseles el contento y la alegría.

Era para ellos el HOY de 1850, lo que es para nosotros el MAÑANA de 1899. Una especie de tierra desconocida, á la que no creian abordar jamás, sin pensar que su propia vida era el Colon que al nuevo mundo les llevaba.

El mañana de AYER, era una tierra de promision, que siempre veian en lontananza, y aquella humanidad, corta de vista, como esta y como la otra, solo miraba en derredor suyo para pensar en sí propia.

Por eso, á venga lo que viniere, olvidada de que ella era la única que se iba, mataba las horas con entretenimientos de la mayor honestidad.

Allá, en su vida íntima, pasaba lo que Dios queria, y lo que solo Dios sabe, pero como nosotros no tenemos intenciones tan recónditas, habremos de ocuparnos de solos los actos semipúblicos, de aquella sociedad privada, que sin quererlo ni pensarlo, ha sido madre, y madre muy

fecunda, de todos los publicistas presentes.

Sus honestos pasatiempos son el asunto de este cuadro, y ya que, con la indulgencia del lector, hemos llegado á casa del noble descendiente del antiquísimo linaje de los Quirós, quedémonos en ella para gastar honestamente tres horas, en pasatiempos de la mayor honestidad.

Las damas, como vds. saben, no están revueltas con los galanes, y esta es ya una precaucion honestísima, de la que ha de sacar grandes ventajas el pudor de los tertulianos, y la moral pública sobre todo.

Porque la moral pública, y perdónenme ustedes esta noticia necrológica, era un personaje muy considerado en aquella época y al cual rendian culto, mas ó menos sincero, en todas partes. Gozaba al parecer de completa salud, aunque se decia que ya habia contraido algunas enfermedades, pero la moral la adquirió mas tarde, á consecuencia de los vientos del Norte que reinaron en España, cuando estaba convaleciente de una pulmonía francesa, que contrajo por haberse dormido en 1808, dejando abierta la ventana que daba á los Pirineos.

Pero rebosaba salud, en la época de que hablamos, y presidia el visiton de nuestro amigo, para que los entretenimientos fuesen honestos y comedidos.

Don Narciso Ceremonial, fué el último de los

amigos que llegó á la tertulia, y ya el amo de la casa habia hecho notar su ausencia diciendo:

—Mucho tarda don Narciso; si estará peor su señora tia!... Ayer tenia una jaqueca horrible, y calentura.

—No lo creas, repuso el ama de la casa, está ya muy buena.

—¿Mandaste recado para saber cómo estaba?

—No; pero sé que está buena, porque con los parches de tacamaca, el gorro de Santa Polonia, y la tierra del pozo de Santo Domingo, se cura, no digo yo esa jaqueca, que es mas aprehension que otra cosa, sino un tabardillo.

—¡De suerte, que si ha tomado la tierra! dijo uno de los tertulianos.

—¿Pues qué ha de hacer sino tomarla? yo se la dí con esa intencion; y por cierto que apenas tengo para otra toma.

—¿Has concluido ya la que te mandaron las monjas? dijo el amo de la casa asombrado.

—Y una caja que me dió despues el padre Vicario.

—¿Es posible?

—¿De qué te asombras? Tú tienes la culpa; siempre estás ofreciendo tierra á todos los amigos.

—No me gusta ver sufrir á nadie, y cuando uno sabe, que echar una cucharada de tierra en el caldo y quitarse la calentura es todo obra de

un momento, sería una crueldad negarse á hacer ese bien á los enfermos. Y á propósito ¿cómo van las hilas para el hospital? ¿Te mandó los trapos doña Mónica?

—¡Quién hace caso de doña Mónica! replicó el ama de la casa. ¡Si yo hubiera estado aguardando á que vinieran los calzoncillos de su marido, no tendria ni dos onzas de hilas hechas!

—¿Cuántas tienes ya?

—Seis libras.

—Perdone su mercé, repuso una de las hijas, no hay mas que cinco y media.

—Nadie la pregunta á vd. cuantos años tiene, dijo la madre incomodada, y agradezca á que están aquí estos señores, que sino la habia de tener de rodillas y en cruz hasta mañana. ¡Oiga la bachillera! Cuando su madre de vd. dice una cosa, no se contradice, porque las madres tienen siempre razon. ¿Ha visto vd. á ninguna niña de su edad que se ponga á hablar sin que le pregunten? Bien haria vd. en tomar ejemplo de Gregorita y de Rupertita, que siempre están calladas y con los ojos bajos.

—De todo tiene la viña del Señor, mi señora doña Tecla; y ¡si vd. supiera lo que yo trabajo, para conseguir que estén aquí como vd. las ve! dijo la madre de Gregoria.

—En ese punto no me ganará vd. á mí, por mucho que haga; y si mi hija falta, no será por-

que vea en su casa otra cosa sino buenos ejemplos, y.....

—Lo creo muy bien.

—Es que muchas personas se figuran que los padres tienen la culpa de ciertas faltas de los hijos, y.....

—¡Eh! basta, repuso el amo de la casa con tono suave; tú tambien eres demasiado rígida y no la dejas respirar. Mal hecho es que te replique, pero si efectivamente te has equivocado y no son seis las libras de hilas, ¿qué tiene de particular que la chica te lo haya advertido? No llores, niña, no llores.

La niña que lloraba, querido lector, tendria escasamente veinte y cinco años, y como tú conoces, aun le sentaban bien las lágrimas.

La madre rayaba, al lado allá de la raya por supuesto, en los sesenta, y estaba autorizada para tener mal genio, y para exaltarse con las palabras de su esposo, á quien replicó:

—Eso faltaba, que tú la dieses la razon; de ese modo es imposible sacar partido nunca; con las alas que tú la das se cree ella autorizada á desobedecerme. Pues no será así mientras yo viva. Niña, venga vd. á pedirme perdon, y de rodillas.

La niña seguia llorando, sin moverse de su asiento, y el padre la dijo:

—Anda, hija mia, ves á pedir perdon á tu madre.

Y dirigiéndose á ésta, añadió:

—Que aprehensiones tienes, mujer; ahora delante de todos estos señores le haces avergonzar, y.....

—¡Se avergüenza, eh!... dijo la madre. La vergüenza debió haberla tenido para no replicarme.

Y dando la mano á la niña, que se arrodillaba en silencio á besarla, la dijo:

—¿Cómo se dice?.....

—¿Me perdona su mercé? preguntó la jóven en voz baja.

—Mas alto, que no lo oigo.

—¿Me perdona su mercé? repitió con voz mas alta.

—Sí señora, ya está vd. perdonada; pero cuidado me llamo con lo que se hace otra vez. ¿Volverás á replicarme?

—No señora, dijo la jóven, y se alzó del suelo, dirigiéndose hácia las habitaciones interiores; pero su señora madre la detuvo, diciéndola:

—Aquí quieta, y pronto á enjugarse los ojos, que no vuelva yo á ver una lágrima; ese lloro es de soberbia.

La jóven obedeció, y la tertulia quedó en silencio un breve rato, hasta que don Narciso entró en la sala marchando sobre las puntas de los pies, preguntando con aire de misterio:

—¿Hay algun enfermo?

—No, gracias á Dios, repuso el amo de la casa.

—Pues chasco se lleva el sordo que hubiese querido oir lo que vds. hablaban. ¡Qué silencio tan profundo!

—Estábamos de luto por la ausencia de usted, dijo uno de los tertulios, con tono de burla.

—Si vd. hubiese acudido á su obligacion, se habria ahorrado la pena de llorarme ausente, porque hubiésemos estado juntos, repuso don Narciso.

—¿Dónde?

—En el *Rosario cantado* de la Pasion.

—Verdad es, que nos tocaba esta noche. ¿Y usted no ha ido tampoco?

—Si tal.

—¿Pues qué hora es que ya se ha concluido?

—Temprano; pero es que ha sucedido una cosa muy desagradable, un escándalo que me tiene horrorizado.

—¿Estaba bebido alguno de los que llevaban los faroles?... ¿Se ha escapado el que llevaba la *pedidera*? dijo el amo de la casa sonriendo.

—¡Ojalá! exclamó don Narciso; lo que ha sucedido es mucho peor.

—¿Pues qué ha sucedido? dijeron á coro todos los circunstantes.

—Que apenas habiamos entrado en la calle de Toledo, cuando el que guiaba se empeñó en ir por la del Burro, y como saben vds. que cada

noche hay calles marcadas, el sacristan que leia los *misterios* se opuso, disputaron, los hombres que llevaban los faroles los arrimaron á la pared llamando á talones, y yo, que iba con el estandarte, me entré en San Isidro para evitar una irreverencia.

—¡Qué escándalo! exclamaron todos los presentes.

—¿Y no se castigará esa infamia?

—Yo creo que sí, porque el alcalde del cuartel tiene ya conocimiento del hecho.

—¿Y no pudieron vds. volver á organizar la procesion?

—No pensamos en otra cosa sino en sustraer el estandarte y los faroles de las miradas del público, que se agolpó allí con la curiosidad de costumbre.

Un viejo, que no habia hablado hasta entonces, se acercó al amo de la casa, y le dijo:

—Vé vd. como yo tengo razon en lo que digo de que la sociedad está pervertida!

—Pero hombre, eso es un hecho aislado.

—¡Aislado, eh! ¿Vd. lo cree así? Pues yo no. Eso tiene sus ramificaciones, y trae su orígen de Francia. ¡Cuándo le digo á vd. que aquí tenemos lógias!... y lógias de flamasones.

—Calle vd., hombre, no diga vd. esas cosas; estremece pensarlo.

—El tiempo lo dirá.

Mientras así hablaban los dos viejos, don Narciso saludó, una por una, á todas las señoras de la tertulia, y fingiendo equivocarse, hizo ademan de sentarse entre ellas, excitando así la hilaridad del ama de la casa que le dijo:

—No sea vd. malo, don Narcisito.

—Disimule vd., mi señora doña Tecla, me habia equivocado.

—¡Qué lástima!

—Como soy corto de vista...

—¿Y qué falta hace la vista para saber adonde debe vd. sentarse?... ¿No están vds. todos los dias en el mismo sitio?

—¡Soy tan flaco de memoria!... dijo don Narciso riendo.

—Le daremos á vd. unos palitos de pasas, repuso doña Tecla del mismo modo.

—Y unas gafas, añadió otra de las damas de mayor edad.

—Pues mire vd., falta me hacen, dijo don Narciso, y harto siento no haber aprovechado una ocasion que tuve hace dos años para encargarlas á París.

—¿Y saldria vd. con ellas á la calle? dijo doña Tecla.

—¡Por qué no!

—¿Pues qué edad tiene vd.?

—¡Pero señora, si la vista no tiene nada que ver con la edad!

—¡Cómo que no! ¿Cuántos jóvenes ha visto usted con gafas?

—Muchos.

—¿Sí? pues cíteme vd. uno, uno solo.

Don Narciso estuvo recapacitando un rato, y por último dijo:

—En este momento no me acuerdo de ninguno, pero hay varios.

—Está vd. equivocado, amigo, replicó el amo de la casa. Yo tengo mas años que vd. y no me acuerdo de ningun jóven que salga á la calle con gafas. Y en visita mucho menos. Seria una falta de respeto imperdonable.

—No crean vds. que estoy muy decidido á usarlas, aunque las tuviera, pero tambien es muy triste privarse de ver lo que todos por no faltar al decoro, y....

—El decoro seria lo de menos, repuso un tertuliano, pero ¿qué idea quiere vd. que se forme de un jóven que lleva esa máquina sobre las narices? Lo mejor que se puede creer, es que está enfermo de los ojos.

—Pues yo he oido decir que Quevedo, el que sacaba tantos versos de su cabeza, llevaba anteojos.

—Bien, ¿y qué?

—Que no estaba enfermo.

—Ya, pero Quevedo era un sábio.

—Verdad es, replicó don Narciso.

—¿Con que es decir, interpuso un viejo, diri-

giéndose al corto de vista, que á vd. no habrá necesidad de vendarle los ojos para jugar á la *gallina ciega*?

—No es para tanto, replicó don Narciso algo resentido.

El amo de la casa se acercó al viejo, y dándole una palmada en el hombro, le dijo en voz baja:

—Ya te entiendo, zorzal, lo que tú quisieras seria que jugásemos esta noche á la gallina ciega, para hacer lo que el otro dia; pero te advierto que mi casa no es la pradera de San Isidro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya me entiendes.

—No tal.

—Pues quiero decir, que aquí no se permite soltar las manos ni perderse las parejas.

—Yo no hice nada de eso.

—¿Con que no, eh? Cuando me tuvísteis con los ojos vendados, y el cucharon en la mano, sin tropezar á nadie, ¿estabais cogidos?

—Sí tal.

—A otro perro con ese hueso, que el que ha sido cocinero antes que fraile, sabe lo que pasa en la cocina. Lo único que me extraña, es que siendo un carcamal como yo, quieras hacer el galan de comedia.

—En mi aficion á las hembras, repuso el viejo riendo, te aseguro que soy tan jóven como cuando tenia treinta años menos que ahora.

—Pues vaya, pasaremos el rato haciendo *juegos de prendas*, ¿te acomoda?

—¡Es tan sosa esa diversion! ¡Si jugásemos al *escondite*!

—¡Al escondite!... ¡Con que no quiero que en mi casa se juegue á la gallina ciega y querré al escondite!... No por cierto.

—Pues ea, á las *cuatro esquinas*, para que entren las chicas en calor un rato.

—No te canses, ninguno de esos juegos de movimiento permito en mi casa. Aquí nos reunimos á pasar el tiempo en entretenimientos honestos.

—¿Y es deshonesto el juego de las cuatro esquinas? En casa del presidente del Consejo de Castilla, le jugamos la otra noche.

—Cada uno en su casa hace lo que quiere; en la mia, ya lo sabes, juego de cartas el *mediator*, y no todas las noches, porque los pasatiempos diarios degeneran en vicios; y para que todos se diviertan, los domingos y dias de misa, juegos de prendas, y no todos.

—¿Me dejas poner uno?

—Si me le dices primero al oido, no tengo inconveniente.

—Fíate de mí, dijo el viejo riendo.

—No quiero, eres un camastron muy grande.

—Te aseguro que no tiene nada de picante ni de verde.

—¿Y no hay ninguna palabra de doble sentido?

—Si la pronuncian bien, no.

—Pero como tú sabes que se equivocan y que por eso se pagan las prendas, ya ves que es espuesto.

—Pues les pondremos el de los *despropósitos*.

—¿Para andar diciendo recaditos al oido, eh?... no quiero. Yo pondré uno.

—Siempre será alguna antigualla del tiempo de Noé, dijo el viejo.

—Parece imposible que hables así, teniendo como tienes tres ó cuatro años mas que yo.

—Sí, pero vivo á la moda.

—Calla, viejo carlanca, repuso el amo de la casa riendo.

Y volviéndose hácia el resto de los tertulianos, sacó la caja del tabaco, tomó un polvo del de *flor baja*, y con aire de importancia, dijo:

—Ea, niñas, se va á poner un juego de prendas.

La animacion que se pintó súbitamente en los semblantes, dió á conocer el entusiasmo con que era acogida tan satisfactoria nueva; y todos, viejos y jóvenes, se frotaron las manos con alegría, á excepcion de la hija de la casa que continuaba cabizbaja y triste.

Afortunadamente, á la perspicacia de la madre, no se escapó la oposicion pasiva de la niña,

y acercándosela con disimulo, le hizo con tono irónico, esta sencilla pregunta:

—¿Estás mala, hija mia?

Pero es fama (ya hemos dicho que la fama miente algunas veces) que no fué tan lacónica de manos como de lengua, y con la derecha la imprimió, en el mollar del brazo izquierdo, un ósculo de uñas, que en la noche mas oscura del año le habria hecho ver todas las estrellas conocidas y algunas mas.

Solo uno de los presentes, no el mas viejo ni el peor mozo por cierto, se apercibió de lo que pasaba, y es fama, y fama que no miente, que sintió el dolor de aquel pellizco en las últimas entretelas de su corazon.

Sonrióse sin embargo, para disimular lo que acaso no tenia mayor traidor que el disimulo, y luego á hurtadillas con una mirada, dirigió á la jóven un billete, concebido en estos términos:

«No sientas, dulce prenda, sino la mitad de ese pellizco, que por entero ha recibido tu púdico brazo, porque la otra mitad ha herido el corazon de este tu fino amante.»

Leyóle la jóven con media mirada, acusó el recibo con la otra media y prometiéndose ambos, con un suspiro, que solo ellos oyeron, apartar sus corazones de la tertulia, se unieron en la apariencia á la alegría general de los tertulianos.

CUADRO DECIMO.

Juegos de prendas.

Continuacion del anterior es este cuadro y puedo decirte, lector amigo, que para pintarle, ni he necesitado cambiar los pinceles ni menos servirme de nuevos colores.

El juego de prendas, es el mas honesto pasatiempo que conocian los hombres de AYER, y ahora, que la honestidad me ha puesto el pincel en la mano, no quiero que se me escape el asunto.

El lienzo es blanco, y tanto, que casi tira á diáfano é incoloro. Te recomiendo que para verle te pongas los anteojos mas cándidos que halles en el mas simple de los almacenes ópticos.

No te haré la explicacion del boceto porque quiero que veas todo el cuadro. Aun así temo

que me has de preguntar al final cuando llega la ocasion de reir.

Por si así fuere, que así será, riéte antes de leerle y me dejarás servido sin que tú quedes defraudado.

Riéte, por ejemplo, del amo de la casa, que al mandar que se aproximen los tertulianos á la mesa, les dice que quiere ver sobre el tapete las manos de todos; ó de su esposa doña Tecla, que las cuenta y recuenta, sin cesar, poniéndose colorada cada vez que se equivoca y le resultan algunas de menos, á pesar de que no hay en la tertulia ningun manco; ó de las jóvenes, que quisieran tener en ese momento un brazo mas largo que el del gigante Briareo; ó de las viejas, que aprovechan la ocasion de codearse con los muchachos; ó del tutor, de quien te hablé en el cuadro octavo, que no piensa en mas juego ni en mas prendas que en las de su pupila y busca las miradas de todos los jóvenes, con la suya astuta y sagaz, decidido á poner tierra de por medio, si alguien pone los ojos en la tierra que para sí solo con tanto afan cultiva.

Y si nada de eso excita tu hilaridad, que á ser así deberás tenerla muy recóndita, guarda la risa para mejor ocasion, y dame, aunque no sea mas que una carcajada, para el almibarado currutaco don Narciso Ceremonial.

Si observas que, cuando se dió la voz de jue-

go, acababa de acercarse á la mesa, sacando del bolsillo de la casaca un enorme lio de trapos, y que arremangándose los vuelos, se preparaba á hacer hilas, estoy seguro de que asomará la risa á tus lábios.

Y no quiero que te rias de su caritativa ocupacion, ni de su poca habilidad en el arte de deshilar ropa vieja, que precisamente constituye su mayor orgullo (y tanto, que desafia á las mujeres á quien rompa menos hilos); sino que puedes reirte del compromiso en que se ha de ver al dia siguiente, cuando su amiga, la marquesa del Sobresalto, le pida la libra de hilas que le impuso de tarea aquella misma noche.

Algo habria dado el pobre don Narciso porque no se hubiesen acordado de los juegos de prendas, pero justamente es su fuerte, y retirarse de allí, para ir á continuar su hospitalaria tarea á otra parte, seria confesarse derrotado en una materia de la que poseia vastas noticias.

Así fué que estuvo callado, y mientras los unos pedian el juego de la *sortija*, los otros el *tira y afloja*, quién hablaba de *apurar una letra*, y quién proponia que se jugase al *sopla vivo*, él se contentaba con sonreir gozoso, hasta que doña Tecla dijo:

—Señores, déjense vds. de andar pensando juegos; tontería es calentarse la cabeza en eso,

estando aquí don Narcisito, que entiende de estas cosas como nadie.

—Muchas gracias, señora, repuso don Narciso loco de alegría y algo ruborizado, pero los que yo sé son tan conocidos y.....

—No importa, venga uno.

—Pero que no sea muy difícil, dijo una vieja; no ponga vd. palabras muy *revesadas*.

—Señora, cuanto mas difícil mejor, así se cogerán mas prendas, dijo Narciso.

—Dejarle que piense, repuso el amo de la casa.

—Sí, sí, piense vd. un rato, le dijeron todos.

Y don Narciso, tuvo algun tiempo puesta la mano en la frente, hasta que por fin, apremiado por el amo de la casa, dijo:

—Ea, ya tengo uno; ¿por dónde se empieza?

—Por las damas.

—No tal, por el que tiene vd. á su derecha, dijo doña Tecla.

—Pero que lo explique primero.

—Allá voy, dijo don Narciso.

Y dirigiéndose al amo de la casa le preguntó:

—¿Tiene vd. un cuerno?

—¿Para qué? repuso sorprendido el interpelado.

—Porque se ha de pasar de mano en mano.

—¿Y es preciso que sea un cuerno?

—Se hace tambien con una llave ó con un abanico.

—Pues hágalo vd. con un abanico, y si no hay necesidad de hablar de cuerno, mejor.

—No señor, se puede cambiar la palabra.

—Me alegro, porque aquí hay niñas solteras y ya sabe vd. que me gustan los pasatiempos honestos. Se puede uno divertir sin ofender á Dios ni al prójimo, y es mucho mejor.

Dió el director del juego su asentimiento á las palabras del amo de la casa, y dirigiéndose al caballero que tenia á su derecha, le dijo:

—Las mismas palabras que yo le diga á usted, ha de decir vd. al que tiene á su derecha, y todos lo mismo, hasta que vuelva á mí el abanico, que añadiré otras.

—No añada vd. muchas á la vez, dijo el amo de la casa, porque aquí todos somos torpes.

—Ya lo sé, repuso don Narciso, confirmando el favor que el otro acababa de hacer á las personas que le favorecian con su visita.

Y cogiendo el abanico en la mano se le presentó á su compañero diciéndole.

—¿Me compra vd. este abanico?

—¿Qué tiene dentro? le preguntó el interpelado, despues que don Narciso le hubo dicho lo que habia de preguntar.

—Una caja, respondió don Narciso.

Y cuando volvió á él la rueda, añadió del

mismo modo, palabra por palabra, las siguientes:

«Una caja, y tras de la caja una mortaja, y »tras de la mortaja un huerto, y tras del huerto »un niño muerto, y tras del niño muerto un rio, »y en el rio hay tres tablas mal encancarabija»das, llamar al encancarabijador que las encan»carabije mejor, se le pagará su encancarabija»dura como gran encancarabijador mayor.»

Por supuesto, lector, que como no me gusta usurpar glorias agenas, te advierto que ese aborto del ingenio humano, tal cual le ves, no es mio. He hecho vivas diligencias por averiguar el nombre del autor, pero no he podido lograrlo; si te basta saber que es original y de los mas ingeniosos que he visto, en esta clase de juegos, eso es todo lo que puedo decirte.

Ni en el cuadro caben, ni merecen ponerse, los infinitos disparates que dijeron todos al repetir las palabras primitivas, con especialidad las últimas, y asimismo hacemos gracia al lector, de la buena fé con que se rieron los unos de los otros, durante el juego, que no acabó antes de una hora.

Por cada equivocacion daba el delincuente una prenda, que guardaba el ama de la casa sobre su propio zagalejo, y consistia en el pañuelo del bolsillo, en las cajas del tabaco, en los relojes ó en otras cosas por el estilo.

Hubo algunos mas torpes que otros, y los hubo mas torpes que todos, hasta el punto de no tener ya prendas que dar en garantía de sus faltas y tenerles que anudar el pañuelo para que sirviese por varias.

Terminado el juego, se trató de ***sentenciar las prendas***, pero el amo de la casa dijo que primero queria que se jugase un poco al ***sopla-vivo***; y lo hizo cogiendo un papel enrollado, y dándoselo encendido al que estaba á su derecha, diciéndole primero estas palabras:

—***Sopla, vivo te lo doy, si muerto lo das, prenda pagarás.***

El que lo recibió lo dió del mismo modo, y solo pagaron prenda, aquellos en cuya mano se extinguia la última pavesa.

En cuanto al entusiasmo que excitó este juego, casi me atrevo á decir que excitó mas que el anterior. En lo que no tengo duda, es en que fué tanto, que su recuerdo no me deja continuar escribiendo, y me veo obligado á rogar á doña Tecla que venga á soltar las prendas á un lienzo nuevo. Al próximo cuadro.

CUADRO UNDECIMO.

Las prendas del juego.

VALGAME Dios, lector, y cuantas veces tú y yo y el otro y el de mas allá y el de mas acá, y todos, hemos oido decir, que la humanidad es exigente y descontentadiza, y que no hay modo ni manera de dejar satisfechas sus aspiraciones!

¡Cuántas veces, á tí y á mí, los que á mí y á tí nos gobiernan, nos han dicho que es una ciencia difícil, y punto menos que imposible, la de administrar los pueblos!

Cierto es, que á vuelta de esas dificultades, los mismos que las exageran, se sacrifican y anhelan gobernarnos; ¡pero cuántas veces los que se encargan de nuestra tutela, lo hacen para repetirnos la consabida copla, de que no hay medio de dejarnos satisfechos, ni de darnos gusto, y

que la humanidad es exigente y descontentadiza!

Pues ahora bien, lector, ¿Quiéres saber lo que hay de verdad en ese imaginado descontento, y en esas tan cacareadas exigencias?

¿Quiéres ver como la humanidad desmiente, con su alegría y con su aire de satisfaccion y de regocijo, esos síntomas hipocondriacos que suponen descubrir en ella?

¿Quiéres verla, vestida siempre de color de rosa, con la alegría en los ojos, la risa en los labios y el entusiasmo en el corazon?

¿Quiéres convencerte de que no hay nada mas fácil que darla gusto y tenerla satisfecha?

Pues no vayas al teatro, que allí, si consiguen que vaya, cosa que rara vez logran, y en vez de excitarla la risa con un sainete, la dan un drama terrorífico, podrá ser que la hagan llorar; y si así fuera, no dejes de avisarme, porque tengo curiosidad de ver las lágrimas de esa señora.

No vayas tampoco á los paseos, porque la gravedad y la compostura que allí se exige, no te permitirá saber si se divierte dando vueltas en tan reducido espacio.

No la busques tampoco en las calles, que allí si abandona sus obligaciones por pararse á ver la riña de dos perros, ó por oir los disparates de un borracho, avergonzada de que la veas detenerse por semejantes cosas, te dirá que no se divierte.

En ninguno de esos puntos, ni en los salones de baile, donde suda y trasuda haciendo piruetas, vayas á averiguar la verdad de lo que yo te digo.

Para convencerte de que la humanidad es buena y contentadiza, quédate en casa de mi amigo, y si no te bastare con el cuadro anterior; te hago donacion, y donacion perpétua, del presente.

Se va á proceder á sentenciar á los dueños de las prendas, que doña Tecla tiene á su cargo, y el juez, en esos casos, es el último penado, pero se trata del primero y éste no podia empezar á ser segundo, ni en la sociedad que pasó, ni en la que está pasando, ni en la que ha de pasar.

¿Quién habia de dar la primer sentencia?

Esta fué la cuestion prévia, cuya solucion se propuso á la tertulia.

No estaba entonces en uso, ni aun descubierto en España el sistema parlamentario, y el amo de la casa, *auctoritate propia*, resolvió la cuestion, mandando que sentanciara una de las damas, la de mayor edad; pero ninguna se dió por aludida y el marido de doña Tecla repitió el pregon, dirigiéndose con la vista á su esposa.

—¿Qué quieres decirme con esa mirada? le dijo doña Tecla.

—Yo nada, respondió el marido sonriendo.

—Es que yo te conozco, y como has dicho que sentencie la de mayor edad.....

—Justamente.

—¿Y te diriges á mí?

—Como estas señoras callan todas..... creí que acaso tú..... Vamos, sé franca, ¿Cuántos Reyes has conocido?

—Mira, no hablemos mas de esas cosas, y déjate de tonterías..... Hay algunas aquí que pueden ser madres mias, si se les averigua la edad.

—¿Supongo que eso no irá conmigo? dijo, sonriendo, una señora, de poca mas ó menos edad que la de la casa.

—Yo no me dirigia á ninguna de vds.

—Lo creo así, porque cuando vd. se casó la primera vez, aun iba yo á la pension.

—Si ya he dicho que no hablaba con ninguna de vds.; pero lo de la pension no es regla, porque hay mujer que de veinticinco años aun no sabe enhebrar una aguja.

—Es posible, replicó la vieja picada, y cuando usted lo dice, apostaría á que lo sabe de positivo.

—Ea, no perdamos el tiempo, dijo el amo de la casa, y ya que no hay quien tenga mas edad que las otras, que sentencie la mas jóven.

—Yo sentenciaré, se apresuró á decir doña Tecla; no quiero que haya cuestiones, pero es muy ordinario el hablar de edades.

Y con la mano oculta en el pañuelo que cubria las prendas, dijo:

- Sentencio á la prenda qué tengo en la mano á que..... á que.....

—¿A qué, mujer? dílo pronto, replicó el marido.

—Espérate, hombre, ¿crees que es una cosa tan fácil el dar la primer sentencia?

—Ya se vé que sí... Pues para decir, *que haga la esquina*, *ó que diga un favor y un disfavor*, *ó tres veces sí y tres veces no*, *ó que haga un ramillete*, *ó que diga soy, tengo y quiero..... ó.....*

—Nada, nada, le sentencio á que ponga *cuatro piés en la pared*.

Una carcajada universal acogió las palabras de doña Tecla, y el dueño de la prenda, que sacó del pañuelo, se alzó en pié, y sin saber como poner los cuatro en la pared, estuvo largo rato hasta que, probando cien diversas posturas, se dió por vencido.

Entonces doña Tecla cogió una silla y arrimándola á la pared dijo:

—Así se ponen cuatro piés en la pared.

—Toma, eso no tiene gracia, repuso el sentenciado; esos son los piés de la silla.

—Pues así se hace.

—Yo creí que habian de ser mis piés.

—¿Tiene vd. cuatro? dijo doña Tecla riendo.

—No señora, pero si me pongo á gatas!....

—Vaya, ya lo sabe vd. para otra vez. ¿Ahora, como muy agraviado, á qué sentencia vd. á la prenda que tengo en la mano?

—A que *se ponga en berlina*, respondió sin titubear, el de los cuatro piés.

La prenda que sacó doña Tecla, era de su esposo, y le dijo:

—Toma, estás en berlina.

Y el amo de aquella casa, hombre de mas de sesenta y cinco eneros y uno de los mas altos funcionarios de la época, cogió un sitial y sentándose en medio de la sala dijo:

—Ea, señores, digan vds. ¿por qué estoy en berlina?

Los unos le dijeron que por feo, y su esposa reia á carcajada; los otros que por tonto, y él mismo celebraba la agudeza; y por último, cuando volvió á su puesto, dijo:

—Pues señor, como muy agraviado, sentencio á la prenda que tienes en la mano, á que diga tres veces *si* y tres veces *no*.

Todos los tertulianos aplaudieron la sentencia, como si la oyesen por primera vez, y se frotaban las manos, impacientes por saber quién seria el agraciado.

Lo fué precisamente el viejo verde, de quien hablamos en el cuadro anterior, y el amo de la casa le llevó á un rincon de la sala, le dejó detrás de un parapeto de sillas, cubriéndole ainda con una manta y se volvió con sus compañeros.

Agrupáronse todos, para consultar en voz baja las preguntas que se le habian de hacer, y

para cada una de ellas estuvieron dudando largo rato, mientras el agraviado encargaba que no le preguntasen tonterías.

—¿Oyes lo que hablamos? le decia el amo de la casa.

—No, respondia el viejo.

—Es que si lo oyes, no tiene gracia.

Y para que el lance fuera gracioso, bajaban la voz y reian sin cesar, preguntándole cinco veces con tono solemne:

—¿Sí ó no?

Las contestaciones les hicieron reir infinito y alguna vez insistieron en que oia lo que le preguntaban, pero él se defendió tenazmente, y el tribunal se dió por satisfecho, hasta que llegó la hora de hacerle la última pregunta, á la que por fuerza habia de responder afirmativamente.

Ninguna les parecia bien, pero en todas hallaban motivo de risa, y cuando el viejo volvió á su puesto, le dijeron:

—Hemos preguntado á vd. si comeria de pescado esta cuaresma, y ha contestado que *no*; si tenia callos en los piés y ha dicho que *sí*.

—Les dije á vds. que no me preguntáran tonterías, repuso el viejo amostazado.

—Pero hombre, ¡si todo es broma! dijo el amo de la casa. Tambien te hemos dicho si tenias la bula de la Santa Cruzada y has contestado que no; que si pasabas de los tres duros y medio y has

dicho que sí; que si te gustaban las madamitas y has dicho que no tambien; y por último, te voy á ser franco; en esto, como sabíamos que te tocaba decir que sí, te preguntamos adrede cosa de risa.

—¿Y qué fué ello? sepamos.

—¿No te has de incomodar?

—No.

—¿Pues te hemos preguntado si llevas dientes postizos?

—Una majadería como tuya, dijo el viejo picado.

—Ha sido cosa de todos, repuso el amo de la casa.

—Sí, pero tú lo propusistes, dijo doña Tecla, y ya te dije yo que era una tontería.

—No importa, déjele vd. que él caerá alguna vez. Ahora, como mas agraviado, sentencio que diga *soy*, *tengo y quiero*.

La prenda que sacó doña Tecla era de su hija, y la jóven empezó por la derecha á hacer á cada uno de los presentes, las tres preguntas citadas.

—¿Soy? dijo, dirigiéndose al jóven que la habia acompañado en el dolor del pellizco.

—Una madamita muy virtuosa, la contestó el jóven, todo turbado y con el rostro encendido, como el de una niña de quince años, al escuchar el primer requiebro de amor.

—¿Tengo?

—Temor de Dios.

—¿Quiero?

—A Dios y á sus señores padres de vd.

Doña Tecla quedó prendada de las palabras del jóven, y la niña siguió preguntando, hasta que llegó al viejo agraviado, y la dijo:

—Es vd. muy bonita; tiene vd. un padre algo raro, y quiere vd. á quien yo me sé y lo callo.

La niña y su amante se pusieron muy encendidos de rubor y doña Tecla se mordió los lábios de coraje, sacando una nueva prenda, cuyo dueño fué sentenciado á hacer un ramillete.

Era la víctima el propio amante de la jóven, y pidiendo una flor, á cada una de las señoras que allí habia, dijo:

—Con todas estas flores, y una clavellina que yo añado, hago un ramo, y atado con una cinta de color de verde esperanza, se lo regalo á mi señora doña Tecla.

Agradeciólo infinito la buena señora, y continuó sacando prendas, cuyos dueños fueron cumpliendo sentencias por el estilo de las anteriores.

Todas excitaron la risa de todos, y en los menores incidentes hallaban motivos sobrados para divertirse, declarando al terminarse la tertulia, que habian gozado infinito y que estaban satisfechos.

Aun se quedaron reunidos mas de media hora, despues de acabado el juego de prendas, y no hablaron de otra cosa que de los accidentes de la diversion; ocupándose de ella como podrian haberlo hecho de los detalles de una corrida de toros ó de las escenas de una comedia.

Y siendo esto como es verdad, ¿habrá quien diga que aquella gente no gozaba?

Y si gozaba, ¿habrá quien crea que aquellos goces eran caros ni difíciles?

No te canses; lector, la humanidad no ha salido aun de la edad infantil, y se divierte con cualquier cosa.

Casi estoy por creer, aunque es mucho aventurar, que se divierte con este cuadro.

No me pesará de que así sea, ni me daré por enojado si le gustan asimismo los anteriores, y no le desagrada el siguiente.

CUADRO DUODÉCIMO.

El duelo se despide en la casa mortuoria.

Don Narciso Ceremonial no habia leido en balde el bando de los lutos.

Estaba convidado para asistir al funeral, que en la parroquia de San Márcos, anejo entonces de la de San Martin, se habia de celebrar por el alma de una amiga suya, el dia siguiente al de los juegos de prendas, y queria saber si le obligaba á vestir de luto para asistir á la ceremonia religiosa. Encargado además, por el viudo, de arreglar todo lo necesario para el funeral, tenia una doble obligacion de leer el bando.

Estudióle detenidamente; consultó además ciertos pormenores, con algunos amigos, al salir de la tertulia; anunció, al terminar ésta, que no tendria el gusto de asistir al dia siguiente, y se fué á su casa á esperar la hora del funeral.

Durmió, con la intranquilidad consiguiente al grave encargo que habia recibido de su amigo, y desde muy temprano anduvo yendo y viniendo desde su casa á la mortuoria y desde esta á la parroquia, y desde la parroquia á la cerería, y de allí á casa del confitero, y luego á ver al profesor de *piporro* y á los cantores, y al alquilador de las bayetas, y á otras muchas partes á las que nos seria imposible seguirle.

Bastará decir que no omitió diligencia alguna para que todo estuviese pronto y en regla, y que, dos horas antes de empezarse el funeral, ya estaba en el templo para dar la última mano, llevando la suya sin cesar al bolsillo, para ir satisfaciendo el precio de los sufragios y demás requisitos.

Porque ¡no crean vds. que fué en balde ninguna de sus idas y venidas, ni que el funeral se habria hecho, como se hizo, si él no hubiera acudido á todo!

Cierto es que la clase del entierro la habian determinado los curas, con arreglo al rango metálico del viudo, y que en esto nada tuvo que hacer don Narciso; pero ¡quién, sino él, se habia de ocupar del número de bancos, que con arreglo al de los convidados, se habia de poner en derredor del túmulo, ni quién hubiese cuidado de prevenir á los cantores, que no se *comiesen* ningun salmo, ni los llevasen de prisa para despachar pronto!

Don Narciso tuvo que ocuparse de todo, y no

crean vds. que sus viajes á casa del alquilador de bayetas y á la confitería fueron excusados. Al primero le encargó y lo hizo exáctamente, que cubriese de bayeta negra el suelo de la casa mortuoria, poniendo algunas cortinas de bayeta de luto en las puertas y en los balcones; y al segundo le rogó que no dejara de enviar los dulces y los bizcochos á tiempo, y sobre todo, los ***azucarillos de luto.*** Requisito, este último, muy importante, porque no podia servirse á los convidados panes de azúcar blanco, sino negros, ó mejor dicho pardos, esto es, de azúcar tostada.

Veinte veces repasó la lista de los amigos de la casa, por si se habia olvidado de convidar á alguno, y otras tantas consultó el ceremonial, para convencerse de que todo estaba á punto.

Llegó por fin la hora y don Narciso se colocó á la puerta del templo, para ir recibiendo á los convidados, que se dirigian, cabizbajos y mústios á tomar asiento en los bancos.

El de la presidencia le ocuparon, el confesor de la difunta; á su izquierda, el jefe de la oficina del viudo; á su derecha, el guardian del convento de San Francisco, y á ambos lados, los albaceas, de los cuales era uno don Narciso.

Como funeral de primera clase, fué largo lo bastante, y las dimensiones de este cuadro no permiten que le copiemos todo. Y como el duelo no se despide en la iglesia sino en la casa mor-

tuoria, allí hacemos falta, no para consolar al viudo, que harto tiene en qué pensar y en qué entender con ocuparse del indispensable refresco que ha de servir á sus amigos, sino para que éstos no nos tomen la delantera y entren allí sin que los veamos.

Y cuenten vds. que el viudo, tras de haberlo dejado todo á cargo de don Narciso, tiene, ahora que éste no está allí, quien le ahorre la pena de pensar en nada.

Las amigas son para las ocasiones y la difunta tenia algunas, que no se habrian hallado mejores ni entre sus propias hermanas.

Todas á porfía, desde que ocurrió la desgracia, le dijeron al viudo que no se ocupase de nada, que ellas lo arreglarian todo, y que no temiese mandarlas cuanto quisiera, porque..... los amigos son para las ocasiones.

El viudo hubiese preferido no tenerlos á costa de una ocasion tan grande, pero valia mas, como ellas decian, el no estar solo en tan duro trance, y siempre era un alivio tener personas amigas á quienes volver los ojos.

Una de ellas, la que empezó por ser la última en ofrecer sus servicios y concluyó por ser la primera á presentarlos, es la figura principal del cuadro. Sabia el viudo, que semejante amiga nunca habia sido completamente simpática á su esposa, pero como Dios quiere los pecadores ar-

repentidos, creia de buena fé que lo estaba la oficiosa amiga y la entregó á discrecion el manejo de la casa.

Vivia esa mujer en la vecindad, y nadie la conocia otro oficio que el de vecina, ejercido con tanto celo, que no venia al mundo ningun nuevo habitante del barrio, sin que ella asistiese al bautizo, y sobre todo al refresco, ni se casaba nadie en la calle sin que diese algunos consejos á la novia, y la enseñára el manejo de la casa; y por último, jamás dejó de acudir á las casas mortuorias, sobre todo, cuando por el mucho fausto de ellas, creia que su presencia podia ser necesaria.

En la de nuestro pobre viudo entró con tanto celo, que los inspiró, y no flojos, á los criados y aun á los parientes de la difunta.

Desde que, el mismo dia en que murió la señora, cogió en sus manos el manojo de las llaves para sacar un pañuelo al viudo, y es fama que para hallarle tuvo que registrar todos los armarios, hasta este momento, en que está sacando todo lo necesario para servir el refresco, no ha cesado un punto de abrir y cerrar cajones y baules, repitiendo sin cesar:

—¡Qué señora tan de su casa era la infeliz! (Dios la tenga en su santa gloria). ¡Qué bien arreglado y qué limpio lo tenia todo! ¡Ay, vecino, usted no sabe aun lo que ha perdido!

El vecino, que si no sabia lo que habia perdi-

do; tampoco sabia lo que estaba perdiendo, alzaba los ojos al cielo para pedir á Dios el eterno descanso de su esposa, mientras la vecina no dejaba descansar ningun mueble de la casa, aprovechando todos los momentos para registrar todos los rincones.

Cuando, para buscar el estuche de los cubiertos, se dirigia al armario de la ropa blanca, excusaba su equivocacion, diciendo, que la desgracia de su amiga la tenia tan afectada, que no podia hacer cosa á derechas.

En cambio, hasta la mano zurda le servia para sus pesquisas, y es fama, aunque ya he dicho y no me cansaré de repetir que la fama suele ser embustera, que era tal el trastorno que la producia el dolor, que ya no sabia distinguir sus pañuelos de los de la difunta.

Servíase de estos con frecuencia, pero sin advertirlo, porque nunca pudo fijarse en ellos á causa de que los mudaba á cada momento.

Atendia, sin embargo, al viudo, y le rogaba que no se molestase por nada ni para nada, porque ella cuidaria de todo.

—Harta desgracia tiene vd., vecino, con haber perdido á su esposa, le decia sin cesar. No piense vd. en nada ahora, sino en consolarse y en atender á su salud, que yo, gracias á Dios, aunque tengo en casa mis quehaceres, puedo echar aquí una mano.

Desgraciadamente para el viudo echaba las dos, y así lo veian los criados; pero obedecian sus órdenes, y nada se hizo sin que ella lo dispusiese, la noche del funeral.

El viudo, vestido de negro, y acompañado de algunos de sus parientes y personas mas allegadas, esperó en silencio la vuelta de los amigos, que á la conclusion del funeral llenaron la sala, despues de haberle saludado uno por uno, recordándole todos lo que nadie podia creer que hubiese olvidado.

Algunos fueron mas explícitos, y se acercaban á decirle:

—Pero quién lo habia de decir, cuando hará mes y medio, ó dos meses todo lo mas, que la ví yo tan sana y tan buena!.....

Otros se llegaban á preguntarle:

—¿Y cómo ha sido esto?..... ¿Qué ha tenido? ¿De qué ha muerto?

No faltaba quien tratando de darle algun consuelo, le dijese:

—No se aflija vd., qué diablo; todos hemos de hacer lo mismo. Este mundo no es mas que una miseria. Dichosa ella si ha ido á la gloria.

—Allí se ahorra de padecer, decía otro.

—¡Cómo ha de ser!..... replicaba un tercero; todos somos mortales, y al cabo y al fin peor hubiera sido que se hubiese muerto antes. Ya no era jóven..... tendria sus setenta y cinco ó algo

mas... Sí, algo mas tendria, porque ella era del tiempo de mi esposa, poco mas ó menos, y mi esposa va á cumplir los setenta y siete.

El viudo respondia con sollozos á todos, y solo sostuvo conversacion con don Narciso, que le informaba minuciosamente del funeral.

Por torpeza de los criados, ó tardanza del confitero, se atrasó algunos minutos el refresco, y don Narciso iba y venia sin cesar á la cocina, sufriendo no poco el viudo con las miradas de inteligencia que se dirigian entre sí los convidados.

Pero llegó por fin la hora, y las jícaras de chocolate, las bateas de bizcochos y los vasos de agua de naranja, circularon profusamente por la sala.

Nadie hizo desaire al refrigerio, ni despues que hubieron reparado el estómago, tuvieron la imprudencia de continuar molestando al viudo con su presencia. Aguardaron, sin embargo, á que los que habian ocupado la presidencia levantáran el campo, y los siguieron incontinenti.

El confesor de la difunta se alzó el primero, y llegándose al viudo, que enjugaba las lágrimas con el pañuelo, le dijo:

—¿De qué le sirve la reflexion?..... No ve que ofende á Dios con oponerse á sus divinos preceptos. El se la dió, él se la quitó; cúmplase su santa voluntad.

—Yo acato la voluntad del Señor, dijo el viudo sollozando.

—Buena manera tiene de acatarla, y está ahí sin dejar de gimotear.

—No puedo remediarlo, padre mio.

—Pues remédielo, y pida á Dios por su alma, que las oraciones la servirán mas que las lágrimas.

—A vd. padre, si que le pido que lo haga.

—Ya lo hacemos toda la comunidad. Era muy buena cristiana, y muy devota de nuestro padre San Francisco.

—Todas las misas que ha dejado mandadas por su alma, quiere que las digan vds., repuso el viudo.

—El Señor se lo aumentará de gloria, dijo el fraile.

Y dando á besar su mano al viudo, salió de la sala.

El que siguió al fraile llegó con semblante compunjido, y dando una sacudida de cabeza, dijo:

—Dios le dé á vd. salud para encomendarla á Dios.

—Muchas gracias, contestó el viudo, que estaba de pié á la puerta de la sala.

Y todos los que fueron saliendo, daban igual sacudida de cabeza, y decian:

—Lo mismo digo, aludiendo á lo que habia dicho el primero.

Cuando hubieron acabado de salir todos, y quedaron solos los de la casa y don Narciso, queriendo éste distraer al viudo, le dijo:

—Cuando vd. estaba despidiendo el duelo me ha dado una tentacion de risa el acordarme del cuento de la peluca, que á poco mas suelto la carcajada.

—¿Qué cuento? preguntó uno de los presentes.

—¿No lo sabe vd.?

—No.

—Pues estando un viudo despidiendo un duelo, el primero que llegó á decirle, lo de costumbre, observó que tenia la peluca torcida, y como era muy grande amigo sayo, le dijo:—Tiene usted la peluca tórcida, y el viudo se la arregló al momento. Pasó el segundo, y dijo:—Lo mismo digo, y el viudo volvió á arreglar la peluca; y como todos le fueron diciendo lo mismo, concluyó por descubrir la calva, quitándose la peluca.

Hizo poca fortuna el cuento, y don Narciso se despidió de su amigo, repitiéndole lo mismo que todos, aunque preguntándole además si habia quedado satisfecho.

Estábalo el viudo mucho, y le dió las gracias, rogándole que fuese al dia siguiente, porque queria que le acompañase á la iglesia, á visitar la sepultura de su esposa.

Pero don Narciso le dijo que no estaba per-

mitido salir á la calle antes de los nueve dias del fallecimiento, y el viudo se resignó á cumplir los preceptos de la etiqueta.

Tambien la vecina se resignó á continuar manejando la casa hasta que terminase el novenario... y luego...

La crónica no dice mas que lo que vá dicho.

CUADRO TRECE.

El siglo de los faroles.

PUES gran cosa habria hecho el Supremo Hacedor de cielo y tierra, con tomarse la pena de hacer la luz, si habia de tenerla guardada en los calabozos del caos hasta la venida al mundo de los pollos de ahora!

¡Conque, vds. señores fosforeros, han creido que el mundo estaba á obscuras antes de que viniese Brandt á iluminarle con el descubrimiento del fósforo!

¡Conque es decir, que para vds. el fuego no alumbraba, y aquello de que *non fumum est fulgore sed est fumo dare lucem*, era una paradoja, y los hombres vivian á oscuras de sol á sol!

¡Conque vd., señor don Pascasio Lizarbe, ha creido que sin sus cerillas fosfóricas, no podriamos vernos las caras de noche!

Pues, vive Dios, y no digo mas, señor fosforero, que si le oye semejante fanfarronada mi señora doña pajuela, que le arme una de gas sulforoso que no le permita respirar en una semana, ni deje de toser en un año.

Para dar á Dios lo que es de Dios, no se le ha de quitar al César lo suyo, y no porque vd. tenga ahora esas luces, ha de pensar que los hombres de ayer vivieron á obscuras. Y le encargo mucho cuidado en lo que dice, porque si van los trapos á la colada, Dios sabe lo que resultará.

A fé mia, que si los hombres de ayer no hubiesen tenido la abnegacion de darle á vd. sus huesos, no habria podido extraerles el fósforo, y andariamos ahora mendigando la luz del azufre.

Cierto es que el azufre por sí solo no se atreve á dar la luz, pero para eso tiene á sus órdenes al pedernal, que en dulce maridaje con el acero, engendra la chispa, para arrullarla en un colchon de yesca.

Y no crean vds. que esas operaciones son complicadas; los antiguos las habian simplificado de tal modo, que casi estaban reducidas á una sola.

Por de pronto, no se necesitaba una caja para el pedernal y otra para el eslabon y otra para la yesca, sino que todas esas tres partes, integrantes y constituyentes del fuego, se encerraban en un

solo departamento; en una bolsa de cuero por ejemplo. Y no en una bolsa grande, como la de los modernos fondos públicos, sino en una un poco mas pequeña que un cartapacio, la cual, perfectamente enrollada, podia llevarse y traerse en el bolsillo sin gran trabajo.

Una sola persona bastaba para *echar lumbres*, y cuando la piedra era de buena calidad, antes de que el eslabon la diese doce golpes, ya habia producido una chispa; y á pocas de estas que cayesen sobre la yesca, si no estaba húmeda, casi podia asegurarse que habia fuego. Fuego que comunicado al azufre, se convertia en llama, y con una vela ó la torcida de un belon, se lograba la luz al momento.

No era esta operacion tan breve, preciso es confesarlo, como la de inflamar una cerilla fosfórica, pero ambas dan por resultado la luz, y lo que nos hemos propuesto probar en este artículo, es que las luces no son de HOY, sino de AYER, y que sostener lo contrario es un disparate.

¡Pues vaya que seria gracioso suponer que no eran hombres de luces, los que nacieron antes del descubrimiento del fósforo y del gas y de la luz eléctrica!

¡Y la pajuela! ¡y el sebo! ¡y las hachas de cuatro pábilos! ¡y las linternas! ¡y las hachas de viento!

¡Oh! las hachas de viento, sobre todo.

Los que las inventaron, fueron los verdaderos padres de la antorcha de la civilizacion.

Ellos inauguraron el siglo de las luces y de los fósforos.

Quererles despojar de esa gloria, seria lo mismo que negar la existencia del fósforo y de la luz.

Sus propios palacios son hoy unos testigos aunque mudos, de las luces de su época.

¿No habeis visto á la puerta de algunos de ellos, dos caperuzas (1) de hierro? Pues allí apagaban, los pajes ó los lacayos, las hachas con que habian alumbrado á sus señores al volver del coliseo ó de la tertulia.

Pero aun esos hachones no serian suficientes para que pretendiésemos probar que el siglo de las luces, no ha empezado á mediados sino á principios del presente. A pesar de esas luces creeríamos que aquellas gentes estuvieron á obscuras, si no les hubiésemos visto pensar en alumbrar las calles, y en establecer los serenos. Pero hicieron ambas cosas, y por ello merecen nuestro mas sincero elogio.

Y cuenta que nada perderian si les negásemos esta honra póstuma, porque la lograron en

(1) En la casa que fué del marqués de Santiago y hoy es Casino del Príncipe en la Carrera de San Gerónimo, se conservan aun esos apagadores enclavados en la pared. (Año 1852).

vida tan grande, que difícilmente la alcanzarán mayor los que pretenden inventar un globo de luz, que ilumine la Europa y una gran parte de la América.

Vosotros, nada tiene de extraño que así os suceda, ignorais el entusiasmo que excitaron en Madrid los faroles y los serenos. No sabeis que las gentes salian á la calle á ver á los unos y á los otros, ni mas ni menos que ahora vamos á ver la luz del gas y los vigilantes nocturnos.

Y no se os figure que los faroles del alumbrado eran los primeros que se veian en las calles de la capital.

No creais que aquellas modestas luces eran las únicas de que gozaba el vecindario.

Antes de que los señores de villa pensasen en alumbrar las calles, ya ardian en ella multitud de lámparas, colgadas delante de los retablos místicos, que lucian, una sí y otra no, todas las casas de la córte.

Esos farolillos no alumbraban al pasagero, pero le enseñaban una luz, con la que se daba por avisado para quitarse el sombrero. A los del alumbrado público no les hizo nunca ese saludo, y ellos, lejos de incomodarse, tomaron la venganza de despreciarle dejándole á obscuras. Y no porque se apagasen, que esto jamás lo hicieron mientras les duraba el aceite, y no andaba ni abundante ni barato, sino que lo hacian por no

incomodar al transeunte con sus resplandores.

Pero esto no rebajaba el importante papel que desempeñaban, porque como decian las gentes, era un consuelo saber que habia una luz en la calle siquiera esa luz no lo fuese.

Consuelo parecido al del pobre que se desayuna con el placer de recordar que á su lado vive un rico avariento.

De los pueblos vecinos acudian á la córte á ver el alumbrado público, del cual, como hemos dicho, era pública voz y fama que no alumbraba, y pocos forasteros regresaron á sus hogares sin haber dado un paseo de noche por las calles de Madrid, con la cabeza erguida, la boca abierta, el sombrero sobre el cogote, los brazos caidos y las piernas dobladas. Toda la figura, en suma, ni mas ni menos que ahora, porque los lugareños, aunque cada vez van siendo menos asombradizos, cuando se asombran, lo hacen ni mas ni menos que lo hacian antes.

Comprendian perfectamente que el farol fuese de vidrio y que el vidrio diese paso á la luz, cosa no muy fácil de comprender; no les admiraba que los faroles estuviesen separados de la pared, porque veian los hierros que los tenian colgados al aire; pero lo que no podian comprender era que, estando tan altos, pudiesen encenderlos diariamente.

Hubo hombre que vió al sereno-farolero, arri-

mar la escalera, subir y bajar por ella, dejando encendido el farol, con un hachon de viento que llevaba en la mano, y aun no sabia lo que habia visto.

Rociábales á todos la cara el contínuo chisprorroteo del hachon, que los faroleros manejaban con una destreza académica, y la multitud seguia alborozada á aquellos hombres que iban propagando la luz por todos los barrios de la capital.

La luz, que mas tarde habia de ser reemplazada por el gas, y mas tarde, mucho mas tarde aun, por la electricidad.

La sangre verde de la aceituna, que habia de huir avergonzada ante el aliento deslumbrador del carbon de piedra, y de la cual ya no habrá rastro, cuando iluminen el globo los diáfanos y brillantes espeluznos de la pila de Volta.

Aquella luz, que trabajosa y al parecer exánime, se defendia de los vientos, encerrada en urnas de vidrio, era la misma que HOY se vierte esplendorosa y lozana en ricas tazas de diáfano cristal, y la misma, tambien, que MAÑANA aparecerá en el aire, iluminando el globo, sin que sus claros résplandores dejen ver el pedestal sobre que se recline.

Aquella luz toda sombra, es la que HOY amenaza tragarse las tinieblas y la que al fin se las tragará MAÑANA.

Aquella luz, en suma, débil, opaca y misteriosa, remedo indigno de la luz natural, es la que ha luchado por espacio de muchos siglos con la poderosa naturaleza para arrancarla sus mas recónditos secretos.

Aquella luz de AYER, es la que HOY ha quemado las entrañas de la tierra en busca de los seres que han de vencer las sombras del MAÑANA.

Aquella luz es la que ha iluminado los misterios de la ciencia; y aquel mugriento candil, que á los hombres de HOY da risa ver colgado en el estudio de los sábios de AYER, es el que ha de alumbrar la inteligencia de MAÑANA.

La antorcha de la civilizacion (no te asustes lector, lo confiesa ella misma), es la que llevaban en la mano aquellos hombres rústicos, que en los primeros años de este siglo, encendian los faroles de la capital.

La aparicion de los hachones de viento era la señal que aguardaban todos los vecinos de la córte para iluminar sus aposentos.

Los criados la esperaban, provistos de una pajuela en la mano derecha y de una ascua en la izquierda.

Los sábios, interrumpido el estudio durante el crepúsculo vespertino, esperaban, apoyados los codos sobre el bufete, la llegada del candil, cuyo aceite habian de tragase durante le noche.

Cierto es que, entonces como ahora, no se

media el talento ni la erudicion por varas, pero se apreciaba por libras, y era mas sábio, el que por última razon, para probar que la tenia en una cuestion cualquiera, podia exclamar:

—Para que pueda vd. saber mas qué yo en este asunto, es preciso que primero se haya tragado muchas mas panillas de aceite que yo.

El *quemarse las cejas*, estudiando, era tambien una gran prueba de sabiduría, entre aquellas lechuzas eruditas, á propósito de las cuales, recuerdo, y allá van para que el lector los recuerde tambien, unos versos que leí siendo niño, en un soliloquio, de cuyo título, ahora que ya no lo soy, apenas me acuerdo; pero sospecho que era *El poeta escribiendo un monólogo*:

El diablo del candil alumbra á muertos;
Atizemósle pues. ¡Oh! ¡tú, torcida!
Una y mil veces venturosa mecha,
Entre cuantas alumbran las guardillas.
De poetas canoros, y del Griego,
Semejas la mugrienta lamparilla,
Alumbra bien y no hagas mucho *moco*.
¡Con qué vigor me siento! Envidia, envidia,
Tú, que muerdes como otro Cancerbero,
Y mis obras, cruel desacreditas,
Muérete de repente, y porque rabies
Mi docto númen y mi ciencia mira.

No era el farolero tan rápido en propagar su luz, como el gasómetro en dar la suya, pero mas

tarde ó mas temprano, la difundia por todo el barrio. Y si alguna vez se descuidaba, no era suya la culpa, sino del sacristan que tocaba á las Oraciones, sin cuyo requisito, teníanle prevenido que no encendiera los faroles.

De lo cual, no resulta y si resulta buen provecho le haga, que la gloria de dar la luz al vecindario le pertenece al sacristan, quien cuando mucho, puede pedir una parte aunque pequeña al farolero.

Este era, á no dudarlo, el verdugo de las tinieblas, y su doble carácter de sereno, le daba gran importancia en aquella sociedad.

La recompensa pecuniaria no era, en verdad, muy proporcionada á la categoría de su destino, ni menos digna de su elevado ministerio; pero ¡cuándo el oro ha tenido el talento necesario para saber apreciar el mérito de las grandes acciones!

Entonces, como ahora, la sabiduría jugaba á la alza y su papel estaba en baja. El propagador de las luces ¡pásmense vds! tenia tres reales diarios por hacerlas, y otros tres por vigilarlas durante la noche.

Así, con medio puñado de cobre, le pagaba el oro sus afanes.

A no haber sido por la gloria, que ya entonces andaba de valde, es posible que los asturianos no se hubiesen prestado á servir las plazas

de serenos, que mas tarde han seguido vinculadas en su raza.

Pero la fama de aquellas luces, voló por todos los ámbitos de la monarquía, y todas las clases de la sociedad pagaron un tributo, aunque no metálico, á los resueltos hijos de Pelayo.

Los poetas, tragaron unas cuantas panillas de aceite, y á fuerza de roerse las uñas, circunstancia precisa entonces para hacer versos, *sacaron de su cabeza* (así lo decian ellos mismos) multitud de coplas, de las cuales, muchas fueron puestas en música, y aplaudidas todas; con especialidad la del *tururú*, que despues de cantarse en presencia del Monarca, llegó á ser la cancion mas popular de la época.

Y porque sé yo que han de agradecérmelo, y he de quitar cien canas, á mas de cien pollos de entonces, copio á continuacion una estrofa. Esta por ejemplo:

El sereno de mi barrio,
es un grandísimo embustero,
por decir que son las once y cuarto
dice que son las once y lloviendo.
Ave María Purísima,
las once y nublado.
Turururururú, duerme, gachona mia,
turururururú, duérmete sin recelo,
turururururú, que son las once y cuarto,
turururururú, y está raso y sereno.

Los fabricantes de abanicos, acosados por las señoras de la nobleza, que les pedian *abanicos del sereno*, acudieron tambien á los poetas, y se pusieron de moda unos abanicos, en cuyos paises habia pintados un currutaco y un sereno.

De la boca del primero salian estas palabras, que andando el tiempo, se supo que eran versos.

«Ya es mucho mas de la media noche,
acompáñame, sereno.»

A lo cual contestaba el sereno, con estas otras, que asímismo le salian de la boca.

«Señor, yo con gusto le acompañara,
pero en el traje de su mercé comprendo,
que el bolsillo de su mercé está siempre,
á la una en punto y sereno.

Eran, como vds. pueden figurarse, los serenos, los que menos se cuidaban de la gloria que les daba el oficio, y apenas oian á la fama zumbar sobre sus cabezas. Lo que oian, por su desgracia, era el trueno seco y pelado, y el desgajar de las nubes, que vertian sobre ellos, el agua de que venian preñadas.

Al principio, como todos los oficios nuevos tienen aprendizaje, solo aprendieron á dormir, sin cantar las horas, ni menos las afecciones astronómicas, pero pronto aprendieron á cantar sin

dejar de dormir; y aunque solian llevar descompuestos los relojes, como no era entonces moda trasnochar, nadie se apercibia de sus faltas. Faltas que solian pecar de sobras, como sucedió una vez, con un nuevo vigilante nocturno, que demasiado celoso del cumplimiento de su destino, y habiéndole despertado la última campanada de las doce, dijo:

«Ave María Purísima, las doce y casi mas, y el cielo azul, y ainda mas un puñadito de estrellas.»

Duró la novedad de los serenos mas de un año, y por cansado que estuviera del viaje, el forastero que llegaba por primera vez á la córte, no se dormia hasta haber oido cantar la hora una ó dos veces.

En las tertulias, se suspendia la conversacion y el juego para escuchar al sereno, y cada dia se hablaba de ellos con mayor entusiasmo.

Los propietarios de fincas urbanas, eran los únicos que suspiraban con amargura al oirlos; pero esos suspiros no salian de lo íntimo del corazon, sino de lo íntimo de la gabeta.

Y la gabeta tenia tanta mas razon para suspirar, cuanto que por cada finca habia pagado cincuenta y siete reales, para la construccion, y colocacion de los faroles.

Finalmente, si lo dicho hasta aquí, no es bastante para probar la importancia de aquellas lu-

ces; si nada dice, en su abono, el haberse establecido una *vidriería y cerragería*, nada menos que *Real*, para la construccion de los faroles, la persecucion que estos sufrieron hace plena prueba.

Todos los grandes inventos han pasado por el crisol del infortunio, víctimas de la ceguedad y de la ignorancia, y no hay ninguno que haya sufrido tanto, como el que debió el pueblo de Madrid, á su Ministro de Gracia y Justicia, el obispo de Salamanca.

Todas las mañanas aparecian las calles sembradas de vidrios, y fué tal el número de los faroles que se dieron de baja, heridos por las piedras, que el Consejo de Castilla dió un bando prohibiendo semejantes descalabros. Y visto que la prohibicion publicada por la ley, no alcanzaba mas que la tácita de la urbanidad y del raciocinio; fué preciso pasear por las calles mas públicas, con los faroles colgados al cuello, á dos jóvenes cogidos infraganti.

Castigo que se olvidó al poco tiempo, pero que los pollos de ahora deben tener muy presente, visto el admirable respeto que profesan á los modernos escaparates, y á los apedreables aparatos de las luces de gas.

CUADRO CATORCE.

La ronda de pan y huevo.

Sigue la noche, lector, y no te asombre, porque ya te dije, que en las regiones de lo pasado, el dia tardaba mucho en llegar.

Estaba encendida la antorcha de la civilizacion, pero ya habrás observado que las luces nuevas, tardan mucho en tomar el incremento necesario para disipar las tinieblas. Sigamos, pues, á obscuras, y no tengas miedo, que yo conozco el camino, y te he de ahorrar muchos tropiezos.

No sé si has almorzado *de tenedor*, cosa que entonces se usaba y no se decia, ni sé tampoco si has comido fuerte, ni menos tarde, pero por temprano que lo hayas hecho, no te apures, y sin detenerte á cenar, vente conmigo.

Quiero suponer, aunque no me gusta la supo-

sicion, que no tienes que comer; ¿crees por eso que te vas á morir de hambre?

Estamos, á Dios gracias, en España que no en Inglaterra, ni menos en Irlanda, y en nuestro país, vuelvo á dar gracias á Dios, si no hay, para cada Elías pobre, un cuervo que le lleve un pan diario, hay diariamente muchas raciones de pan para los pobres.

Tú ven conmigo, aunque sea en ayunas, que yo te prometo que no has de ayunar un solo instante.

Acuérdate, sin embargo, de que estamos en 1800, y no esperes que te lleve á ningun ***buffet***, á donde puedas ***dejeuner***, despues de pasar la ***soiré*** en un ***raout***. Yo solo me comprometo á darte de comer, en el caso de que no tengas cosa mejor que llevar á la boca, un par de huevos y un cuarteron de pan. Y esto no en mesas á la ***rusa***, ni trinchado por cocineros franceses, sino en la gran mesa redonda de la Providencia, y servido por los caritativos cofrades de la antigua y ***Santa hermandad, de Nuestra Señora del Refugio y Piedad de esta córte.***

Cuando tú estabas absorto, viendo encender los faroles del alumbrado, han salido ellos á correr las calles de la capital, cargados de pan y huevos cocidos, para socorrer á los necesitados.

Y no creas que ellos son algunos criados de la Hermandad, ni menos unos cocineros cuales-

quiera, sino los mismos hermanos, individuos todos de las primeras familias de la córte.

Y no creas, tampoco, que te arrojarán ese sustento como una limosna, sino que se llegarán á ofrecértele con amor, en nombre de Dios, y rogándote que no hagas estéril su caridad. Caridad que, sea dicho de paso, tendrás tú por filantropía, aunque dudo mucho que ellos tuvieran tu filantropía por caridad.

Tampoco quisiera que se te antojára creer que todos los hombres servian para entrar en la Hermandad, por solo el hecho de ser caballeros; porque has de saber, que los seglares era preciso que fuesen *decentes*, *virtuosos y bien afectos* á obras piadosas, con otros mas requisitos de que seria prolijo enterarte y que tú comprenderás apenas tropecemos con alguna *ronda* de las que el vulgo llama de *pan y huevo*.

Y porque no haga el diablo, que vengamos por el cuartel opuesto al que ellos estén visitando, iremos al Refugio para ver cómo se preparan á la visita.

Un sacerdote y dos seglares, son los tres hermanos que ha nombrado el mayor; y esos, acompañados de un criado, que no dejará de llevar linterna, aunque la noche sea clara, y á pesar de los faroles, constituyen la ronda.

Al sacerdote le está prevenido el uso del *cuello*, y los seglares no podrán llevar montera, ni

armas vedadas, ni traje indecente. El criado, vigilará el cumplimiento de esa parte de los estatutos, como asimismo si sus amos se paran á conversar con alguien, ó á comer ó beber, y de ello dará cuenta al secretario, para que éste lo haga al hermano mayor.

¡Figúrate si este cambio de papeles no es ya una garantía de humildad evangélica! pero sígueme y calla, que aun las has de ver mayores.

Reunidos en la enfermería, al toque de Oraciones, y despues de rezar las de costumbre, y de estatuto, para prepararse á las buenas obras, que les tiene encargadas la Hermandad, se dirigen al cuartel designado para la ronda.

Examinan, antes de salir, los memoriales que han entrado en el *cepillo*, y disponen lo conveniente, para que sean socorridas las necesidades de que en ellos se les da noticia.

Pero no siendo estas urgentes, se dejan hasta las primeras horas del nuevo dia, y los diferentes veedores, nombrados al efecto, practican esos ejercicios en las visitas de dia. Por la noche solo pueden salir á visitar las rondas, y los veedores de incendios, los cuales, apenas tienen noticia de alguno, deben acudir al lugar de la desgracia, con camillas para transportar los enfermos ó los impedidos.

La ronda no va á cosa hecha, sino al acaso, y precedidos del criado, con su indispensable lin-

terna, salen del Refugio los dos seglares, llevando en medio al sacerdote, con paso grave y á guisa de pontifical.

Sin alzar los ojos del suelo, pero tendiendo la vista á izquierda y derecha, registran las plazas, tenderetes, mesones, y zaguanes de las casas, animándose al divisar en lontananza una sombra cualquiera, que puede ser la de un guardacanton, pero que á ellos se les antoja ser la de algun pobre que necesita los socorros de la Hermandad.

Si con efecto, no les ha engañado su piadoso deseo, y tropiezan con un ser racional, que rendido del hambre y del cansancio, reposa en el dintel de una puerta, ó yace tendido en medio de la calle, reconócenle brevemente á la luz de la linterna, y le suministran los auxilios necesarios.

El criado, autómata como todos los de su especie, apenas hace alto la ronda, mete la mano en el canasto de las provisiones y prepara una libreta y un par de huevos.

Los hermanos del Refugio, rodean mientras tanto al desvalido, le examinan, le dirigen palabras de consuelo, y cuando se han persuadido de que no tiene otra enfermedad que el hambre, le entregan el alimento, que les alarga el criado, y siguen adelante su camino.

Si tropiezan, por el contrario, con un enfermo,

que no pueda moverse, ni tomar alimento alguno, el eclesiástico le exhorta á que piense en la salvacion de su alma, y reunido, en breve consulta, con sus compañeros, acuerdan la traslacion de aquel infeliz á la enfermería de la casa. Pero como podrian abreviarle la vida, moviéndole sin el dictámen de un facultativo, corre el criado en busca de un cirujano, ó á ser posible, de un médico, y autorizados por éste, le cargan sobre sus hombros y le llevan á la enfermería.

Allí le recibe el capellan semanero, y le exhorta á que se confiese, pero si se niega á hacerlo, le está prohibido insistir en ello, y aun en ese caso, le dan cama y cena, si en estado de cenar se halla, y al dia siguiente le trasladan al hospital.

La ronda vuelve á continuar su ejercicio hasta haber registrado todo el cuartel; y cuando pasa por algun cuerpo de guardia, y el centinela la da el ¿quién vive? responde sin vacilar:

—España.

—¿Qué gente? vuelve á preguntar el centinela; y entonces dice, á voz en grito:

—La ronda de pan y huevo.

Socorre y recoge, sin distincion, hombres, mujeres y niños, llevando á estos, si los halla perdidos, á casa de sus padres, y en el caso de ser expósitos, á la Inclusa.

No distingue, en sus limosnas, á los católicos

de los herejes, y en el caso de hallar alguno de los segundos, solo le está prevenido, que le *atraiga á entrar en la importante plática de su conversion*, en cuyo caso, debe alargar su hospedaje en el Refugio, todo el tiempo que fuere necesario.

Pero eso ya pertenece al interior de la casa, y nada queremos decir ahora que no sea exclusivo de la ronda nocturna. Ronda que han debido envidiarnos todos los pueblos civilizados, y con especialidad los que hoy tienen tantos arranques de filantropía y de socialismo.

En España hemos dado siempre poca importancia á los nombres de las cosas, pero difícilmente habrá un pueblo en el mundo mas humanitario ni mas generoso.

Y téngase en cuenta, que lo era cuando menos lo parecia, porque precisamente uno de los achaques de AYER, en materias de caridad, fué el de pregonar pocas cosas, y hacer muchas.

HOY en cambio ¡cambio funesto! ha vuelto la oracion por pasiva, y se ha hecho mas amante de las palabras que de las obras.

¡MAÑANA!..... Mañana será otro dia y hablaremos.

Excusada seria la última parte de esta obra, si ahora me anticipase á revelaros lo que en ella me propongo deciros.

Lo que únicamente os diré es, que no habrá de seguro rondas de pan y huevo.

¿Y será porque falten personas que quieran salir á recoger á los necesitados, ó porque no haya quién necesite ser socorrido?

Hé ahí el gran problema que hemos de resolver.

Pero no en este momento, porque este momento le necesitamos para terminar el presente cuadro y aparejar el siguiente.

Sin el completo exámen de la sociedad que pasó, nos seria imposible apreciar la que está pasando, ni inquirir algo de la que ha de pasar.

Sólo conociendo, íntimamente, á los hombres de la fé, podremos acercarnos á los del vapor, para seguir con la vista á los de la electricidad.

Pasaron los primeros, como un sueño pesado, del cual no conservamos otra cosa que un ligero aturdimiento y una incesante zozobra, se van los segundos, como un torbellino deslumbrador que nos ciega, para que no veamos la esterilidad de sus movimientos, y se irán los últimos, como un relámpago, cuya luz no deja ver las obras que ilumina.

Los hombres de 1800, nos legaron un feto; los de 1850, nos van á dar un aborto, ¿habremos de esperar un fenómeno de los de 1899?

El tiempo nos aclarará el misterio.

Pero el tiempo tarda mucho en pasar, segun dicen las gentes, y para verle sin que haya ve-

nido, es preciso observar el rumbo que lleva, y los materiales que ha recibido á bordo.

Ni antes, ni ahora, ni despues, ha habido efectos sin causa, y cuando no se adivinan estas, consiste en no haber estudiado bien aquellas.

Yo te ruego, lector, que no pierdas nada de lo que voy presentando á tu vista, ni aun las cosas que te parezcan mas nimias y triviales, porque todas ellas sirven á nuestro propósito. Las que tú creas mas leves, y mas sencillas, serán acaso las mas fuertes y las mas importantes.

El grano de arena, que detiene el paso de una carroza, y decide el hundimiento de un puente, es la base de un edificio colosal, y el que cierra la brecha de la muralla.

La experiencia te habrá enseñado, que no hay amigo inútil, ni enemigo despreciable, y yo te aseguro, que aunque estos cuadros no están tan bien escritos como tú quisieras, y como yo deseo, en todos ellos has de hallar el gérmen de los venideros.

Por poco que pienses en lo que te digo, verás que tengo razon; pero para darte tiempo á meditarlo, te dispenso de leer el cuadro próximo.

Entre la ronda de pan y huevo, y esta ronda de palabras que he hecho á su alrededor, se ha pasado la noche y ya que estoy despierto tan de madrugada, voyme á llegar un rato al vecino convento de frailes gerónimos.

Creo que no habrás hecho cosa por la cual te esté vedado pisar la clausura, ni mucho menos para que el Santo Oficio te haya declarado relapso, pero déjame llegar solo, y está seguro de que si viere alguna cosa notable, la pondré inmediatamente en tu noticia.

Si vivias y tenias uso de razon, veinte años atrás, habrás visto mas frailes de los que caben en el cuadro. Si no hubiese sido así ¡cómo ha de ser! Tampoco has alcanzado la dominacion de los árabes, ni los autos de fé, y sin embargo, pasas la vida sin echar de menos ninguna de ambas cosas. Pues dí pata, y échate á dormir, á pierna suelta, que antes de que soplen esos vientos, corre á mi cargo el despertarte.

CUADRO QUINCE.

Un convento de frailes.

Si oyes al vulgo hablar de los frailes, y con especialidad de los que vestian el hábito de San Gerónimo, te dirá, que de cada carnero hacian tres albondiguillas, y daban cuatro á cada fraile; pero tú, lector, sabes como las gasta el vulgo, y no será necesario que yo te diga lo que has de dejar, ni lo que has de tomar de semejantes habladurías. Lo único que puedes hacer, si mi consejo te vale, es tomar el carnero tal cual te le dá el vulgo, que puesto que no le has de pagar, bien puedes hacerte la cuenta que se hacia el otro.

Y el otro era un buen cristiano viejo, que desesperado al ver que un inglés protestante se negaba á creer en el misterio de la Santísima

Trinidad, á pesar de las exhortaciones del agonizante, se llegó al oido, y con el mejor deseo de que se salvase el alma de aquel prójimo, le dijo:

—Hombre, no sea testarudo ni obcecado, y crea lo que el padre le dice, que es la verdad; y por último, ¿qué le cuesta confesar que son tres las personas del sagrado misterio....? ¡Por ventura, le pide nadie que las vista ni las dé de comer!

Pues eso digo yo, lector. ¿Te pide nadie que pagues los carneros, para que te opongas á que el cocinero del convento, haga solas tres albondiguillas de cada uno?

¿Es cuenta tuya acaso, el que luego se repartan á cuatro por barba?

Deja que cada cual coma lo que mas le cumpla, que así saldrán luego comidos por servidos, y como dice el refran, caldo que no has de sorber, déjalo cocer.

Yo puedo asegurarte que, cuando llegué al convento, ni aun agua caliente habia en la cocina.

Percibíase, únicamente, el ruido de las chocolateras, como un fuego graneado, en diferentes puntos del convento, pero aun ese ruido mas se adivinaba por las narices que por las orejas, á causa de que el buen cacao es muy escandaloso, y el que tomaban los gerónimos, alborotaba el olfato de la vecindad.

Fuera de los padres graves, que para eso te-

nian sus legos, los demás frailes se hacian por sí propios el chocolate, á cuyo fin, era de rigor en cada celda, una tabla, con una cuchilla fija en ella, para partir las pastillas del chocolate; una chocolatera de barro, con su molinillo de madera de peral, circunstancia precisa; una jícara mas pequeña que la chocolatera; dos platos, y un vaso.

Si no era tiempo de tener el brasero en uso, todos se dirigian, con sus chocolateras, á unas cocinillas, que habia á los extremos de los cláustros, y esta operacion era indispensable, antes de decir la misa, porque luego ya no era tiempo.

Decian, y acaso con razon, que el chocolate y los asados deben comerse reposados, y fraile habia que le guardaba cocido de un dia para otro.

Cierto es que el reposo era, para aquellos benditos varones, un agente, aunque negativo, tan esencial y tan vasto, como el vapor ó el fluido eléctrico, y habian hecho de él grandes aplicaciones.

Reposaban el cuerpo, antes de entregarse al sueño, de la agitacion sufrida al subir á la cama; daban reposo á los sentidos despues que estaban despiertos; se vestian, reposadamente; salian de la celda, con paso grave y reposado, y decian la misa con tanto reposo, que cuando alguna seño-

ra tardaba en ir á su casa, de vuelta de misa, solia decirla su esposo:

—Si no has oido mas que una misa, es que te ha tocado algun gerónimo.

Jamás bebian el agua recien cogida de la fuente, sino que la dejaban reposar, sentándose para beberla; y por último, era tal su aficion al reposo, que no se alzaban del refectorio hasta haber reposado la comida en el estómago. Para lo cual, decia el vulgo (ya te he dicho que de el vulgo no hagas caso) que se agarraban de unas cuerdas, colgadas en el techo, y se dejaban caer de golpe sobre los sillones. Embalage gastronómico que se llamaba *ad recalcandum*.

Despues de dicha la misa y tomado el chocolate, acudian al coro, y de allí volvian á sus respectivas celdas, á esperar la hora del refectorio, entregado cada cual á distinta ocupacion, segun era distinto su genio, su talento, ó su categoría.

Esta última circunstancia era la que mejor determinaba la ocupacion de cada uno.

El prior, solia girar una visita por los departamentos de la casa, deteniéndose en la cocina, á dar la tablilla para los extraordinarios de la semana; en la cárcel, si habia algun religioso detenido, á saber como cumplia el castigo; en la despensa, á ver si el encargado de los víveres los tenia en órden; en la sacristía, á que el sacristan le dijese si necesitaba alguna cosa para el culto;

y por último, en la celda del predicador conventual, para que le leyese algun trozo del sermon que solia estar estudiando.

Los demás padres maestros se retiraban, á recibir visitas los unos, á pasar el tiempo en la biblioteca los otros, y algunos, á continuar en el estudio, al que habian consagrado su vida, rindiéndole, en la soledad del claustro, un culto como rara vez permite el bullicio del siglo.

Pero tambien eran raros esos frailes estudiosos, y la generalidad no tenian tan arraigada esa pasion, que no les permitiese tomar algun descanso en la solana.

Los novicios, precedidos de su maestro, iban desde el coro al aula, pero tenian sus dias de *satis*, y sus momentos de ócio, en los cuales bajaban al huerto á tirar á la barra, á jugar á la pelota, ó á entretenerse en otros ejercicios honestos y gimnásticos.

Los frailes de misa y olla se ocupaban en reposar el cuerpo sobre el sillon de brazos, pero algunos se entregaban á tareas, que aunque no divinas, tampoco tenian nada de profanas.

El arte de la relojería era el estudio predilecto de muchos; el oficio de carpintero era mas ó menos cultivado por todos; habia alguno que entendia y tenia especial aficion á la sastrería; hubo mas de uno que acertó á hacer con perfeccion un par de zapatos, y por último, lo que te-

nia gran partido en los conventos, era la construccion dc jaulas de pájaros, y el engarce de rosarios.

El fraile, que yo fuí á visitar, no hacia ninguna de esas cosas, y cuando traté de tocar con los nudillos en la puerta de su celda, le oí que decia:

—Buena pieza estás tú, corretona; como no te den otra cosa que andar de un lado para otro, todo va bueno. Pero hoy no te vale la bula de Meco; no te vas, no. ¡Hola! con que apenas me voy al coro tomas el portante! habrá una moza peor que tú en el mundo!

Estas palabras eran acompañadas de ruido de pisadas, y se oia correr de un lado para otro y aun dar golpes en la pared, sin que yo pudiese adivinar lo que allí dentro pasaba.

Ni lo hubiese adivinado á no haberme decidido á llamar á la puerta. Pero apenas lo hice, cuando oí correr un cerrojo y que el fraile decia asustado:

—¿Quién es? ¿quién es? no se puede entrar ahora... Que espere el que sea.

—Soy yo, padre, díjele sorprendido, y me retiro que no quiero incomodarle.

—¡Hola! me dijo conociendo mi voz; no se vaya, quédese, que ahora le abriré, pero entre de prisa porque se me ha escapado una pájara y anda suelta por la celda.

Estas palabras me hicieron comprender las

anteriores, y con efecto, entré corriendo en la celda, para ayudar al fraile á cazar el pájaro, tirándole ambos los pañuelos.

Pronto conseguimos volver á la pajarera la hermosa canaria moñuda, con quien hablaba el religioso antes de entrar yo allí, y el fraile, tomando asiento en uno de brazos, me dió á besar la mano y luego con ella un cigarro imperial, y me señaló un sillon para que me sentara.

Sin que se hubiese incomodado en advertírmelo, yo lo habria hecho, porque no habia otro vacío. Todos estaban ocupados, el que no con un puñado de libros, con un par de zapatos ó con la cogulla, y los restantes llenos de esparto crudo.

Material que acopiaba el fraile para los nidos, que él propio hacia á los canarios, y hé ahí su ocupacion favorita en el mes de marzo. Por ella renunciaba algunas tardes al paseo, y entre sus libros, que aunque pocos, eran todos sagrados, el único profano era la famosa *Explicacion del modo de criar los canarios y aparearlos.*

Su mayor gusto era *sacar* una gran porcion, todos de distintos matices, y hacer con ellos regalos á sus compañeros y á sus amigos.

En la manga, le he visto yo llevar los reciennacidos cuando iba de paseo, y en su celda los alimentaba con bizcocho y yema de huevo.

Ese mismo fraile, hacia con mucho primor las jaulas y las ratoneras de alambre, y tenia

otras muchas habilidades; pero guardaba el mayor secreto acerca de todas ellas, porque decia que no queria que abusasen haciéndole *el burro del convento*.

En los gerónimos, sin embargo, no se conocia ese cargo gratuito, porque todos eran señores, servidos por muchos criados y mozos de mulas, que las tenian famosas. Tan gordas, lucidas y arrogantes que parecian pertenecer á una raza nueva, capaz de dar celos á los mas hermosos corceles.

Cuando llegue el cuadro de las elecciones en 1800, y veamos á los reverendos marchar al capítulo sobre sus poderosas cabalgaduras, tenemos seguridad de dar envidia á los muleteros mas afamados.

Por ahora, no solo dejámos de hablar de ellas, sino que hasta abandonamos la comunidad de los gerónimos, antes de que llegue la hora del refectorio; pues si es dia en que la tablilla reza salmon, nos harán comer uno entero, ó una ternera, si este fuese el extraordinario.

Saldriamos asimismo á frasco de vino por barba, y á dos libras de arroz con leche por cabeza, y aunque á nadie, y menos á los convidados, obligaban á comer toda la racion, siempre es mal visto dejar sobrante en el plato.

Somos por otra parte algo sóbrios, y con una cucharada de sopa tenemos bastante. Y para es-

to no hay mejor mesa que lo que sóbre de la de nuestro seráfico padre San Francisco de Asís.

Los pobres frailecitos, que para dar por Dios, tienen que pedir por Dios, no nos negarán un pedazo de pan y una cucharada de sopa, cuando den á los pobres la que haya sobrado de su pobre mesa.

Déjate querer, lector, y si anoche te dieron de cenar los hermanos de la ronda de pan y huevo, hoy te darán de comer los frailecitos mendicantes.

En estos es mas de agradecer cualquier cosa, porque para darlo han tenido necesidad de pedirlo; y si no hubieran mendigado, ni ellos ni los pobres hubiesen comido.

Pero no perdamos el tiempo, que han dado las doce y media y ya es casi la hora de repartir la bazofia.

CUADRO DIEZ Y SEIS.

La sopa boba.

Arroz á la Milanesa, á la Veneciana, á la Genovesa, á la Certosina; macarrones á la Napolitana, en caldo, y *accomodati*; *paparelle* á la Boloñesa, á la Florentina, y á la Romana; *ravioli* de placer, *accomodati*, y en caldo; *Pantriti*, *Trippe*, *Lasagne*, etc., etc., etc.; los italianos han inventado un número de sopas tan considerable, que en Milan, en Nápoles y en Roma, la fonda cuya lista no ofrece ciento cincuenta sopas variadas, es reputada y tenida en menos que un mal bodegon español.

Cierto es que semejante lujo de entradas corresponde perfectamente al del centro, y á las salidas, puesto que saben servir las chuletas de trescientas veinte y cinco maneras distintas, y

cuando llega la hora de los postres, solo en quesos presentan mas variedades que bayonetas el Czar de Rusia. Y nada tiene de particular que así suceda, si se atiende á que todos los italianos, dede el jefe de cada pueblo hasta el último ciudadano, hacen gala, y gala legítima, de poseer algunos conocimientos culinarios. Todos tienen mas ó menos arranques de cocineros, y un ministro de Estado, creeria hacer un desaire al cuerpo diplomático extranjero, si al darle un convite no le presentara un plato hecho por sus propias ministeriales manos.

Tantos ingenios, y algunos de primera calidad, consagrados á una ciencia, que aunque complicada, es fácil y agradecida, no podian dejar de producir una revolucion de importancia en ella, y así no es de extrañar que el penúltimo rey de Nápoles tuviera un cocinero, que al solicitar la honra de apellidarse Real, hiciese mérito de saber confeccionar tantas sopas distintas como dias tiene el año.

Pero ya se ve, como no hay dada completo en este mundo, ni cocinero que pueda asegurar que no hay una salsa nueva fuera de las de su repertorio, y siempre se ha dicho, que la liebre salta adonde menos el cazador piensa, resulta que en España, en el pais de las tres sopas, la de ajo, la de yerbabuena, y el arroz á la valenciana, es donde podemos declarar vencido al cocinero Real de

Nápoles, diciéndole con orgullo, que al maestro cuchillada.

Y cuchillada para la que no tiene defensa, porque yo, que he visto la lista de sus trescientas sesenta y cuatro sopas, y hasta he comido la que tiene de reserva para los años bisiestos, sé que no conoce, ni aun por el forro de la sopera, nuestra antiquísima *sopa boba*.

Ignorancia imperdonable en un hombre de ciencia, que maneja la química culinaria con tan buen éxito y en tan grande escala.

Ignorancia que podria muy bien haberle hecho perder la plaza real que servia, si hubiese llegado á oidos de la majestad napolitana.

Valiera mas que desconociese la manera de hacer todas las sopas de su catálogo, y supiese confeccionar la boba. Porque, preparar cada dia del año una salsa distinta, sin que ninguna de ellas tenga la menor influencia sobre los convidados, tiene menos mérito que el hacer siempre una misma, y producir con ella distintos efectos.

Ninguna de las sopas italianas sirve para otra cosa que para halagar la vanidad de los anfitriones, al paso que la nuestra, la boba, la que con el nombre humilde ó despreciativo de *bazofia*, se daba gratis á la puerta de los conventos, se jubiló años atrás con el orgullo y la gloria de haber sido una de las primeras influencias de su país.

La sopa boba, lector, fué la madre de mu-

chos de nuestros mas grandes hombres, y bien haría la Academia de jurisprudencia en erigirle una estátua. Y no de piedra, ni de bronce, sino de oro finísimo, para mejor expresar lo mucho que la debe.

Acércate á esas universidades de Salamanca, de Alcalá y de Valladolid y pregunta ¿qué vida hicieron los mas aventajados alumnos de ellas?

Haz que te digan ¿por qué los hijos de las primeras casas de España, tenian á gran honra ostentar en el sombrero de picos una cuchara de madera?

Infórmate del paradero de aquellos estudiantes *sopistas*, que hacian gala de no tenerla en cosa alguna, y sabrás que el uno murió siendo ministro de Gracia y Justicia, el otro llegó á Presidente del Supremo de Castilla, y que la Iglesia, las letras y las armas, han debido sus mejores paladines á los parroquianos de la llamada sopa boba, que se daba gratis en los conventos.

Pero no preguntes nada, si quieres saberlo todo, porque cuadros habrá en esta obra para los estudiantes de AYER, que son los grandes estudiantes del siglo, y en ellos sabrás algo y aun algo mas de lo que tú deseas. Y en cuanto á la sopa, con recordarte el precioso drama del duque de Rivas, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, ó remitirte á *Las Dos Estrellas de Francia*, comedia famosa del maestro Leon Marchante, y el licenciado

Calleja, el fray Meliton del primero, y el padre Mortero de la segunda, te lo habrian dicho todo.

Oblígame, sin embargo, á continuar este cuadro, primero, la circunstancia de haberle empezado, y segundo, el compromiso en que me hallo de concluirlo. No siendo poca parte á decidirme, el haber ofrecido en el anterior, llevar á los lectores á tomar una racion de sopa.

Y ¡quién sabe, si fiados en mi palabra, no han encendido lumbre en sus casas, y con la cuchara en la mano esperan que les enseñe el camino del convento!

Así están todos los pobres que hay delante de la portería de San Francisco.

Ninguno ha encendido lumbre en su casa; todos están como aquel estudiante que, para dar á entender á un compañero la imposibilidad en que estaba de darle de comer, le dijo, que en el fogon de su cocina tenia puesto á enfriar el botijo del agua, por ser el sitio mas fresco de la casa.

Ni cocina tenian ni casa, la mayor parte de los infelices que, con un puchero ó una cazuela debajo del brazo, y aun sin nada á veces, esperaban desde las once de la mañana, á que diese la una de la tarde para recoger las mezquinas sobras de la pobre mesa de los franciscanos.

En ese tiempo habian ido llegando al convento varios legos, con la alforja al hombro, llena de caridades del vecindario.

La caridad del tahonero, la de la verdulera, la del carnicero, la del tendero, y otras muchas caridades en especie. Amen de algunas en dinero, que aunque espresamente les estaban prohibidas por Nicolás III y Clemente V, les eran toleradas, en caso extremo, por Martino V y Pio IV.

La esperanza de que una parte de aquellas limosnas habia de alcanzarles al poco rato, consolaba los desfallecidos estómagos de los infelices mendigos, y seguian inmóviles á la puerta del convento.

A medida que se iba aproximando la hora, iba creciendo el número de los pobres, que no bajaba nunca de cincuenta ó sesenta, á la puerta de cada convento.

Empujábanse al oir los pasos del lego, que se acercaba á abrir la puerta, para ser los primeros en recibir la refaccion, y á veces crecian tanto las oleadas y las voces, que el lego les gritaba desde dentro:

—Callen, ó de lo contrario no hay sopa para ninguno.

Esta intimacion les aterraba, y solo se oia un sordo gruñido, apiñándose todos en silencio para esperar, cada cual en su puesto, la salida del cocinero.

Abríase por fin la puerta, y dos legos se presentaban en el dintel con un gran caldero, que era saludado por un movimiento general de ma-

nos, que se alzaban en alto, presentando los cacharros en que habian de recibir la sopa.

Uno de los legos, con el hábito remangado y el brazo derecho desnudo, empuñaba un enorme cucharon y se disponia á satisfacer el hambre de aquellos infelices.

—A mí, á mí, á mí, gritaban todos á la vez, queriendo ser los primeros, por miedo de que se acabase la sopa antes de que fuesen los últimos.

Y el lego, alzando en alto el cucharon, les decia:

—A ninguno, á ninguno, á ninguno, sino callan y están con órden.

—Yo estoy quieto y callado, decia uno.

—Y yo, repetian todos.

—Pues ea, venga un puchero.

—Yo no traigo, decia algun pobre.

—Pues quítese de enmedio y no estorbe á los demás.

—¡Que se vaya fuera! ¡echarle! gritaban los demás pobres.

—No tengo puchero, decía el infeliz, pero tengo hambre.

—Pues, en ese caso, apártese á un lado y luego le dejaré rebañar el caldero.

—El caldero es para mí, decia otro, me lo ofreció vd. ayer, padre.

—Hoy me toca á mí, replicaba un tercero.

—No, sino á mí.

—A nadie, y se ha concluido, decía el lego; así como así, por la avaricia de rebañarle, le arañan y le estropean todo.

—Pero si no tengo cacharro, ¿cómo voy á comer?

—Que ponga el sombrero, replicaba una voz desde la última línea del corro.

—Que aprenda á no ser soberbio, decia otro. Si no tiene puchero, es porque ayer le tiró contra la esquina, incomodado porque solo le habia tocado caldo.

—Es falso.

—Es verdad.

—Silencio, decia el fraile.

Y seguia echando cacillos de sopa á los pobres que se retiraban á un rincon á comerla.

Alguno habia que terminada la primera racion intentaba volver por la segunda, pero le acusaban sus mismos compañeros y rara vez lograba engañar al lego.

Otros llevaban un cacharro oculto, y allí vaciaban la racion, pidiendo otra en seguida, pero tampoco les valia ese artificio, á no ser que el jugador de manos mereciese las simpatías del cocinero, el cual, aunque lego, era hombre y tenia sus debilidades de tal.

—A mí, le decía alguno, que soy el recomendado del padre Ambrosio.

—Aquí no hay recomendaciones que valgan,

decia el lego; y precisamente del padre Ambrosio, que es el mas tragon... ¿Por qué no le guarda algo de su racion?.. Nunca tiene bastante.

A medida que se iba acabando el potaje, crecía la impaciencia de los que temian quedarse in albis, y el lego alzaba la vista para ver los que faltaban y disminuir las raciones.

—A ese no le dé vd. nada, padre, le decian, que es capuchino y solo viene los sábados porque sabe que hay mejor sopa que en su convento.

—Tambien vd. va muchos dias á los Gilitos, le replicaba el otro.

—Es mentira.

—Es verdad.

—Silencio, silencio.

—Tienen razon, gritaba un tercero, de poco tiempo á esta parte va habiendo aquí mucha gente pegadiza.

—¡Cómo en los otros conventos les dan *bazofia*!...

—No murmuren, hermanos, les decia el fraile.

—Esto no es murmurar, padre, sino que da soberbia encontrarse todos los dias con nuevos *arrimones*.

—Pues sea humilde, hermano, que es pecado la soberbia.

—Tiene vd. razon, pero así como nosotros no vamos á las otras casas...

—Yo hace cuatro años que no he faltado ni un dia, decia una vieja.

—Gran puñado son tres moscas, la replicaba un viejo; yo venia con mi padre desde que tenia tres años, y desde entónces sigo viniendo.

—Porque vd. ha sido pobre toda su vida.

—¿Y vd., no?

—No señor, decia la vieja suspirando, y si no hubiera muerto mi difunto, no tendria necesidad de venir aquí.

—Bien habria hecho Dios en conservarle la vida.

—¿Por qué?

—Toma, porque ahora tendríamos un fraile ménos y una racion mas.

—Hermano, decia el lego, no tome en boca á los frailes.

—¡Si es un refran!...

—Pues déjese de refranes, y mas valiera que sacase el puchero de la alforja. ¡Piensa que soy tonto! Ya sé que no tiene fondo y que trae debajo una cazuela.

—¿Sabe vd. para qué hace eso? decia un ciego, para sacar mucha comida y venderla luego en los bodegones.

—¿De veras? decia el lego.

—No lo crea vd., padre.

—Sí señor, yo lo he visto.

—Es fácil, decia el viejo, ¡como vd. es un ciego de conveniencia!

—Pues mire, hermano, decia el lego, si vende la comida que nuestro padre San Francisco le da por caridad, para sí será el daño; porque la limosna ni se puede comprar ni vender.

—Pues aquí hay muchos que la venden y muchos que la compran, decia una vieja.

—Callen, callen, decia el lego, que todos son á cual peor.

—Eso es, por unos pierden otros.

—¡Miren quién habla! decia el viejo, ¡el de las muletas de trapo! ¡Como si no le hubiéramos visto tirarlas y salir á la plaza á echar una suerte á los novillos!

—¡Qué escándalo! decia una vieja.

—¿De qué te escandalizas tú, embaucadora?... ¡Habrá bruja!... tiene ella mas por qué callar que nadie, y viene aquí haciendo aspavientos.

—Silencio, hermanitos, decia el lego.

—Pero, padre, si da grima oir á estos demonios sacárse todas las faltas á relucir, cuando el que mas y el que menos, tiene mucho por qué callar. Y sino que lo diga aquel que se retira con su pucherete, como sino tuviese que comer en su casa.

—Y no tiene, ¿pues qué todos son como vd.?

—¿Qué tengo yo?

—Nada, mas vale callar.

—Hable vd., hable vd.

—¿Cuánto le ha dado vd. al manco de pega que se ha casado con su hija?

—¿Qué hija?

—La muda, la que iba por esas calles con la campanillita y el papel, hasta que la hizo romper á hablar la tabernera de Leganitos.

—No sé lo que vd. dice.

—Pues yo sí, y sé que la ha dado vd. cuarenta onzas de dote.

—¡Qué calumnia!

—Sí, mucha calumnia.

—Vaya, hermanos, callen y no ofendan á Dios murmurando, repetia si cesar el lego.

Y continuaba repartiendo las cucharadas de sopa, hasta que llegaba la última, y con ella la hora de adjudicar el caldero.

Momento de ansiedad que renuncio á describir y en el que no habia pensado al proponerme escribir este cuadro.

Cuadro de hambre perpétua, que se veia diariamente en todas las porterías de los conventos de Madrid, y de otras muchas poblaciones de España.

Cuadro desgarrador, que los hombres de HOY quisieran borrar de la historia de AYER, y del cual aun recibirán alguna reliquia los de MAÑANA. Porque hoy aun, preciso es confesarlo, se dá á los pobres *públicamente* esa sopa en los conventos existentes.

Aun hoy, por una mera cuestion de forma, se acompaña esa caridad de una racion de vergüenza y de humillacion, que desvirtua la santidad de la limosna.

El lector puede verlo todos los dias en los conventos de los padres Escolapios.

Yo no le aconsejo que vaya, porque el placer que sienta, al considerar que en nuestro país no se conoce la muerte por hambre, se le amargará al ver la manera con que se hace ese milagro.

Y lo sentirá tanto mas, cuanto que el hacerlo de otro modo, vuelvo á repetir, que es puramente cuestion de fórmula.

El secreto dobla el precio de la limosna.

CUADRO DIEZ Y SIETE.

El derecho electoral en 1800.

Se franco, lector, ¿no es verdad que el título de este cuadro te alarma y te horripila y que al verle te dan ganas de arrojar la obra, pesaroso de haberla cogido en tu mano?

Dí la verdad: ¿cuánto darias por tenerme á tu lado para tirarme del brazo antes de que mi pluma cometa el anacronismo de llevar los cuadros del presente al museo de lo pasado?

Apostaria, seguro de ganar lo que apostara, que mi ignorancia te mueve á compasion y á risa y que, desde ahora para siempre, te dispones á no creer nada de cuanto te diga.

¡Derecho electoral en 1800! repetirás asombrado. ¡Qué ignorancia tan supina!

¡Derecho electoral!

¿Quiénes eran los que le tenian y para qué le usaban?

¿Acaso el monarca para nombrar los regidores perpétuos, ó los consejeros de Castilla, ó los alcaldes de su real Casa y Córte? ¿ó quizá estos mismos, para admitir ó renunciar sus destinos?

No pienso hablarte, amigo lector, ni del monarca ni de sus vasallos, ni tampoco de los privilegiados fueristas del pueblo Vascongado, cuyo censo electoral era tan extenso que alcanzaba á todos los que tenian hogar, siquiera no tuviesen cosa alguna que guisar en él; de donde nació el refran de que,

nada se puede esperar
de quien no tiene *hogar*.

El derecho electoral, á que tú habrás creido que aludo, y el único que acaso tendrás como moneda corriente, no es una mina nueva, denunciada por los hombres de ahora, sino una antigua, que las gentes de ayer dejaron abandonada, despues de haber hecho en ella grandes trabajos de indagacion y explotacion.

Cierto es que el derecho electoral de 1800, no alcanzaba á tan gran número de personas como el de 1850, pero tampoco daba por resultado

próceres y diputados provinciales, ni diputados á Córtes y concejales, sino ministros, generales, provinciales, guardianes, custodios, definidores, comisarios y discretos.

Estos últimos eran, sobre todos, los que mas halagaban la vanidad del elector.

¡Oh! ¡si siempre pudieran hallarse candidatos discretos! ¿Pero lo son siempre las personas elegibles?

¡Quién sabe si algun dia estaremos de humor de contestar á esta pregunta!

Por ahora solo podemos decir que aquellos discretos lo eran desde luego en el nombre; lo demás... lo demás ¡vaya vd. á averiguarlo! facilito es!... Habrán muerto la mayor parte de ellos.

Pero, pensando piadosamente, lo serian, porque tenian obligacion de serlo, que para eso los nombraban.

El definidor definia; el custodio custodiaba; el guardian guardaba; conque es de presumir que el discreto lo fuera. Y sino lo era, por tal le tenian los que le habian elegido, y... á partes contentas no hay juez querelloso.

Si tú, lector, lo estás ahora, porque aun no te he dicho de qué derecho electoral te hablo, siento decirte que no tienes razon, porque ya la nomenclatura de los oficios elegidos, te habrá impuesto de quiénes eran los electores.

Inclusa la *Guia de forasteros*, donde hay algunos de los segundos, en todas partes tienes ministros y generales; pero guardianes, definidores, custodios y sobre todo discretos, ¿los has visto en otro lugar que en los conventos?

Allí era donde estaban esas dignidades y tambien los elegibles y los electores.

Los seglares no tenian nada que ver con la eleccion, y los frailes hacian uso de su derecho, como mejor les convenia, sin molestar á nadie.

Así cada individuo podia decir lo de Juan Palomo—yo me lo guiso y yo me lo como—y no en balde cantaban, por aquel entonces las gentes el,

tú te metiste
fraile mosten,
tú lo quisiste
tú te lo ten.

Y tan cierto es que ellos se lo tenian, que nada castigaban con penas tan severas como el que algun individuo de la comunidad acudiese en queja á los tribunales seglares.

«Ora sea para pedir consejo, ora para pedir favor, decian los estatutos, será el religioso privado de los actos legítimos y castigado mas severamente á arbitrio del superior.»

Priválbanles, asimismo, de voz activa y pasiva, y de los oficios que tuviesen; y aun los inhabilitaban perpétuamente para lo sucesivo. Sin perjui-

cio de ser excomulgados, *ipso facto*, segun las circunstancias, mas ó menos agravantes, del recurso entablado ante el tribunal seglar.

De sus propias sentencias no les estaba permitida la apelacion, y aun se castigaba, como rebelde é inobediente, al que se atrevia á apelar de correcciones y penitencias ligeras, con las cuales, decian los estatutos, que se les hacia poco agravio.

Emancipados, en parte tan importante, de la jurisdiccion seglar, nada tenia de extraño que lo estuviesen para la eleccion de los oficios de la comunidad.

Ellos eran los que habian de mandar, y ellos los que habian de obedecer, y natural era que ellos de entre ellos, sacasen sus inapelables tribunales.

La influencia seglar era un enemigo sospechoso al cual daban contínuamente el ¿quién vive? en casi todos los artículos de sus constituciones.

Pedir el favor de un seglar, para alcanzar algun oficio de la Orden, ó para ser mudado de un convento á otro, les costaba la privacion de la voz activa y pasiva, ipso facto, aunque los frailes negasen, y los seglares afirmaran no haber sido solicitados por los religiosos.

Y para que los superiores no fuesen muy escrupulosos, en el castigo de esos delitos, de difí-

cil prueba, se les conminaba con la pena de excomunion, *ipso facto incurrenda*, y demás que á los delincuentes en el caso de negligencia.

Los incorregibles, y lo eran los que habiendo sido tres veces convencidos y castigados de un mismo pecado, siendo grave, no se hubiesen enmendado; eran encerrados perpétuamente en la cárcel, ó quitado el hábito para siempre, y condenados á galeras, segun la calidad del delito.

«Y si acaso (lo que Dios no permita) decian los estatutos, algun religioso matare á otro, ó le cortare algun miembro, ó le diere veneno, sea puesto en la cárcel con cadenas perpétuamente, y todos los viernes ayune á pan y agua, y el que fuese legítimamente convencido de haberlo procurado, por sí ó por otro, sea castigado con la misma pena de cárcel.»

Por llevar consigo ó tener en la celda, piedra, palo, cuchillo ó cualquier otra arma ofensiva, eran condenados á dos meses de cárcel, ó á llevar por un tiempo determinado *caparon y chias*.

«Si alguno (lo que no suceda) decian tambien los estatutos, fuere denunciado en el Santo Oficio de la Inquisicion, y en él abjurare de levi, sea privado de los actos legítimos; y el que abjurare de vehementi, quede perpétuamente inhábil para todos los oficios de la Orden.»

Con lo dicho hasta aquí, fácilmente se comprende que, privados de la voz activa y pasiva

en las elecciones, por apelar de las sentencias, y castigados con la pena del Talion, cárcel, galeras, tormento, disciplinas, ayunos é inhabilitacion para los actos legítimos y oficios del convento, por trasgresion del voto de castidad, por soborno, por descubrir secretos á los seglares, por palabras injuriosas, por manos violentas, etc., etc., lo estarian, mucho mas gravemente, por el delito de apostasía.

Para este guardaban los estatutos todo el rigor, y lo que el vulgo llamaba simplemente *ahorcar el hábito*, era severamente castigado; casi equivalía á ahorcarse el fraile.

Inocencio IV concedió autoridad á los prelados, y demás frailes de la órden de San Francisco, para poder excomulgar, prender y encarcelar (si fuere necesario) á los apóstatas é insolentes religiosos, y ataba, ó atajaba la apostasía, con el anatema *ipso facto* fulminado.

Todos los frailes debian perseguir al apóstata hasta prenderle, y en caso extremo, podian invocar el auxilio del brazo seglar; sin perjuicio de lo que disponian los estatutos, con respecto á la ninguna intervencion que debian dar en sus actos á los seglares.

Privados, por tantas causas, del voto en las elecciones, aun habia otros frailes esceptuados por razones y motivos reservados, que pocas veces era dado adivinar ni á sus propios compañeros.

Eran, sin embargo, pocos los que dejaban de hacer uso del derecho electoral, sobre todo para los oficios de su propia comunidad; en los generales de la Orden, hilábase mas delgado y con mayor cautela.

Uno de estos vamos á copiar en el siguiente cuadro.

Las juntas preparatorias de cada convento y de cada provincia, antes del capítulo general, darán una idea del provincial y del conventual.

CUADRO DIEZ Y OCHO.

A capítulo van los frailes.

Dice la crónica, ó acaso dijera si de estas cosas las crónicas hablaran, que allá muy allá y muy adentro del riñon de Castilla, hay un pueblo, de cuyo nombre no quiero acordarme, para que envidia no haya ni nadie en menos le tenga, que Cervantes tuvo á la patria insigne del noble hidalgo manchego.

Habia en ese pueblo su correspondiente iglesia parroquial y sus dos ermitas, una á la entrada y otra á la salida, y amen de las ermitas y de la iglesia, dos conventos de monjas y uno de frailes.

Eran estos algo menores en número que la mitad del vecindario, lo cual no quiere decir que el convento fuese demasiado grande, sino que

el pueblo era muy pequeño; ó lo que es lo mismo, que los frailes no hubiesen parecido muchos á no haber sido los vecinos tan pocos.

Pero es el caso, que á poco mas de tres vecinos por barba, habrian salido en el reparto, y hé aquí explicado el por qué, dice la crónica que el primer edificio del pueblo era el convento.

Veíase desde todas partes y en todas direcciones, y aunque no era notable por su arquitectura, lo era por su extension, y por la anchurosa huerta que tenia á la espalda.

En su cultivo ejercitaban las fuerzas los novicios, y ganaban el pan los hermanos legos, sirviendo sus paseos de lugar de meditacion y de estudio, á los padres graves.

Y como de estos es precisamente de los que vamos á ocuparnos, y ahora no se hallan en la huerta, no tenemos por qué detenernos en ella. Siendo asimismo inútil que recorramos las demás dependencias del convento, porque difícilmente los hallariamos en ninguna.

Están, sin embargo, dentro del edificio, pero preocupada su mente con asuntos de grande importancia, se han refugiado á la iglesia, donde, con fervorosas pláticas, imploran la gracia del Espíritu Santo para la árdua empresa que van á acometer.

No se trata de la eleccion de guardian del convento, ni de la de provincial ó comisario, que

todas ellas, aunque importantes, pueden llamarse y tenerse por de escalera abajo, sino que se van á elegir nada menos que tres prelados de plana mayor, entre ellos el general de la Orden.

Se han cumplido ya los seis años de su eleccion, y como pasado ese tiempo, previenen las constituciones que no haya próroga, bajo ningun pretexto, se han publicado ya las *letras* patentes de convocatoria, para la nueva eleccion, señalando la vigilia de Pentecostés.

La fijacion de esa época no ha quedado al arbitrio del general, que hizo la convocatoria, sino que ella es la designada en los estatutos de la Orden, por ser la pascua del Espíritu Santo, cuya sabiduría ha de iluminar á los electores.

Háse mandado, segun por las constituciones está prevenido, que «á donde quiera que se supiere del dicho capítulo se hagan oraciones y plegarias á Nuestro Señor por su acierto y buen suceso, las cuales, los ministros provinciales, encomienden en sus provincias, para que con ellas los religiosos merezcan alcanzar de Dios un buen padre y pastor.»

En el convento de que vamos hablando, no solo han tenido noticia de la eleccion, sino que hay dos padres graves, que deben tomar parte en ella, el uno como custodio que es de la provincia, y el otro como ex-ministro de la Orden.

A la iglesia han asistido lodos los que tienen

voz y voto en las demás elecciones, y terminada la oracion, se reunen en la celda del guardian para deliberar acerca de las cualidades de los candidatos que presentan las diferentes provincias.

Reina en esa junta preparatoria, la mejor buena fé por parte de todos, y el mayor celo por el bienestar de la Orden, oyéndose con sumision los consejos y las observaciones de los padres discretos, que para estos casos justamente, les viene el cargo como de molde.

Trátase de proceder con discrecion, y á nadie toca tomar la iniciativa sino á los mismos discretos; los cuales por su parte, y para las graves cuestiones que, amen de la eleccion del general, van á suscitarse en el capítulo, tienen asimismo obligacion de asistir.

La crónica, sin embargo, nada dice de ellos hasta presentarlos en el capítulo, como llovidos del cielo, que es precisamente como debe aparecer siempre la discrecion sin que nadie sepa por dónde, ni cómo, ó cuándo ha venido.

Nada dice tampoco de lo que pasó en aquella junta preparatoria, á causa sin duda de que el cronista no tuvo voz ni voto en ella, y se limita á acompañar en su viaje al ex-ministro y al custodio.

Para ellos estaban aparejadas las dos soberbias mulas, que desde muy temprano se veian

en la portería del convento, y con ellos tambien debia ir un macho, conduciendo las provisiones, y dos mozos espolistas, guiando las mulas y el macho.

Y dice la crónica, que aun no serian las nueve de la mañana, de una de las mas serenas del mes de mayo, cuando los dos reverendos, aparejados de camino, con el hábito remangado y los sombreros de teja envueltos en una funda de hule negro, llegaron á la portería, seguidos de toda la comunidad, que con su prelado á la cabeza, venia á darles la bendicion para el mejor acierto del importante derecho que iban á ejercer.

Añade tambien, que una gran parte del vecindario les fué siguiendo hasta mas de una hora fuera del pueblo, y que apenas se vieron solos, picaron espuelas, para alejarse un trecho de la acémila y de lo mozos, y entablaron el siguiente diálogo:

—¡Gracias á Dios que estamos al aire libre! dijo el padre custodio, dando un suspiro.

—Yo creí que no se acababa nunca la dichosa consulta, repuso el ex-ministro.

—¡Qué manera de divagar! exclamó el custodio. ¿Y para qué? Para repetirnos lo que todos tenemos olvidado de puro sabido; ¡lo que se aprende en el año de noviciado!

—Nuestro guardian es un pobre hombre, dijo el ex-ministro.

—Fué un disparate el elegirle... Yo no me llevé chasco... ya sabe vd. que me opuse por cuantos medios estuvieron á mi alcance; pero tuve que desistir, porque vds. todos tenian empeño en nombrarle.

—Yo lo hice, porque le tenia en otro concepto..... aunque nunca le creí un Santo Tomás de Aquino.

—¡De Aquino! exclamó el custodio riendo; ¡ya quisiera ser un Tomás Apóstol! Aquel por lo menos decia que *ver y creer*, pero este demonio de hombre no cree ni aun viendo.

—Eso consiste en que ve poco.

—No tan poco como vd. cree, y bien vió la guardianía apenas murió nuestro Juan de la Cruz. ¡Aquel sí que era todo un hombre!

—¡Era un verdadero siervo de Dios! exclamó el ex-ministro.

—Y de los hombres, replicó el custodio; y yo le aseguro á vd., que si ahora viviera, que no nos llevaran de calle los segovianos.

—¿Cree vd. que se pierde la eleccion?

—No doy por ella dos ochavos.

—Pero hombre, ¡nos han de faltar los votos de Valladolid.

—¡Vaya si faltarán! en esos tengo menos fé que en los de Palencia.

—¿Y cómo están los de Cataluña? ¿Ha tenido usted cartas ayer?

—No he tenido, pero creo que todas las provincias andan poco mas ó menós como la nuestra.

—Es decir, que habrá muchos presentados.

—Mas que electores.

—Pues señor, veremos lo que sale.

—Me temo que se la lleven los andaluces.

—¿Por qué?

—Por lo que he dicho á vd. de los segovianos; desde que ví que el capítulo era en Segovia, y que allí apoyaban al presentado por Andalucía, dije para mi coleto, esto va malo.

—A bien que llegaremos de los primeros, y podremos ver por donde va el agua al molino.

—No seremos tan de los primeros.

—¿Cómo que no? ¿Pues cuántos dias piensa usted que estemos en camino?

—Hay veinte leguas, conque... ya se sabe! aunque hagamos alguna jornada de seis leguas, entre los descansos y una cosa y otra, siempre tardaremos cuatro ó cinco dias.

—Bien, ¿y qué? llegaremos á Segovia el miércoles.

—Un dia antes de lo que previenen los estatutos.

—Es verdad.

—Nada, no se canse vd., debimos haber salido cuatro dias antes; pero ya se ve, nuestro guardian lo dispuso á su modo, y así ha ido ello.

—Para eso decia, que apretásemos el paso y que no nos detuviéramos mucho en los pueblos.

—No estoy de esa opinion, dijo el custodio, y si vd. es de mi modo de pensar, ahora echaremos pié á tierra, junto á esa fuente y tomaremos un refrigerio, para llegar á comer á los Angeles.

—¿Y hemos de hacer alto allí? Me parece una jornada muy corta.

—Son cuatro leguas y hemos salido demasiado tarde. Hay además dos de mal camino; y por otra parte, sino no nos quedamos en los Angeles á dormir, ¿qué otro convento de la Orden hay hasta el de San Antonio?

—Verdad es.

—Vd. déjese guiar por mí, que sé mejor que nadie lo que se debe hacer en estos casos. Fuí mucho tiempo el burro del convento, y no quiero seguirlo siendo, dijo el padre custodio.

Y refrenando la mula, volvió la cabeza para llamar á los mozos, á quienes preguntó sonriendo:

—¿Qué os parece á vosotros que se puede echar á perder de lo que viene en la alforja?

—Todo ello vale poco, contestó uno de los mozos.

—¿Pues cómo así? preguntó el custodio alarmado.

—Porque el hermano Pascual, hace lo que quiere, y se empeñó en no echar nada de lo que le dije.

—Pero en suma, ¿qué es lo que viene? sepamos.

—Haga su reverendísima cuenta, que nada ó poco menos que nada; mucho queso, muchas manzanas, y una espuerta de higos. ¡Oh! de estos cargó la mano; ¡como se van pudriendo y hay tantos!

—Pero cosa de mas formalidad ¿qué es lo que traeis?

—Una pierna de carnero, unos solomillos de vaca fiambre, algunos palominos y unas liebres.

—Esas vienen de milagro, dijo el otro espolista riendo.

—El milagro que hicieron estas manos, cogiéndolas con los palominos del fogon, replicó su compañero.

—Pues veamos como está la liebre, dijo el custodio echando pié á tierra. Es carne de campo, y apetitosa si está bien guisada.

—De todo habrá, repuso el mozo; ya sabe su reverendísima, como las gasta el cocinero.

—No guisa del todo mal, y las tortillas las hace mejor que las decantadas de los frailes de Atocha en Madrid.

—Tambien ha puesto unas cuantas.

—Pues venga una, dijo el ex-ministro, apeándose de su cabalgadura.

—Tome vd. primero unos lomitos de liebre, le replicó el custodio.

—Tengo pocas ganas de comer.

—A mí me las abre el aire del campo.

—A mí tambien.

—Sí, pero vd. pierde el apetito por su demasiada aficion al estudio.

—Es mi mejor distraccion.

—Y á propósito, ¿cómo va la obrita?

—Ya está concluida.

—¿Y no se ha impreso aun?

—Va despacio. Ahora la tiene el provincial, que no sé á quien se la dará para que la examine, y aprobada que sea, pasará al Consejo Real.

—No sabia yo que se necesitaban tantos requisitos.

—Así lo mandan las pragmáticas del reino.

—¿Piensa vd. ir á Madrid cuando se imprima?

—Precisamente.

—Pues cuando vd. vaya, le daré una recomendacion para un maestro lector de Recoletos, grande amigo mio, y hombre muy versado en cosas de imprenta y en ortografía. El le pondrá los puntos y comas, donde deban ir, y correrá con todo.

El ex-ministro, como habrá conocido el lector, calzaba mas puntos y comas que el custodio, y no hizo otra cosa que sonreirse, dándole las gracias por el conocimiento que le ofrecia.

Y llegados ambos á sentarse sobre una piedra, junto á la cual manaba una mansa fuente,

mientras sueltas las cabalgaduras pastaban á su placer la verde yerba que les brindaba el campo, ellos comieron lo que les plugo de las provisiones que iban en las alforjas, y descansando un largo rato, volvieron á continuar el camino.

Nade de notable les sucedió en las tres leguas que anduvieron antes de llegar al convento de los Angeles, y allí se apearon de nuevo, para ser recibidos de sus hermanos, con *entrañas de caridad*, segun expresamente ordenaban los estatutos de la Orden.

Advertida su llegada por el portero, corrió éste á avisar al religioso, diputado para recibir los huéspedes; el cual con la mayor benignidad, les condujo á la hospedería y les hizo servir una *honesta y religiosa colacion*, en cumplimiento de lo prevenido al efecto por los estatutos.

Pero estos decian, asimismo, que á todos los huéspedes se les lavasen los pies, para mejor hacerles conocer la caridad con que eran recibidos, y sin embargo, nuestros viajeros rehusaron esa ceremonia, en pago quizá de la que á ellos les habian dispensado con no exigirles la licencia para viajar que debian tener y tenian de su prelado.

La colacion no lo fué tanto, que no hubiese podido pasar por cena, y el ex-ministro la halló excesiva para su habitual templanza.

No así el custodio, que desde esa noche, y pretestando la premura de llegar al capítulo, cam-

bió el órden de las jornadas y no volvió á hacer noche en pueblo alguno donde hubiese conventos de la Orden.

De posada en posada, y reunidos con nuevos frailes que iban hallando en el camino, llegaron por fin á Segovia en la tarde del martes.

CUADRO DIEZ Y NUEVE.

Un capítulo general.

Tenia razon el padre custodio en creer que muchos otros vocales se habrian anticipado á llegar al lugar del capítulo.

Cuando nuestros frailes entraron en la ciudad de Segovia, ya lo habian hecho la mayor parte de los electores, y la poblacion andaba revuelta con la llegada de los forasteros.

El convento de la Orden, edificio destinado para la eleccion, estaba lleno de frailes, y otros muchos se habian hospedado en los demás monasterios y en algunas casas particulares.

En las dos únicas posadas, que entonces habia en Segovia, apenas cabian las cabalgaduras de los frailes, y los mozos de mulas, gracias á la hospitalaria condicion de aquellos vecinos, no durmieron al raso.

Pero aun no habia anochecido por completo, cuando nuestras paternidades reverendísimas pasaron por debajo del famoso acueducto y hallaron las calles llenas de gente.

Iban acudiendo muchos vecinos de los alrededores, unos por curiosidad y otros por especulacion, y las gentes de la ciudad no hacian memoria de haberla visto nunca tan concurrida, ni tan provista de toda clase de comestibles.

En el mercado se hallaba con abundancia de todo, y las tiendas, á donde ordinariamente era excusado buscar media docena de huevos, á no haberlos encargado la víspera, estaban tan bien surtidas que nada habria echado de menos en ellas el gastrónomo mas delicado.

A medida que iban llegando al lugar del capítulo frailes de todas las provincias de España, iban apareciendo en el mercado los frutos de aquellas mismas provincias, pudiendo decirse que los comestibles se reunian tambien en capítulo general. Con la diferencia, á su favor, de que iban á ser vocales de la asamblea, muchos individuos ultramarinos y no pocos extranjeros.

Los frailes no salian á la calle pareados como de costumbre, sino en grupos de diez y de doce, celebrando constantemente juntas preparatorias, y recapitulando entre sí los de cada provincia, las cuestiones que habian de someter á la deliberacion del capítulo.

Porque, éste, no tenia por único objeto la eleccion del general de la Orden, y las de algunos otros prelados, sino que en él debian resolverse muchos puntos importantes, de la Orden en general, y otros particulares de las provincias.

Ninguna de esas juntas merece, sin embargo, que nos ocupemos de ella, y únicamente diremos algo de la general preparatoria que se verificó el viernes en la sala capitular.

Asistieron á ella todos los padres capitulares, menos los superiores generales, y el ministro provincial de la de Segovia, á quien por razon de dominio le pertenecia la presidencia, dijo:

—En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo ¿tienen sus reverendísimas alguna cosa que deponer contra nuestro prelado general? ¿Ha llegado á su noticia que hubiese cometido algun exceso en el desempeño de su ministerio?

Todos los capitulares permanecieron en silencio, y repetida tres veces la pregunta, alzóse el presidente de su asiento y permitió la entrada al prelado, que estaba aguardando en la pieza inmediata.

—En el nombre del Padre, etc., volvió á decir al verle entrar allí. El definitorio ha hecho la sindicacion que le previenen los estatutos y nada tiene que deponer contra vuestra paternidad reverendísima.

Los frailes, que se habian alzado en pié al ver entrar al prelado, volvieron á ocupar sus respectivos asientos, y el prelado tomó el de la presidencia, y fué llamando, uno por uno, á todos los capitulares, para que le exhibiesen las patentes y letras textimoniales que acreditasen su derecho á tomar parte en la eleccion.

Una junta de discretos y custodios, entendia en el exámen de esos poderes, declarándolos *ipso facto*, válidos ó no válidos, y en ese capítulo fueron aprobados todos, despues de una ligerísima discusion sobre algunos de ellos.

En ese mismo dia, y antes de la hora del definitorio, se habia cantado una misa solemne, y expuesto el Santisimo Sacramento quedó sin reservar hasta que se terminó el capítulo; haciéndole guardia, de dia y de noche, los religiosos.

El sábado, muy de mañana, confesaron y celebraron todos los capitulares, se dijo la misa del Espíritu Santo, y se cantó por último el himno *Veni Creator Spiritus*.

Retiráronse con esto los frailes á tomar el desayuno, y pronto las campanas de la iglesia anunciaron que era llegado el momento de la eleccion.

Todos acudieron á la sala capitular, cuyas puertas se cerraron detrás del último fraile, para no abrirse hasta que la eleccion estuviese hecha, eu cumplimiento de lo prevenido por los estatu-

tos y *sin darles de comer*, hasta que, ausente ó presente, tuviese la Orden nuevo ministro general.

Empezó el acto por un sermon que predicó uno de los padres discretos, y cuyo tema fué la exhortacion á la observancia fiel de los deberes que cada capitular tenia en aquel grave momento, y acto contínuo, el prelado presidente les dirigió estas breves palabras:

—Yo os amonesto, hermanos carísimos, en el nombre de Dios, Trino y Uno, á que elijais por ministro general á la persona mas benemérita, á la que creais mas digna y suficiente para cumplir con el grave cargo que vais á echar sobre sus hombros. Mirad que pecareis gravemente los que elijais una persona indigna de servir ese cargo, á mayor honra de Dios, servicio y provecho comun de los religiosos.

—Amen, respondieron todos los capitulares.

Y puestos de hinojos recibieron la absolucion que les dió el prelado, despues de haber dicho la Confesion general.

Volvióse á cantar el *Veni Creator*, etc. y dichas otras varias oraciones, tomaron asiento todos, guardando el órden prevenido por los estatutos.

Los padres discretos, que como ya hemos dicho, eran una especie de biblioteca portátil que se consultaba á cada momento, se llegaron á la mesa de la presidencia, y el general, con su acuer-

do, nombró seis escrutadores ó testigos, tomándoles juramento de guardar secreto, pena de excomunion.

Inmediatamente renunció su oficio y dijo sus culpas en presencia de los vocales; haciendo lo propio los demás frailes, que asimismo cesaban en sus cargos.

A esta ceremonia siguió un momento de silencio, y pasadas de mano en mano las cajas de rapé y flor-baja, estornudaron, tosieron y se arrellanaron de nuevo en los asientos.

Detrás de la mesa de la presidencia, que era de nogal, magnífica y lujosamente tallada, habia un dosel con la imágen del Santo fundador de la Orden, y seis velas encendidas.

Encima de la mesa, sobre un tapete de damasco amarillo, habia siete tinteros y otras tantas salvaderas de loza azul, con su correspondiente recado de papel y plumas, y por último, puestos en fila, seis grandes vasos de cristal.

Otras tantas eran las elecciones que se iban á hacer, y aquellas eran las urnas electorales.

Los escrutadores fueron los primeros á escribir su voto, y á echar la papeleta en el vaso, y sin que precediera una sola palabra mas, todos los capitulares fueron depositando su voto en las urnas.

—¿Han votado ya todos? preguntó el presidente.

Y no habiendo nadie què reclamára, tapó el vaso con un pliego de papel, y dijo:

—Se va á proceder al escrutinio.

Hubo un murmullo de impaciencia, que el presidente calmó tocando la campanilla, y hecho el escrutinio de los votos, uno de los escrutadores se alzó en pié para proclamar al elegido.

Pero lo hubo de suspender, porque uno de los capitulares, precisamente el custodio que vimos de camino, puesto en pié, y dando una cabezada á la presidencia, dijo:

—*Benedicite.*

—Tiene su reverendísima permiso para hablar lo que guste, dijo el presidente.

—Pido que se lea el artículo 20, capítulo 7.º de las elecciones.

—¿Para qué? le replicó el presidente.

—Para reclamar su observancia.

El presidente hizo una seña al escrutador que hacia de secretario, y éste leyó lo siguiente:

«Art. 20. Y para que así los votos, como los nombres de los electores, estén siempre secretos, despues de hecha la eleccion, ó acabado el escrutinio, luego, delante de todos los capitulares, se quemarán las cédulas y todos los escrutinios que se hubieren escrito, como está determinado por el decreto apostólico, y lo mismo se debe hacer todas las veces que se hallare algun yerro en el escrutinio.

El presidente dispuso el cumplimiento de lo reclamado por el custodio, y en un plato de Talavera, prendida una de ellas en las luces del Santo, ardieron todas las papeletas y borradores del escrutinio.

El escrutador, que iba á proclamar el resultado de la eleccion, dijo entre dientes al levantarse de nuevo para hacerlo.

—Ea, ya está servida la reclamacion.

—Si se hubiera hecho cuando se debia, me habria excusado de reclamar, dijo el custodio en voz alta.

—Minutos antes, ó minutos despues, replicó el escrutador en voz baja, la derrota es la misma.

—No todos los generales duran seis años, repuso el custodio en voz baja tambien y sonriendo.

El presidente les rogó que guardaran silencio, amonestándoles al cumplimiento de los estatutos, y el escrutador dijo por fin lo siguiente:

«En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: Esta es la eleccion del reverendísimo padre ministro general de toda la Orden, celebrada canónicamente por los reverendos padres vocales de la misma, congregados capitularmente, segun la regla, en el presente convento de la ciudad de Segovia, en el año del Señor de 1800, á 14 de mayo, en la cual eleccion, el reverendo padre Cosme Palencia, tuvo veinte

y ocho votos. Y yo, fray Olegario Sepúlveda, fraile profeso de la dicha Orden y custodio, uno de los escrutadores, en mi nombre, y en el de todos los otros que convinieron y consintieron en dicha eleccion, nombro y elijo, por ministro general de toda la dicha Orden, al reverendísimo padre fray Cosme Palencia, en el cual la mayor parte de los votos consintió, y así lo pronuncio por electo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

Apenas terminada la proclamacion del nuevo general, se entonó el *Te Deum laudamus*, se dió aviso para que las campanas del convento se echasen á vuelo, y todos los electores se dirigieron en procesion á la iglesia, desde donde pasaron al refectorio.

Fué la comida suntuosa y expléndida como correspondia á tan grande solemnidad, y apenas terminada y dado al cuerpo el reposo necesario, volvieron á juntarse en la sala de los Capítulos, para continuar eligiendo los demás cargos.

Hiciéronse estas elecciones por el mismo órden que la anterior, y bajo la presidencia del nuevo general, al cual dieron obediencia, y pidieron su bendicion todos los frailes.

Los nuevamente elegidos, tomaron posesion de sus oficios, y el general, con consejo de los discretos, nombró un tribunal para que examinára las causas y negocios que se llevasen al ca-

pítulo, presentando á la mesa su dictámen y censura escrita, para que sobre ella se abriese discusion y fallára el definitorio.

Reunióse éste al efecto, y por espacio de ocho dias consecutivos, dando cima á todos los negocios que se le presentaron; siendo algunos de ellos de poca monta, y la mayor parte acusaciones de faltas leves. Tales, como que el padre fulano, sin ser *flaco ni estar enfermo*, habia dejado de ayunar la cuaresma intermedia, ó que el otro tal gastaba las mangas mas anchas de lo que permitia la regla, y otras impertinencias por el estilo.

La mas grave fué la que presentó nuestro custodio contra el guardian de su convento; pero fuese porque al nuevo general le dijeran que el acusador habia sido contrario á su eleccion, ó porque no hubiese podido probar en debida forma el cargo, se acordó desestimarlo, amonestándole para que se abstuviese en lo sucesivo de nuevas acusaciones.

Y aunque quiso levantarse para protextar, no se lo permitió el compañero, que tirándole del hábito le dijo:

—Siéntese vd. y no se comprometa.

—¿Y hemos de estar manejados por aquel hombre?

—Vendrá otro que será peor, y así como todos los guardianes lo son para mandar, á todos los frailes nos toca obedecer.

—¿Pero no dicen los estatutos que los guardianes no pueden de por sí prender ni encarcelar?

—Así lo dicen.

—¿Pues por qué se desestima mi acusacion? Si no quieren creer que sea cierto lo que digo, que se informen de los mismos interesados.

El presidente tocó la campanilla para imponer silencio, y el fraile que hacia de secretario, leyó la *tabla* del capítulo general; especie de acta, en la que estaban resumidos los escrutinios, los asuntos que se habian sometido á la deliberacion, y el número de frailes que habian fallecido desde el capítulo anterior.

Sacáronse copias de ella, y selladas y firmadas por el general, se remitieron con *diligencia* á todas las provincias de España.

Con *diligencia*; así decian los estatutos; ¿pero sabes tú, lector, lo que era entonces la diligencia?

No era, como ahora, un animal con ruedas, que lo mismo corre cuesta arriba que cuesta abajo, sino un animal perezoso y tardo, que no corria ni cuesta abajo ni cuesta arriba.

El diligente, entonces, solia ser un burro, y como ese animal siempre ha sido tan filósofo y tan pensador, en fuerza de ir discurriendo por los caminos, discurria sobre la manera de andar, y mientras tanto, no andaba.

Nuestros frailes, recibida la bendicion del nuevo ministro, partieron de Segovia, y por el mismo camino regresaron al pueblo de donde habian salido, y de cuyo nombre repito que me acuerdo, aunque no quisiera acordarme.

Salióles á recibir la comunidad toda, y en la portería recibieron un abrazo del guardian, y de cada uno de sus compañeros.

En la celda del prelado les esperaba la consabida agua de naranja y el chocolate, y allá fueron, sin detenerse á sacudir el polvo.

Por espacio de un mes, no se habló en el pueblo de otra cosa que de la vuelta de los frailes, y el alcalde mayor, que habia manifestado un gran interés en el resultado del capítulo, corrió á visitarlos, apenas tuvo noticia de su llegada.

CUADRO VEINTE.

El pecado mortal.

Ni el que yo haya podido cometer al empezar la publicacion de esta obra, ni el que tú estés cometiendo al leerla, ni otro alguno, tuyo, mio, ni de nadie, es el pecado mortal de que voy á hablarte.

Te he dicho antes de ahora, que, con permiso de la Academia por supuesto, hemos convenido en que no sea calvo el pelon, ni rabon el falto de rabo, y ahora te digo que el pecado mortal de este cuadro, no es ni mortal, ni venial, ni siquiera pecado.

Tómate la pena de seguir leyendo, si quieres que te pase el susto, y figúrate que es de noche.

Ni es la primera vez que te lo has figurado, ni será la última. En la época de que hablamos nada mas fácil de figurar que la noche.

Tenian tantas, que era difícil marchar por ninguna parte sin tropezar con alguna de ellas.

La primera, la mas importante de todas, era la *noche de los tiempos*. En ella se les habian perdido los primeros rudimentos de las ciencias, de las letras y de las artes.

La medicina, arrullada en los brazos del empirismo y de la preocupacion, dormia un sueño profundo en una noche eterna.

La química era un feto, que los teólogos no querian declarar viable, y que asustado por la alarma que inspiraba su venida al mundo, apenas se atrevia á dar señales de vida, y seguia perdido en la noche de los tiempos.

Guardaba en sus entrañas las artes mas preciosas, y los conocimientos mas útiles á la economía animal, á las ciencias y á la industria, y una noche al parecer eterna, velaba su pasado y su porvenir.

Las letras roncaban á pierna suelta, olvidadas de sus antiguas glorias, y el velo de la ignorancia, colgado en la ventana de su dormitorio, no les dejaba ver el claro dia que iba á brillar muy pronto en su horizonte.

Viejos pergaminos guardaban las mas brillantes páginas de nuestra historia, que asimismo perdida en la noche de los tiempos, al buscar la luz de la publicidad, tropezaba en las redes

del Santo Oficio, y quedaba presa en sus impenetrables archivos.

Era, en suma, noche y noche muy obscura, la que vivian todos los conocimientos del saber humano.

Los pesados cerrojos de la ignorancia habian hecho impracticables los balcones de la inteligencia, y las pocas luces que pretendian alumbrar aquella noche eterna, eran apagadas por el viento de la preocupaciou y del fanatismo.

Ráfagas de luz consoladoras, aparecian de vez en cuando en el horizonte, precursoras del dia que iba á rayar muy pronto, pero los quo le aguardaban con impaciencia no le veian llegar jamás, ni aun le han visto lucir por completo.

La antorcha de la civilizacion no arde en un solo dia, ni de un solo golpe. Su luz en cambio, ha de ser tan duradera que no se apagará nunca. Se ocultará como la del sol, breves momentos, pero volverá á aparecer cada vez mas brillante y mas pura, si ha de ser como aquella inextinguible, eterna.

Los hombres de AYER apenas la vieron; los de HOY caen deslumbrados al mirarla, y los de MAÑANA perecerán cuando dejen de verla.

La noche de los tiempos ha muerto, y los muertos no resucitan.

Del archivo de lo pasado suele la moda sacar algunos trapos viejos, que vende por nuevos,

y que halagan, mientras no enseñan su partida de bautismo, pero que luego son arrojados con desprecio, con risa y con sarcasmo.

Es demasiado lozana y jóven la primavera para que pueda viajar en compañía del achacoso invierno.

Cuando pasa el huracan tronchando los árboles mas corpulentos, la tierra queda riendo de su impotente furor, y se cubre de nuevas plantas.

Pero AYER, lector, era invierno y aun no habia llegado la primavera de la inteligencia, y si habia llegado, no la veian, que es lo cierto, aquellas gentes.

Te he dicho que la noche era eterna, y lo era; no tienes que hacerte gran violencia para figurártela.

Elegiremos, sin embargo, una de verano á las nueve, y en la capital de la Monarquía.

Reina una calma completa, y un silencio profundo. El silencio y la calma, eran síntomas constantes del estado anormal de la poblacion.

No se oye mas ruido que el desapacible canto del grillo, el rascar de la guitarra con que el barbero entretiene el sueño, estudiando la contradanza de los Guardias de Corps, las pisadas de la poca gente que transita por la calle, y acaso el murmullo de los tertulianos que tiene

sentados el librero á la puerta de su tienda, ó el cerero á la de la suya.

En la de este último hay dos ó tres capellanes, el sacristan de la parroquia, y algun criado de palacio; todos parroquianos de importancia, grandes consumidores de luces. Y sin embargo, están á obscuras, por lo poco que alumbran las de la calle, y porque el velon que arde en la tienda, está oculto detrás de la puerta.

El que luce en la librería tiene por pantalla un libro, y tampoco alumbra á la librera, ni á sus constantes tertulianos el consejero de Castilla, el covachuelista, el erudito, y un par de abates.

Tambien á la puerta de la botica hay tertulia, pero están completamente á obscuras, porque el boticario, tiene tanta práctica, que sin luz despacha cualquier medicamento que le pidan, sin equivocarse por supuesto, y si se equivoca...... pero no hay cuidado, él responde. Y así se lo dice á la boticaria, al médico, al cirujano y á un capitan de Guardias, que son sus tertulianos constantes.

Como la calma de la atmósfera es grande, no es el silencio pequeño, y mas convida á dormir que á estar despierto.

No tienen tampoco grande pasto las conversaciones, y á no darse un atracon de malilla ó de mediator, y pasarse la noche jugando,

no hay mas remedio que pasarla durmiendo.

Por eso ronca la boticaria y la librera, sin que lo adviertan ni el erudito, ni el médico, ni el abate, que suelen hacer lo propio, y todos duermen en paz y en gracia de Dios, en la córte del señor don Cárlos IV, rey de España y de sus Indias por la gracia de Dios.

Los balcones están abiertos, convidando al viento á que pase adelante, pero no arrojan luz alguna, salvos los casos en que la arrojan toda, sacando á relucir los velones si el Viático acierta á pasar por la calle. En cuyo caso, tambien el boticario, que despacha á obscuras las medicinas del cuerpo, saca el velon para alumbrar al sacerdote que va á administrar la medicina del alma.

Pero no acontece que pase el Viático esa noche, al menos á la hora de que hablamos, y todo sigue en calma, hasta que de repente, se oye á lo lejos un eco desagradable y lúgubre que interrumpe breves momentos el silencio, para tornarle luego mas grave y profundo.

La boticaria se despierta asustada y da un brinco en la silla; el médico se levanta precipitado y abandona la tertulia sin despedirse de nadie; el capitan de Guardias se pone pálido, y el boticario siente que la lengua se le pega al paladar.

Los tertulianos de la cerería tampoco siguen durmiendo, despues de sonar aquel extraño ru-

mor; pero los curas no dan señales de susto, y el sacristan dice riendo:

—Ya viene el espanta-muchachos.

Vuélvese á oir el eco mas prolongado que antes, y percibiéndose clara y distintamente que le produce una voz desagradable y bronca, que canta algo melancólico y lúgubre.

Vuélvese asimismo á estremecer la boticaria, á palidecer el soldado y á quedar sin aliento el boticario, sintiendo todas las gentes que van por la calle un sudor frio que les hiela el alma.

Ciérranse de repente todos los balcones, y corren á esconderse asustados los chiquillos que jugaban á las puertas de las tiendas.

—¡Que viene el pecado mortal! les gritan sus padres.

Y los niños meten la cabeza entre los hombros y van corriendo á ocultarse debajo de las camas y de las mesas.

Y todo permanece en el mas profundo silencio hasta que al extremo de la calle se descubren dos luces que avanzan lentamente y á compás, cada una por distinta acera.

Páranse de repente, la una frente de la otra, y entonces se oye una voz melancólica y lúgubre que entona estas palabras:

Para hacer bien, y decir misas por la conversion de los que están en pecado mortal.

Y á esa demanda contesta otra voz cantando,

con tono, mas melancólico aun que la primera, lo siguiente:

«¡De parte de Dios te aviso
que trates de confesarte
si no quieres condenarte!!!»

A lo cual replica del mismo modo la voz primera:

«¡Con una culpa que calles,
aunque digas un millon,
no habrá para tí perdon!!!»

Entonces se abren algunas ventanas, y caen al suelo algunas monedas envueltas en papeles, los cuales, cayendo encendidos, se ven con facilidad.

Si alguna vez sucedia que el papel se apagaba, ó que los hombres que llevaban las luces habian ya pasado, cuando se asomaba al balcon la criada que arrojaba la limosna, se volvia á su ama diciéndola:

—Señora, ya van muy lejos.

—No importa, replicaba el ama, echa los cuartos.

—Ya los he echado, pero no los ven.

—Pues llámalos, demonio, no seas torpe.

Y el demonio se asomaba desaforado gritando:

—¡Eh... eh!... *pecado mortal*, venga vd. acá.

El pecado mortal alzaba la cabeza, y á fuerza de esplicaciones ayudado por su linterna, lograba encontrar la limosna que le habia arrojado el demonio de la criada.

El boticario y el cerero acuden á sus respectivos cajones, para dar una limosna al pecado mortal, que los saluda y sigue adelante, parándose de vez en cuando á pedir en voz alta que: *hagan bien por la conversion de los que están en pecado mortal.*

La boticaria toda asustada y temblorosa, prepara una limosna de su bolsillo particular, y se acerca con recelo á uno de los pecados mortales, diciéndole al dársela que *eche una saeta.* Y el pecado mortal canta la siguiente:

«Cuántos hay en el infierno
por una culpa no mas,
tú con tantas, ¿dónde irás?

A cuya copla responde su compañero con esta otra:

«Hombre que estás en pecado
si en esta noche murieras,
piensa bien á dónde fueras.»

Sucedia muchas veces que las saetas iban á dar en la parte mas flaca del vecindario, y no parecia sino que el saetista sabia donde vivia un

tramposo, cuando, precisamente á la puerta de su casa, cantaba esta ú otra copla parecida:

«Restituye y paga luego
que una mortaja, y no mas,
de este mundo sacarás.

O bien que al oido le decian que allí estaba cenando algun gloton, y por eso le echaba esta saeta:

«La gula engruesa los cuerpos
con sus regalos profanos,
para cebo de gusanos.

Contestando su compañero con esta otra.

«A la embriaguez se sigue
la privacion del sentido,
si así mueres, vas perdido.»

O cuando frente á la casa del usurero, precisamente á la hora en que él apilaba sus onzas de oro, le echaban esta otra:

«Por mas que el tesoro guardes
avariento, ha de llegar
la muerte, y te ha de robar.»

El jugador era el que salia mejor librado, porque aunque le decian que:

«el vicio del juego es
orígen de muchos vicios,
que arrastra á mil precipicios,»

le añadian esto otro:

«el que juega va á esponerse,
como no juegue *con tasa*,
á perder su alma y su casa.»

Y como no hay nadie que no crea hacerlo todo con tasa y moderacion, viendo el jugador que solo era pecado mortal el jugar mucho, se consolaba creyendo que él jugaba poco.

Los *pecados mortales*, que así llamaba el vulgo á los que, del modo que queda dicho, corrian todas las noches las calles de la capital, eran los individuos de la real hermandad de María Santísima de la Esperanza.

Aunque personas en su mayor parte de las mas distinguidas de la sociedad, no solo no se desdeñaba ninguno de ellos de salir á rondar por las noches con su linterna y su bolsa de cuero, sino que esta práctica era precisamente una de las mas importantes de la hermandad, y todos ambicionaban el desempeñarla. Porque, como dicen sus constituciones, el principal objeto es retraer á las almas de la culpa, y sacar á otras del abismo de ellas; para lo cual se dispuso (es el reglamento el que habla) con el mejor acierto,

que los señores hermanos echásen algunas saetas que *en verso breve encerrasen un aviso moral*, capaz de despertar á los pecadores del sueño del vicio. «El silencio de la noche, dice el citado libro, tal vez su obscuridad (no se conocia entonces, ni la luz de gas, ni la chispa eléctrica) y lo solitario de algunos barrios, proporciona al vicioso el logro de sus malos deseos; ¿y quién sabe si en aquel momento una voz firme y sonora, que pronuncie este aviso moral, penetrará en el corazon de aquel infeliz, y le hará retraer de su mal intento? ¿Quién sabe si Dios se valdrá del débil instrumento de nuestros hermanos para la salvacion de los otros? Por eso es muy conveniente, y se practicará como hasta aquí, mediante no se ignora que se han logrado admirables efectos.»

La boticaria por de contado, la noche que pasaba el pecado mortal por la puerta de su casa, dormia mal ó no dormia, y estaba deseando que amaneciera para ir á la iglesia.

De lo cual, y por eso dice el refran, que no hay mal que por bien no venga, no se alegraban gran cosa los practicantes, entonces mancebos de la botica, porque á buen seguro que si el ama habia oido la saeta de la gula, les hacia ayunar por fuerza.

Tambien el cerero, y hasta la librera, que por razon de oficio podia ser algo mas dura de corazon, todos temblaban mas ó menos, al oir las vo-

ces de los hermanos de la Esperanza; y en cuanto á los muchachos no quedaba uno solo en pié, apenas se oia en la calle la voz del pecado mortal.

Durándoles tanto el miedo, que si al dia siguiente no querian ir á la escuela, bastaba que su madre les dijera que á la noche se lo diria al pecado mortal, para que obedeciesen como corderos.

Por eso el sacristan tenia razon al llamarle espanta-muchachos, porque era tal el miedo de estos, què aun cuando no pasase nadie por la calle, de dia y de noche, se asomaban sus madres al balcon y decian:

—Pecado mortal, llévese vd. á este chico.

No era, sin embargo, esa mision la única que desempeñaba la hermandad, y aunque su objeto principal era la salvacion de las almas, atendia no poco á la de los cuerpos, asistiendo gratuitamente á los enfermos, pagando las dispensas de parentesco en los matrimonios, regalando bulas de la Santa Cruzada á los pobres, y sobre todo, recogiendo mujeres para evitarles (así lo decian los estatutos) la mala nota pública.

Pero como una de las primeras cláusulas y preceptos de la hermandad de la Esperanza, es el secreto en todos sus actos, ni sabemos ni diriamos aunque supiéramos, una sola palabra mas de lo que queda dicho.

Bastará añadir que la casa principal de la hermandad, conocida con el nombre de pecado mortal, sigue hoy cerrada como lo estaba entonces, sin que las gentes del barrio recuerden haberla visto jamás.

Y, sin embargo, se abre, y entran y salen las gentes y allí viven algunas y no todas están en pecado mortal; y en suma: no te pese, lector, no haber vivido AYER, porque HOY aun existe esa hermandad, y aun puedes verla. No en la calle, porque ya se acabaron las limosnas y las saetas; pero, si algo te ocurre, aun tienes á la puerta de su casa, sita en la calle del Rosal, un cepillo á donde *se echan los memoriales de los que están en pecado mortal.*

Para que te parezca venial el que he cometido al escribirte este cuadro, dale ahora mismo por terminado, y prepárate á abandonar la córte en el inmediato.

CUADRO VEINTE Y UNO.

Un viaje en 1800.

Hoy, que las diligencias y mas aun las locomotoras, permiten comer á las cinco de la tarde el pez que incauto se dejó pescar á las cinco de la mañana, sesenta leguas mas allá de la corte, y MAÑANA, que los alambres eléctricos nos traerán el Occéano á las puertas de Madrid, ó llevarán Madrid á las playas del Occéano, desde el asfalto de la Puerta del Sol, se podrá hacer un viaje alrededor de España; pero AYER, que ni el vapor ni la electricidad habian descubierto sus virtudes andariegas, fuera de los puertos de mar no se comia mas pescado fresco que el bacalao de Escocia. Y he aquí justificada la invencion del escabeche.

¡Oh! ¡El ¡escabeche! Si yo fuera aficionado

á las digresiones, habia de hacer una en favor de ese invento y de esa industria; pero ya llegará la hora de escribir la última parte de esta obra, y allí vendrá bien un discurso necrológico del escabeche y de las fábricas de conservas alimenticias. Industrias que estarán de sobra cuando sobren los caminos de hierro, las vias eléctricas y los globos.

¡Oh! ¡Los globos! Los globos sobre todo. A esas águilas futuras, de la muy futura civilizacion, les están reservadas grandes hazañas. Ellas acabarán, con los carros y con las mulas; exterminarán, que no será poco exterminar, la raza cocheril, y harán innecesarios los ingenieros de puentes y calzadas. Lo único que no podrán suprimir será la policía y las aduanas.

Cierto es que en las regiones del aire no habrá alcaldes que pidan pasaportes, pero en tierra habrá quien los dé á todo el que viaje. Las puertas vivirán hasta que se caigan de viejas; pero el registro no envejecerá nunca y si los carabineros del resguardo no hallan un clavileño en que montar para marchar al alcance del globo, no por eso dejarán de hacer el registro.

El marítimo no morirá tampoco cuando muera la marina de guerra y la mercante, y por mucho que el globo remonte el vuelo al cruzar los mares, puede estar seguro de que le alcanzará el resguardo.

HOY, por fortuna, aun hay cocheros y puentes y calzadas, siquiera de estas últimas nos falten algunas, y estamos, á Dios gracias, al corriente de aduanas y de policía.

De AYER no hablemos, aunque precisamente de ayer es de lo que vamos á hablar, y para que el lector pueda formar una idea de como estaban entonces las comunicaciones, no tiene que hacer otra cosa, sino pensar en el escabeche.

Si para hacer un viaje de 59 ó 60 leguas necesitaba el pez darse un baño de vinagre, y aplicarse unos sinapismos de pimienta negra, y cubrirse las sienes con una guirnalda de laurel y encerrarse en un cubeto de madera, ¿qué no deberia hacer el hombre, que vale y ha valido siempre mas que el pez, cuándo le ocurriera viajar?

¿Quiéres saberlo, lector? ¿Quiéres saber lo que debia hacer y lo que hacia el español que en 1800 tenia necesidad de viajar? Pues oye:

En primer lugar conviene que sepas que entonces aun no estaba el viaje comprendido en el catálogo de las placeres. Era para algunos, una necesidad, para muchos, un vicio, y para todos, una desgracia.

Lo primero era pensarlo; lo segundo consultarlo con los parientes y los amigos; luego decidirlo, prepararse á hacerlo, emprenderlo, y por último, llevarlo á cabo.

No quiero molestarte con la relacion de las diferentes causas que podian producir un viaje; bastará decirte que eran pocas y todas graves.

Con que sepas que se renunciaba una herencia por no andar treinta leguas para tomar posesion de ella, y que los novios de pueblos distantes entre sí diez ó doce leguas, se casaban por poderes para ahorrar el viaje de uno de los esposos, comprenderás que los antiguos no se movian fácilmente ni sin justa causa.

Eralo muy poderosa lo que ocasionó el viaje de que vamos á ocuparnos en este cuadro, y cuyos accidentes acaso darán márgen y asunto para otros diferentes bocetos; pero no ha de faltarte nada para saberlo todo, si sigues leyendo lo que te voy contando

Sabes ya que estamos en Madrid, y que como Madrid no era toda España, antes que la medicina centralizadora dejase frias las extremidades agolpando toda la sangre al corazon de la monarquía, para formar una idea de esta era preciso abandonar la córte. Por eso te dije, en el cuadro anterior, que en el presente íbamos á hacer un viaje.

Y como he pensado que de ir solo en mi compañía habrias de aburrirte, quiero que acompañemos al Illmo. señor don Ruperto García de Pedraza y Pedrueza, caballero pensionado de la real y distinguida órden española de Cárlos III, del Con-

sejo de S. M. y presidente que fué de la real chancillería de Granada.

Vivia el buen señor quieto y tranquilo, retirado de los negocios públicos y entregado á los cuidados domésticos de su esposa y de los hijos que el cielo le habia dado, sin que desde el último viaje que hizo á la córte, viniendo de Granada, le hubiese ocurrido ni una sola vez abandonar Madrid mas de media hora.

Tenia tan grande amor á sus hijos, que no comprendia la vida ausente de ellos, y aunque el varon tenia ya veinte años cumplidos, no se habia decidido á enviarle á estudiar leyes á la universidad de Salamanca, ni aun á la de Alcalá que estaba mas cerca. Y téngase en cuenta que don Ruperto no deseaba para su hijo otra carrera que la de la jurisprudencia, como la única propia de la gente noble, que no abrazaba la de la Iglesia ó la de las armas.

Pasaba un año y otro sin que se resolviera á poner en marcha al muchacho; y aunque tenia solicitada y concedida una beca en los Verdes de Alcalá, casi puede asegurarse que el hijo de Pedraza habria muerto de viejo sin llegar á ser legista.

Así vivia quieto y tranquilo en una casa de la calle Real de la Almudena, cuando el diablo del movimiento, tomando la forma de cartero, ó mejor dicho la de carta, dió al traste con todo el

quietismo y toda la tranquilidad del Illmo. señor don Ruperto García de Pedraza y Pedrueza.

El cartero no era entonces como ahora, un prójimo cualquiera que entra y sale tres ó cuatro veces al dia en cada casa, sin que su presencia cause asombro ni infunda alarma, y teníanle, por el contrario, como un fenómeno en nada familiar á sus semejantes.

Bastaba verle entrar en alguna casa, para que al poco rato fuesen los vecinos á preguntar al dueño de ella si habia habido alguna novedad en su familia, porque habian visto entrar al cartero.

No eran tampoco las cartas muy comunes, y esto no tiene nada de particular, porque..... ni se conocia aun el papel contínuo, ni las plumas metálicas, ni se gastaba la tinta por cuartillos, sino entre algodones, y con tasa, ni habia, en suma, mucha gente que supiese escribir una carta. La ciencia de *notar cartas y memoriales*, solo estaba al alcance de los letrados, de los curas y de algunos maestros de escuela.

Por eso la alarma que produjo en casa de don Ruperto la llegada del cartero, era natural, no porque su señoría ilustrísima estuviese incomunicado con las gentes, pues casi todos los meses recibia alguna carta, sino porque aquella semana no era correo de Andalucía ni de Castilla, únicas provincias en que tenia relaciones de

amistad y de parentesco, y ¡vaya vd. á saber de quién seria aquella carta!

Era, sin embargo, de Castilla, solo que el correo habia sufrido retraso.

El criado la entró directamente al despacho de su señor, y éste le dijo:

—¿Te has enterado bien de que es para mí?

—Sí señor.

—No tengamos la del otro dia.

—Es que el otro dia no leí yo el sobrescrito.

—¿Y hoy, le has leido?

—No señor... ¿Pues no sabe su ilustrísima que no sé leer?

—Pero hombre, ¿ni siquiera un sobrescrito?... Vaya, trae, veré si es para mí.

Y caladas las antiparras, miró don Ruperto atentamente al sobrescrito, que empezaba por una cruz, y dijo:

—Cabalito, no hay duda, es para mí; ¿pero de quién podrá ser?

—¿No conoces la letra? le dijo su esposa, que seguida de los dos hijos, y alarmada por el acontecimiento, acababa de entrar allí.

—Si conociera la letra, no teníamos caso. El cuento es que parece de Salamanca.

—Abrela y saldremos de dudas, le dijo la esposa.

—¿Pago al cartero? preguntó el criado.

—Sí, hombre, págale; ¿cuánto ha dicho?

—Dos reales y medio.

—No es cara, porque abulta mucho.

El criado salió del despacho, y el hijo de don Ruperto dijo:

—Padre, ¿me permite su mercé abrirla?

—¿Sabrás?

—Sí señor, repuso el jóven lleno de alegría.

—¿Sin romperla?

—Sí señor, ¿no se acuerda su mercé que el otro dia abrí la del tio?

—Pues toma.

El jóven tomó la carta, y cuando iba á abrirla le detuvo su padre el brazo, diciéndole:

—Quita de ahí, que no sabes hacerlo.

—¿Pues cómo se hace?

—La has cogido al revés.

Cogióla el jóven al derecho y rompió por fin el sobre, dentro del cual venia una carta y un manuscrito en papel sellado.

Miráronse todos sorprendidos, y don Ruperto, que volvió la carta para buscar la firma, dijo:

—«Doctor don Pedro Regalado Frambuesa.»—No le conozco, añadió. ¿A que tenemos otra como la pasada?

—Leéla y saldremos del paso, dijo la mujer; saliéndole á ella la curiosidad por todas las coyunturas.

— Eso voy á hacer, replicó don Ruperto, pero Frambuesa..... Frambuesa..... no me suena este

nombre... Como no sea aquel grande amigo de mi tio, de quien nos habla siempre en sus cartas.

—Ese será, dijo la esposa.

—Ahora lo veremos, replicó don Ruperto, y leyó lo siguiente:



«Illmo. señor don Ruperto García de Pedraza y Pedrueza.

»Muy señor mio y de mi mayor veneracion y respeto: Celebraré que al recibo de esta se halle V. S. I. con la cabal salud que yo para mí deseo En esta su casa no hay novedad, á Dios gracias.

»Esta solo sirve para decir á V. S. I., que todos somos mortales, y que nunca aparece el cristiano mas digno de serlo, que cuando se conforma con las sábias disposiciones del Altísimo. El padre Almeida dice que somos polvo y que en polvo nos hemos de convertir, y que no somos sino basura á la hora de la muerte.»

—No sigas leyendo, interrumpió la esposa de Pedraza, ya me ha dado un vuelco el corazon; tu tio se ha muerto.

—Calla, mujer, no digas disparates. Verdad es que ya tiene mucha edad, pero en la última carta que escribió decia que aun se sentia fuerte y robusto, y que la gota y el asma eran los únicos males que le impedian ponerse en camino

para conocernos, porque á la sordera ya se habia acostumbrado y no tenia miedo de viajar.

—Pues no te canses, ha muerto, me ha dado un vuelco el corazon en cuanto has empezado á leer la carta.

Tenia el corazon de doña Hipólita, que así se llamaba la mujer de don Ruperto, casi tanta costumbre de volcar, como nuestros conductores de diligencias, y lo mismo que estos, no siempre volcaba bien. Por eso Pedraza, antes de llorar la pérdida de su tio, siguió leyendo la carta, que decia de esta manera:

«Sé que V. S. I. es muy buen cristiano, educado en el santo temor de Dios, y espero que llevará resignado la desgracia que voy á participarle. Su señor tio estaba ya achacoso, y ¡qué diantre! al cabo y al fin, un hombre de ochenta y cinco años no es ningun niño, y aunque él estaba para vivir aun otros tantos, Dios Nuestro Señor lo ha dispuesto de otro modo y no hay sino conformarse con su divina voluntad.

»He querido preparar á V. S. I. antes de decirle que su señor tio falleció el martes á las tres de la madragada...»

Don Ruperto suspendió un momento la lectura, para enjugarse las lágrimas, y su esposa repetia sin cesar.

—¡No te lo decia yo!... si, vamos... es tontería, ¡cuando á mí me da un vuelco el corazon!...

—¡Te ha dado tantos en balde! dijo don Ruperto.

—De manera es... que no siempre se acierta, pero algunas veces...

—Valiera mas que hubieras acertado siempre menos ahora.

—Pero, hombre, no te aflijas tanto y sigue leyendo... al cabo y al fin tú no le conocias.

—Ya se vé que no le conocia, ni él á mí; ¡pero y la sangre! ¡dejará de ser un primo de mi padre!

—Eso es verdad; primo carnal.

Don Ruperto, animado por su esposa acabó de leer la carta.

«Yo era un grande amigo suyo (dijo leyendo) y puedo asegurar á V. S. I. que me consuela haberle visto morir como un buen cristiano. Ha llevado todos los sacramentos, y hasta la última hora no ha cesado de encomendarse á Dios. Si hemos de creer en la remision de los pecados, don Facundo ha ido derecho á la mansion de los justos. Dios Nuestro Señor le haya dado su santa gloria si le conviene, y allá nos espere muchos años, como dicen las gentes.

»En compañía del señor Rector de esta Universidad, soy testamentario de su señor tio, el cual instituye á V. S. I. por único heredero, de todos los cuantiosos bienes que poseia, pero con una condicion: la de que V. S. I. venga aquí á

tomar posesion de la herencia y á vivir un año en Salamanca, ó de lo contrario renunciar en su señor hijo, siempre que ese señor quiera cumplir con la voluntad del testador.

»Espero que V. S. I. se sirva decirme lo que determine, porque si, lo que no creemos ni el señor Rector ni yo, se negase V. S. I. á cumplir con la voluntad expresa del difunto, nos veríamos obligados á llamar al inmediato heredero, que segun noticias, es un religioso del hábito de San Francisco, residente en Valencia.

»Hasta recibir la contestacion de V. S. I. ninguna otra cosa tengo que decirle, sino que celebro esta ocasion de ofrecerme con toda veneracion y respeto á las órdenes de V. S. I. y de besarle atentamente sus manos como S. S. y capellan.

»Doctor, don Pedro Regalado Frambuesa.

»De Salamanca á 20 de marzo de 1800.»

Despues de lo que hemos dicho, acerca del reposo y de la tranquilidad con que vivia don Ruperto, no hay para qué decir qué tal efecto le haria el contenido de la carta.

—¡Una herencia! decia la esposa, con mal reprimido alborozo.

—Sí, ¡una herencia!... repetia con amargura don Ruperto, ¡una herencia que cuesta un viaje!

—Verdad es, pero amigo mio, no hay atajo sin trabajo.

—¡Un viaje! volvia á exclamar don Ruperto.

—Pero hombre, cualquiera que te oiga creerá que no has viajado nunca.

—Pues precisamente porque he viajado sentiria tenerlo que volver á hacer.

—¡Cómo ha de ser! ¡cuando las cosas no tienen remedio!

—Sí tal; en renunciando la herencia.

—¿Y serias capaz?

—No sé lo que haré; lo que te puedo decir es, que aun no me he visto en camino; lo pensaré y hablaremos.

—No tienes que pensar en otra cosa que en ver el dia que emprendemos el viaje. Tienes dos hijos y no puedes perjudicarles en sus intereses.

Don Ruperto conoció que su esposa hablaba como un libro, y dando un suspiro, la dijo:

—Vete á tu gabinete y dí á don Estanislao que me haga el favor de venir acá un momento.

—¿Te decides á marchar? le dijo su esposa.

—Lo voy á consultar con don Estanislao.

Este señor era el capellan de la casa, ayo y maestro del futuro jurisconsulto, cuya necesidad de estudios mayores no fué poca parte á decidir á don Ruperto en sus proyectos de viaje.

El resultado de la consulta que hizo al capellan, le verá el lector en el cuadro próximo.

——

CUADRO VEINTE Y DOS.

Las vísperas de un viaje.

Pocos fueron los argumentos que empleó el capellan de la casa para convencer al amo de ella, de que era preciso emprender el viaje, porque, en conciencia, no podia dejar de hacerlo así.

Don Ruperto era un hombre muy razonable y muy amante del bienestar de su familia, y pronto conoció que era indispensable ponerse en camino. Y si no se puso desde luego, al dia siguiente, ó aquel mismo dia, que resolucion tenia para todo, fué porque no oyó en aquel momento la campana que anunciaba la salida de un tren para Salamanca.

Hubiera él nacido cincuenta años mas tarde, y no habria sido de los últimos en usar los caminos de hierro. Pero entonces las campanas no sa-

bian tocar otra cosa que á gloria y á muerto, á excepcion de las diez y seis que tenia el reloj de San Fermin, y que cuando los monarcas bajaban á pasear al Prado, tocaban minuetes, alemanadas y otros bailes de la época. Sin embargo, esas campanas no anunciaban el movimiento como las de los ferro-carriles, sino que por el contrario, cuando daban tres secos tañidos para anunciar la oracion de la tarde, las gentes que estaban paseando, se paraban; y aun hacia lo mismo el coche del monarca, alzándose éste en pié con el sombrero en la mano.

Por eso don Ruperto, que no era sordo, pero que sin embargo, no oyó la campana del camino de hierro, que habia de sonar cincuenta años mas tarde, y que para el de Salamanca, Dios sabe si tardará aun otros tantos, no pudo desde luego ponerse en camino, y tuvo que dar tiempo al necesario para hacer los preparativos de viaje.

Encerrado con su esposa, solo con ella, en su despacho, rogaba á Dios que no viniera nadie á interrumpirlos, pero no se atrevió á decir á los criados que no estaba en casa, porque esto sobre ser una mentira, de que no convenia dar ejemplo á la servidumbre, es un desaire de invencion póstuma, que entonces ni remotamente se sospechaba.

Solo con doña Hipólita, el ex-presidente de la chancillería de Granada, se abrió la sesion

preparatoria para acordar el programa del viaje.

Jamás general alguno, desde César el Grande hasta Napoleon el Grande tambien, movieron sus ejércitos con tanto trabajo, como costó á don Ruperto el poner en marcha su persona y las de su familia.

Abrió la sesion de los preparativos dando un tierno y estrechísimo abrazo á su esposa, y luego, haciéndola sentar á su lado, la dijo:

—No hay remedio, hija mia, nos vamos.

—Pues claro está, le replicó doña Hipólita; pero, ¿á qué viene ahora esa tristeza y ese tono melancólico? ¡No parece sino que te ha sucedido algun mal!..... Cualquiera diria que estaban enfermos nuestros hijos.

—No lo permita Dios.

—Pues no te apures, que gracias á Dios, podemos hacer el viaje con toda comodidad, y tu hija está loca de contenta desde que se ha recibido la carta.

—¿De veras?

—Lo que oyes; y tu hijo tambien.

—¡Pobrecillos!..... ¡eran tan pequeños cuando salimos de Granada!

—¡Si vieras qué gana tenia tu hija de hacer un viaje, desde que el mes de enero se marchó la vecina de enfrente!

—¿Qué vecina?

—La del alcalde mayor de Toledo.

—Verdad es; ¡pobre señora! Tuvo que ponerse en marcha antes de los tres meses de haber parido.

—Conque, dijo doña Hipólita, ¿cuándo piensas que salgamos de Madrid?

—Para eso te he llamado; para que hablemos y lo dispongamos todo.

—Yo pronto estoy lista y tu hija tambien; ahora llamaré al sastre para que nos haga dos *drulletas* de paño.

—¿Para qué?

—Para el camino.

—No seas loca, mujer, para el camino se pone todo el mundo lo peor que tiene. ¡No ves que el polvo y el coche lo estropean todo!

—Sí, pero acuérdate de la generala cuando hizo aquel viaje á Sevilla.

—Bien, la ropa es lo de menos; tiempo hay.

—¿Pues cuando piensas que salgamos?

—Lo mas pronto posible, pero.....

—En ese caso, es preciso disponerlo todo hoy mismo.

—Sí, pero por muy de prisa que andemos, siempre se han de pasar diez ó doce dias, antes de que nos pongamos en camino.

—Eso es verdad; ¿has pensado ya en el coche?

—Si estuviera aquí el tio Domingo, no teniamos que pensar en nada; su coche era excelente. Buen movimiento y buen ganado sobre todo. Se-

ria capaz de plantarnos en Salamanca en seis ó siete dias.

—Sí, pero en ese no hay que pensar, es preciso buscar algun otro.

—¿Y dónde se halla ese otro?

—No faltará; encárgalo á todos los amigos y es el mejor medio de encontrarlo.

—Y si no se encuentra, ¿qué hacemos?

—De manera que si el cielo se hunde, á todos nos coge debajo. Pero, ¿cómo quieres que en un Madrid que hay de todo, falte un coche de camino para ir á Salamanca?

—¿Sabes quien me prestaría uno bueno, si yo quisiera pedírsele? el obispo.

—Pues pídesele.

—No me gusta molestar á nadie.

—A mí tampoco, pero lo digo en el caso de que no se encuentre para alquilarlo.

—Allá veremos. Lo que ahora interesa es que acordemos lo que se va á hacer. Ya sabes que á mí me gustan todas las cosas con plan.

—Pero hombre, ¿qué hemos de hacer, sino buscar el coche y ponernos en camino?

—Eso es lo último. Antes es preciso ver si levantamos la casa, ó se queda en ella algun criado.

—Pues, ¿quién lo duda?

—¿La levantamos?

—Claro está que sí.

—¿Y te parecian muchos doce dias? Ni en un

mes podemos salir de Madrid levantando casa.

—Déjalo de mi cuenta y verás como se arregla todo.

—¿Piensas hacer almoneda de algunas cosas?

—Ni de una hilacha.

—¡Conque es decir, que lo vamos á llevar todo! Pues se necesitan veinte carros.

—Con dos buenos tengo bastante.

—¿Y se encontrarán?

—¡Pues no se han de encontrar! Cabalmente el hermano de nuestra cocinera es ordinario de Vitoria y nos dará todos los carros que nos hagan falta.

—¿Está en Madrid?

—Salió el mes pasado, y le toca volver dentro de pocos dias. Ya me ha dicho su hermana que me acuerde de él.

—¿Saben ya que nos vamos?

—¡Toma! mientras tú consultabas con don Estanislao, lo he dispuesto yo casi todo.

—Eres el demonio, dijo don Ruperto rebosando alegría por todo su cuerpo.

—A estas horas, añadió doña Hipólita, ya está hecha una diligencia.

—¿La del coche?

—No.

—¿La del pasaporte?

—Tampoco.

—Lo creo, porque eso mientras no vaya yo, en

persona, á pedirlo al superintendente de policía, no lo darán. Conque vaya, ¿sepamos qué es lo que has hecho?

—Te mata la curiosidad, dijo doña Hipólita sonriendo, y te lo voy á decir, porque sino te lo digo no lo aciertas aunque te vuelvas mico. He mandado á casa de doña Tecla, para que me haga el favor de venirse por acá esta tarde.

—¿Y eso para qué? ¿qué tiene que ver doña Tecla con nuestro viaje?

—¡Friolera! es la parte mas esencial. ¿Sabes tú hacer un baul?

—¡Tienes razon! Y ella... ¡toma!... ¡ya caigo!... como estuvo casada con aquel alcalde mayor, que nunca paró diez años seguidos en un mismo pueblo, debe estar muy acostumbrada á hacer baules.

—No es solo por la costumbre, sino que cada criatura tiene un don particular, y doña Tecla parece que ha nacido para disponer viajes. Me ha enseñado la bajilla de cuando se casó, sin que se le haya roto ni un plato en mas de seis viajes que ha hecho con ella.

—Pues has tenido buena idea al acordarte de doña Tecla.

—¡Si lo que á mí se me escape!... dijo doña Hipólita con orgullo.

—¿Conque es decir, que ya no hay que pensar en los baules?

—Ni en nada de lo demás de la casa. Doña Te-

cla y yo lo arreglamos todo. Tú busca el coche y arregla el pasaporte, que lo demás corre de mi cuenta. Ahora me voy á decir á los muchachos qne ya está resuelto el viaje; se van á volver locos.

Y apenas abrió doña Hipólita la puerta del despacho, cuando entraron los dos jóvenes dando brincos y abrazando á su padre, en albricias de lo que habian oido desde la puerta, donde lo habian estado escuchando todo.

El futuro legista, que á pesar de haber cumplido veinte años de edad, era aun jóven futuro, hizo cien preguntas necias acerca del viaje; y por último, se salió del despacho, volviendo al poco rato con un manojo de paraguas, bastones y espadines, liados con una soga de esparto crudo y dijo:

—Padre, yo ya he liado esto; ¿le parece á su mercé que está bien?

Don Ruperto no pudo menos de sonreirse, al ver la disposicion que su hijo tenia para todo, hasta para el embalaje, cosa que nadie le habia enseñado, y le dijo:

—Está bien, pero no toqueis á nada, ni hagais cosa alguna sin contar con vuestra madre. Su mercé os dirá lo que se ha de hacer.

Ofrecieron los jóvenes dar gusto á su señor padre y se salieron del despacho dejándole á solas con sus preparativos de marcha.

Fué uno de estos, el que mas sensacion causó á todos, la llegada de un escribano, que acompañado del oficial mayor de la escribanía, iba allí llamado por don Ruperto, para ***dar fé*** de su última voluntad.

La fé pública, que ya entonces empezaba á perderse, aunque se dejaba ver de vez en cuando, andaba en manos de gente de buen humor, y el escribano que llegó á casa de don Ruperto, era uno de los mas alegres y tenido entre sus colegas por el mas decidor y el mas gracioso.

En otra casa, que no hubiera sido la de un antiguo presidente de chancillería, habria entrado gastando bromas y preguntando á gritos cuántos eran los que pensaban dejarle por heredero.

En la de don Ruperto, empezó por dejar el espadin en la antesala, y esperando, con el sombrero debajo del brazo, á que le mandasen pasar adelante.

Era don Ruperto, hombre muy ***á la pata la llana***, como se decia entonces, y pronto permitió la entrada al escribano, que haciéndole una profunda cortesía le dijo:

—Beso las manos de usía ilustrísima.

—Dios guarde al señor notario, le contestó don Ruperto sonriendo.

—Acabo de recibir un recado de usía ilustrísima, dijo el escribano, y he venido corriendo.

—El negocio no da tanta prisa, repuso don Ruperto.

—Ignoro cual sea la comision conque pretende honrarme V. S. I., pero no me pesa haberme apresurado á venir.

—Muchas gracias, replicó don Ruperto. Se trata de una disposicion testamentaria.

—¿De algun pariente de V. S. I.?

—No señor, yo soy el que quiero testar.

—¿Es posible? Se siente V. S. I. en mala disposicion.

—No, á Dios gracias.

—Mas vale así; pero como nosotros somos casi tan de mal agüero como los sepultureros, y peores que los médicos, por eso me habia asustado: pero me alegro de que solo sea por gusto, y aplaudo la idea de V. S. I., porque esas cosas, cuánto mas antes se tengan hechas, mejor. ¿Y cuándo quiere V. S. I. que le hagamos?

—Ahora mismo, si vd. no tiene inconveniente.

—Servir á V. S. I. es mi mejor ocupacion.

—Voy á hacer un viaje y quiero disponerme por si acaso.

—¿Va V. S. I. á Ultramar?

—No señor, á Salamanca; pero mi señor padre, Dios le tenga en su santa gloria, decia que el hombre cuando viaja no sabe de que mal ha de morir, y por si no muere en su cama.... Crea

usted que seria mi mayor dolor morir fuera de mi casa.

—Ahora no hay cuidado en los caminos y menos en el de Salamanca.

—¿Le conoce vd.?

—No señor, pero su señoría, el alcalde á cuyo servicio estoy ahora, ha estudiado en Salamanca, y me ha hablado muchas veces de ese camino.

El escribano decia estas últimas palabras desarrollando unos pliegos de papel sellado que á prevencion traia debajo del brazo, y dirigiéndose á su acólito, le dijo:

—Pergamino, ¿traes tintero?

—Sí señor, contestó Pergamino.

—Aquí hay de todo, replicó don Ruperto.

—No importa, yo siempre lo llevo conmigo por lo que pueda ocurrir, dijo el notario.

Y Pergamino desató una enorme escribanía de tres cuerpos y de cuerno negro, que traia colgada del primer ojal de la casaca, y prévio el mandato de su principal, entonces llamado y tenido por amo, se dispuso á escribir el testamento de don Ruperto.

Este cerró la puerta por dentro, y no pudimos oir su voluntad póstuma.

Doña Hipólita mientras tanto, andaba ocupada en recibir á doña Tecla, que aunque de carnes enjutas y un tanto amojamada, teníale la vani-

dad tan henchida, que no cabia en su pellejo, ni su pellejo cabia en ninguna sala.

Porque preciso es confesarlo para que el lector no lo tome á broma, la habilidad de *hacer un baul*, no era, ni ha sido, ni será nunca, una ciencia que exija doctorado, pero estaba entonces al alcance de pocas personas, y no todos los que presumian de saberlo hacer, lo hacian como era debido.

Y téngase en cuenta, que los baules, entonces que las cómodas se usaban para guardar papeles y no ropa, y que los armarios no andaban muy abundantes, los baules eran muy conocidos y constantemente usados en todas las casas; pero una cosa era usarlos para guardar la ropa, y otra para que la trasportasen de un punto á otro. Sobre todo en un camino, en el que podian ocurrir tantos accidentes.

¡Y un baul de los que se usaban en 1800, heredados del año 1600 y pico!...

Si el lector se rie de que doña Tecla fuese buscada y solicitada para hacer un baul, es porque no ha visto ni tiene idea de lo que eran aquellos baules.

Aquellos baules, hubiesen dejado fácilmente de serlo para servir en clase de faluas de guerra, y la caja mayor de los coches modernos, no es tan grande como el mas pequeño de aquellos cofres.

Así los llamaba doña Hipólita, y tenia doce nada menos: los de la ropa blanca; los de la ropa de invierno, y la de verano; los de la ropa de cocina; y uno, ó mas, para la plata labrada.

Y para que de una vez se comprenda cuál seria su tamaño, y no se me acuse de exagerado, diré que doña Tecla no pudo *hacerlos* sin meterse dentro de ellos, para ir recibiendo desde allí los efectos que le acercaba la dueña de la casa.

Lo mismo sucedió con las arcas de la despensa, que no eran menores que los baules, y habia: una para los garbanzos, otra para el pan, y por último, la del chocolate, que tenia tres llaves, no por privar á los muchachos que lo comieran siempre que tuviesen gana, sino por evitar que criasen lombrices.

Trabajando sin cesar tardaron en arreglarlo todo poco mas de diez dias; durante los cuales, se hizo por las noches una novena á San Rafael, abogado de los caminantes, y en su altar de San Antonio de los Alemanes, le mandaron decir una misa diaria hasta que se recibiesen en Madrid noticias de la feliz llegada á Salamanca.

Esta parte piadosa la dispuso don Ruperto, que provisto de pasaporte, tenia medio en ajuste un coche de colleras, por el cual le pedian una onza diaria, siendo de su cuenta el mantenimiento del ganado y de los criados, con los demás gastos del camino.

La cuestion, como es fácil conocer, no estaba en el jornal, sino en el número de los jornales. Claro es que era barato si gastaba dos dias en el camino, y caro si empleaba quince; pero ni esa cuenta le ocurrió á don Ruperto ni al dueño del coche. Eran demasiado patriarcales aquellos tiempos, y estaban harto arraigadas, la obediencia y la servidumbre, para que no se supiera que el coche iba á disposicion de don Ruperto, y que á su gusto se harian las jornadas cortas ó largas.

Rematóse el ajuste en catorce duros diarios, y la correspondiente propina, y quitado ya ese peso de encima, don Ruperto respiró algo mas tranquilo, pudiendo destinar algunos ratos á pensar en lo que habia hecho y en si le faltaba algo que hacer aun.

Tenia corriente el testamento, listo el pasaporte, anunciado su viaje á Salamanca, y una bolsa llena de cartas de recomendacion para aquella ciudad y para todos los pueblos del tránsito.

¿Qué mas le faltaba? ¿Arreglar el equipaje?

De eso se habian encargado su esposa y doña Tecla, y ya hacia dos dias que estaba el portal ocupado por dos carros que iban cargando, cómodamente y sin prisa, porque—la prisa para viajar, decian aquellos carreteros, no la queremos; lo que no se hace un dia se hace otro, y el que an-

da de prisa, pronto pierde lo que lleva andado.

¡Ignoraban aquellos carreteros que sus hijos habian de andar en caminos de hierro y ser acaso maquinistas de alguna locomotora! ¿Y sus nietas?... De sus nietos no hablemos aun, sigamos con don Ruperto.

Habíase, asimismo, despedido de todos sus amigos, tomado la vénia del monarca, y visitado, uno por uno todos los conventos de monjas para que pidieran á Dios que les diese un buen viaje... y despues de esto ¿qué le quedaba por hacer?

Lo que hizo y lo que con él hicieron su esposa y sus hijos: Hacer una confesion general, la víspera del viaje, y fijar éste para las nueve de la mañana del siguiente dia.

¿Pero durmieron aquella noche?

Don Ruperto llevaba muchas noches de mal dormir, y es fama, que durmió algunos minutos. Doña Hipólita *descabezó el sueño*; cosa para la que tenia grande habilidad, y le descabezaba, aunque estuviese sentada en la punta de una lanza.

En cuanto á los hijos, si durmieron ó no, que lo diga el que recuerde lo que hizo siendo niño la víspera de estrenar un vestido, ó la noche del dia anterior al cumpleaños de su padre, ó la víspera, en fin, de asistir á alguna fiesta.

CUADRO VEINTE Y TRES.

La primera jornada.

OH! cuántas incomodidades, y cuántas fatigas de las que nos aguardan por esos caminos de Dios, habriamos de ahorrarnos, si los cortesanos de antaño, hubiesen hecho lo que los de ogaño, y puesta la *catalineta* en la Puerta del Sol, hubieran atraido hácia sí á los habitantes de las demás provincias de España!

¡Cuántos pájaros habrian acudido al reclamo de la ambicion y de la codicia, si les hubieran enseñado el cebo desde la torre mas alta de la coronada villa, que ya entonces lo era la de la iglesia de Santa Cruz!

¡Si la empleomanía, y la representacion nacional, y las sociedades anónimas, y las minas, hubieran madrugado veinte años mas siquiera,

ninguna necesidad tendriamos ahora de abandonar la córte para retratar las provincias!

Ellas hubiesen venido á vernos, en vez de salir nosotros en busca de ellas, y habriamos andado la mitad del camino, estudiando á sus representantes en las oficinas, en los cafés, en la Bolsa y hasta en el asfalto de la Puerta del Sol. Desde ese observatorio, solamente, ya lo hemos dicho en uno de los cuadros anteriores, podriamos dar un paseo por España.

¡Pues y la prensa periódica! ¡A dónde me dejan Vds. esa poderosa palanca de la centralizacion, que diariamente y apenas abre uno los ojos le hace ver de un solo golpe de vista, el mundo todo, que no la Europa, ni la España!

¡Oh! ¡si los hombres de 1800 hubiesen tropezado con la prensa periódica! ¡Oh! ¡La prensa periódica! ¡La que anunció su venida al mundo español por medio de la GACETA y del DIARIO DE AVISOS, y del MERCURIO y del MEMORIAL LITERARIO!

¡Pobrecita! Entonces no se atrevia á comer cosas fuertes, ni frutas de la cosecha contemporánea, sino alimentos cosechados por sus abuelos y sustancias de fácil digestion, tales como las *efemérides* del rey Wamba y las *fábulas* de Esopo.

Hubiérase ella atrevido á nutrirse con manjares mas frescos y otra habria sido su suerte.

Pero era demasiado niña, y teníanla sus padres tan mimada que no la dejaban comer cosa alguna que la ensuciase la boca. Si por casualidad la permitian algun manjar moderno, tardaba tanto en recibirlo, que ya de puro añejo tenia sabor de rancio. La única prensa periódica, que todos los años funcionaba con frutas verdes, era la que estrujaba la aceituna y la uva. En materia de prensas ese era el único periodismo de actualidad.

Y natural era que sucediese así. Esas prensas se establecian en los mismos campos en que se cogian los frutos, y las otras estaban trabajando lejos, muy lejos de las fuentes que debian alimentarlas.

Por eso nada habrian adelantado los cortesanos de antaño, con encontrar la prensa periódica criada y crecida como los de ogaño la tienen, y asimismo, habria sido inútil el reclamo de la ambicion para los forasteros.

La falta no estaba en el deseo, que muchos le tenian y no flojo, de venir á la córte, sino en los caminos que no se dejaban venir de nadie.

Ya hemos dicho que hasta el pez, que, ni mas ni menos que otros hombres que no son peces, tiene la facultad de escurrirse por cualquier parte, necesitaba ser escurrido y rociado por el vinagre, para venir á la córte desde su provincia. Y no pudiendo venir ni el pez, ni la fruta,

ni el mineral, claro es que el pescador, el hortelano, y el minero, no tenian pretexto alguno para venir á la córte.

Era indispensable, lo que no podemos dispensarnos de hacer ahora: salir de Madrid para ver á cada cual en su provincia. Pero no iremos con don Ruperto hasta Salamanca, y solo le acompañaremos en la primer jornada; porque además de ser el suyo un viaje molesto, no podemos hacer otra cosa que entrar y salir en Madrid siempre por cortas temporadas.

Ni aunque quisiéramos seguirle en todo el viaje podriamos hacerlo, sopena de alquilar una mula, porque en su coche, aunque es grande, lleva siete personas y no todas enjutas.

El capellan y su hijo lo son algo, ¿pero y la esposa que abulta por dos? ¿Y la hija que ya tiene la mitad mas uno que su madre? ¿Y la cocinera? ¿Y la doncella? ¿Y la cesta de las provisiones? ¿Y el talego de la ropa blanca? ¿Y el botiquin?

El botiquin, que como el doctor Hanneman no habia descubierto aun las petacas prodigiosas de los anisillos homeopáticos, era un cajon enorme, que contenia: doce frascos, llenos de agua de melisa, de la de torongil y del vinagrillo de los cuatro ladrones; y veinte cajas de crémor tártaro, y de polvos de valeriana, de jalapa y de quina, y otros tantos botes, con ungüento de la

madre Tecla y de la beata Clara; y todos ellos embutidos en un colchon de hojas de sen y de flores secas de amapola, de violeta y de malva.

A la zaga del coche iban tambien algunas provisiones y varios utensilios de cocina, tales como la sarten y la chocolatera, cosas ambas no del todo inútiles, como verá el que siguiere leyendo.

Y para no acrecentar su impaciencia, le diré que ya está el coche á la puerta de la casa, y enganchadas las cuatro mulas que han de arrastrarle por el camino, y que ya, los carros que conducen el mueblaje de la casa, llevan dos horas y media de marcha.

El piloto que ha de dirigir el rumbo de aquella nave, soberana por el tamaño, y mas soberana aun por derecho de antigüedad sobre todos los coches del mundo, es un hombre de cincuenta años largos, antiguo muletero de la casa real, ex-volante de la misma, ex-cochero de un arzobispo, y el mas experimentado calesero de su época.

Las gentes todas, le miran con asombro y le oyen con pasmo narrar las aventuras de los diferentes viajes que ha hecho, á los sitios reales en sus buenos tiempos, á Alcalá, para conducir estudiantes, á Toledo, trasportando canónigos, á los *Toribios*, llevando muchachos díscolos, condenados á azotes perpétuos con disciplinas mo-

násticas, y por último, á Sevilla con un oidor... que se quedó sordo con el ruido del carruaje.

Cuantos aciertan á pasar por la calle del Sacramento, se le acercan para preguntarle, á donde dirige el rumbo; y cuando les contesta que á Salamanca, los mas le dicen si es puerto de mar: y son los menos los que saben que tiene por todos lados un mar de tierra.

No hay nadie que envidie á las bestias, que por solo el trabajo de tirar del coche, van á tener ocasion de ver muchas tierras y de entrar en la ciudad de los sábios, pero hay muchos que las miran con poco menos asombro que al calesero.

Y este, lleno de orgullo, á pesar del sobresalto y de la agitacion que siente al irse aproximando la hora de la partida, no cesa de andar de un lado para otro, observando y reconociendo hasta los menores detalles de la operacion preparatoria.

Pero ya no hay por su parte detencion alguna, y cuando entra en la casa á decir al amo de ella que todo está dispuesto para la marcha, se la encuentra desalquilada, y no halla en toda ella una sola persona á quien dar el recado.

Momentos antes los habia visto á todos en traje de camino, y no acierta á explicarse por dónde ni cómo han desaparecido á la hora crítica.

Solos están allí los cuatro escopeteros que han de escoltar el carruaje, pero tambien ignoran el paradero de los señores y de los criados, y á no ser porque una vecina dice haberlos visto entrar á todos en la iglesia, á oir la misa del capellan de la casa, sabe Dios los malos juicios que habria hecho el calesero de la formalidad de don Ruperto.

Las palabras de la vecina, vienen por fortuna á calmar la ansiedad y las sospechas del calesero, y pocos momentos despues la llegada de los viajeros acaba de tranquilizarle.

Ya no le queda duda de que su magnífica caja, montada sobre sopandas, va á salir triunfante y erguida por la mezquina puerta de Segovia.

Don Ruperto, contra su costumbre, pero con razon, está incomodado y viene regañando con su esposa.

¡Figúrense vds. si tendrá razon, siendo ella la causa de que el Illmo. Sr. se cubra la cabeza con un pañuelo de yerbas, y lleve cubiertas las pantorrillas con una media blanca y otra negra!

Ella y doña Tecla, que al hacer precipitadamente el último baul, metieron en él la peluca de don Ruperto y guardaron las medias trocadas.

—¡Es posible, la dice el angustiado señor, que no te acuerdes de que yo siempre que he viaja-

do me he puesto unas medias obscuras sobre las blancas!

—De eso si que me acuerdo, contesta doña Hipólita, pero se me olvidó al hacer el baul y las guardé todas juntas.

—¿Y no vistes que las que guardabas eran cada una de su padre y su madre?

—¡Como era de noche!

—¿Y la peluca?.... ¿Y la caja del rapé? la dice don Ruperto cada vez mas angustiado.

—Ya te he dicho que todo va en los baules; ¿pero mira como no se me olvidaron los relojes?

—¡Pues no faltaba otra cosa!.... ¿Cómo habiamos de viajar sin saber la hora que es? ¡Vaya, que te has portado! ¡Buen principio de viaje!

—¡Cómo ha de ser!.... Si no nos suceden otras desgracias, todo se puede pasar. Yo solo siento lo sucedido por lo de las medias, que lo demás, no importa tanto. De todos modos te hubieras puesto un pañuelo á la cabeza....

—Sí, pero llevaria la peluca para entrar con ella en los pueblos. Fortuna que en la primer parada lo arreglaremos todo. Allí alcanzaremos los carros, y se abrirá el baul.

—¿Y sé yo cual es? dijo doña Hipólita.

—¿Eso mas? ¿con que no te acuerdas dónde has puesto la peluca?

—No; pero cuando los vea todos, quizá sabré decir cual es.

—¡Estamos divertidos! exclamó don Ruperto.

Luego acercándose al calesero, se informó de que todo estaba listo, y volviéndose á uno de los criados, le preguntó:

—¿Se ha puesto el botiquin?

—Sí señor, ya está dentro del coche, respondió el criado.

—¿Y la ropa blanca para las camas?

—Tambien

—Dios quiera que no se haya olvidado nada.

Dijo, y santiguándose, alzó los ojos al cielo, saludó con tristeza á las gentes de la vecindad que estaban todas á los balcones, apretó cordialmente la mano á los muchos amigos que habian acudido á despedirle, y precedido de su esposa, de sus hijos, del capellan, y de las dos criadas, entró por fin en el carruaje.

El calesero cerró la portezuela, dió órden al zagal para que cogiera la mula delantera, y se subió al pescante.

Una vez sentado en él, se santiguó, empuñó el látigo, y con una voz á la *bernarda*, otra á la *carmelita*, un grito á la *dominica*, y un arré que es tarde á la *franciscana*, puso la máquina en movimiento.

Pero no crean vds. que en un movimiento imperceptible y blando, sino estrepitoso y duro, hasta el punto de producir en la atmósfera, mas ruido que un tren de artillería.

Por eso las gentes salian á los balcones, y por eso, tambien, antes de llegar á la puerta, mandó parar tres veces don Ruperto, temeroso de que se abriera el carruaje.

Dióle sobre este punto el calesero las mayores seguridades, y apenas hubieron salido al campo cuando don Ruperto miró el reloj y dijo:

—Son las nueve y treinta y cinco minutos; si seguimos á este paso, á las once, ó antes quizá, habremos llegado al puente de San Fernando.

El aire del campo le volvió su natural alegría, y no se ocupaba de otra cosa que de la comodidad de sus hijos, preguntando á la niña si sentia mareo, y procurando que el muchacho observara todos los accidentes del terreno, para que fuese adquiriendo alguna instruccion.

—Este era el antiguo Prado de Madrid, le dijo al pasar desde la puerta de San Vicente, á la ermita de San Antonio de la Florida. Y esta iglesia, añadió, hace ocho años que se ha rcconstruido bajo la direccion del arquitecto Fontana.

Los accidentes del terreno, y era el mejor trozo de los alrededores de Madrid en 1800, eran pocos, pero como no era mucha la intruccion del jóven, su padre le llamaba la atencion hácia todo lo que se veia, haciéndole muchas explicaciones, y dándole noticias muy curiosas, relativas á la Casa de Campo, al Pardo, y á cuantos sitios cruzaban, ó se veian desde el camino.

Interrumpia de vez en cuando sus disertaciones, para ver la hora en uno de sus relojes, celebrando que no dejasen de andar con el movimiento del coche, y á cada brinco, que no eran ni pocos ni muy suaves, alzaba las manos en alto, se santiguaba, y decia:

—¡Calesero!

—¿Qué manda su mercé? preguntaba el calesero, parando las mulas para hacer la pregunta.

—¿Vamos seguros? decia don Ruperto sonriendo aunque sin aliento para sonreir.

—Mas que en la cama, señor, replicaba el calesero. ¿Se marean las señoras?

—No nos mareamos, respondian todos á la vez.

—Mas vale así... El coche es una alhaja; tiene un andar muy suave.

—No es malo, decia don Ruperto, apretándose los riñones al decirlo.

—¡Es mucho movimiento el suyo! exclamaba el calesero.

Y tenia razon; era mucho movimiento... demasiado tal vez para los que le iban sufriendo.

—Cuando vd. quiera que descansemos un rato, decia don Ruperto á menudo, no tiene mas que avisar.

—Eso será á gusto de sus mercedes, le replicaba el calesero. Cuando quieran tomar un bocado, me avisan, y mientras tanto se les dará un resuello á las bestias.

Dos leguas poco mas, habian andado, cuando avisó don Ruperto, y bajándose todos, tendidos sobre la yerba, almorzaron una tortilla y un poco de queso.

—Esto no es mas que un *tente mozo*, dijo don Ruperto, luego pararemos á comer, y por último, á cenar á la posada. ¿Llegaremos temprano?

—Sí señor, respondió el calesero, la jornada de hoy es corta.

Menos de una hora duró el almuerzo, y poco mas de hora y media la comida, en la cual no ocurrió nada digno de contarse, hasta que á las cinco de la tarde llegaron á un pueblo, cuyo nombre me he propuesto olvidar para evitar alusiones vecinales.

Será inútil decir que todas las gentes salian espantadas á ver el carruaje, y que los chicos marcharon detrás alborozados y contentos, hasta la posada.

Ninguno de ellos cerró la boca, ni movió una sola pestaña, mientras bajaron del coche los viajeros, siendo recibida con grandes carcajadas la papalina de doña Hipólita, y la cofia de su hija, no menos que el balandran del cura, y las desiguales pantuflas de don Ruperto.

El posadero se quedó suspenso, como si á él no le tocara el recibimiento de los huéspedes, y fué preciso que estos le interpelasen para que saliera á medias de su estupor.

—¡Como no estamos acostumbrados á ver tanta gente junta!... fueron las primeras palabras que les dirigió, rascándose la cabeza, abriendo la boca mas de lo necesario, y sonriendo de una manera original.

—¿Pues no es esta la posada? le dijo don Ruperto.

—Sí señor, y gracias á Dios, sepa su mercé, que aunque me esté mal el decirlo, nunca falta gente en ella, pero... vamos al decir ¡como sus reverencias no vienen tan aina!

—Ea, vamos á ver, ¿qué tiene vd. que darnos de cenar? dijo el cura.

—Segun y conforme, respondió el posadero, porque eso de cenar, vamos... quiero decir, que segun y conforme.

—¿Pero aquí, que es lo que hay?

—Aquí hay de todo, respondió con orgullo el posadero.

—¿Habrá jamon? preguntó don Ruperto.

—Eso si que no puedo servir á sus grandezas, porque han de saber usías que ogaño maté, con permiso de sus mercedes, un marrano no mas, y como acudió tanto forastero á la feria, se arremató pronto.

—No importa, repuso el cura, habrá huevos.

—¡Anda!.. ¡exclamó la posadera, tomando parte en la conversacion, guevos!... ¡Qué si quieres! Esta mañana anduvo la boticaria tuito el lugar

con el aquel de buscar media docena, que necesitaba el boticario para hacer una melecina, y discurro que no halló mas de cuatro. ¡Pintaos van á estar agora los guevos pá sus altezas! Ogaño están las gallinas poco poneoras, señor, y la metá secos.

—Pues bien, ¿digan vds. lo que hay?

—¡Otra!... ¿que, qué hay?... Pus ya lo ha dicho mi marido..... sus mercedes pidan que aquí hay de todo.

—¿Hay pollos?

—Eso sí que no sé, contestó la posadera.

Y asomándose á la puerta llamó á una muchacha y la dijo:

—Ves á ver si tiene tu madre los pollos que trujo de en cá el Señor Cura, y díla si los quiere vender á unos señorones de Madril.

—¡Quiá!... replicó la chica, si ayer los llevó mi padre á vender al Pardo.

—Vaya, dijo don Ruperto, díganos vd. que es lo que hay, y será mejor.

—¡Ea!... ¡pus qué tié que haber!... hay aceite, y sal y ajos, y si á sus mercedes les gusta el peregil y la cebolla, tambien se buscará. Y en lo que toca á las bestias, que es lo principal, cuando se va de camino, pueden sus altezas estar tranquilas, porque paja mas seca y mas larga, ni cebáa mejor graná que la que aquí se come ni en la casa del mesmo Rey.

—Mira, Ruperto, dijo doña Hipólita, que hagan unas sopas de ajo; pero ahora tomaremos un poco de chocolate.

—Eso si que tengo siempre, replicó la posadera, y si hubieran sus mercedes llegado una hora antes, para todos no habria podido ser, pero aun habia un cuarteron. Y por mas señas, lo acabo de gastar con un huésped, mas divertío y mas gromoso que tuitos los comediantes del mundo. Y no crean sus mercedes que era un tio cualquiera, sino un señor muy aquel que va de ministro de justicia á la ciudad.

—Nosotros tenemos chocolate de sobra, dijo doña Hipólita.

Y volviéndose á una de las criadas, la mandó que lo hiciese corriendo, mientras ella sacaba la ropa para las camas.

La criada tardó poco en dar gusto á su señora, y ayudó tambien á hacer las sopas de ajo para la cena.

Despues, junto al hogar de la cocina pusieron una mesilla de pino, y á su alrededor se sentaron los viajeros, comiendo todos á la vez y en un mismo plato, en la propia fuente en que se sirvió la cena; que hubiera sido harto pobre á no haberla adornado doña Hipólita con unas lonjas de vaca fiambre que llevaba á prevencion.

Terminada la cena se retiraron á dormir, los hombres á un cuarto, y las mujeres á otro, y

obligados, por la necesidad, á hacer cama redonda los de cada departamento, pasaron la noche en dos piezas, contiguas á las cámaras del grano, ó tal vez en los graneros mismos.

Habia al menos, junto á las camas dos grandes montones de cebada, y una gran porcion desparramada sobre el suelo.

El techo de las alcobas era á teja vana, pero colgado con ristras de ajos, y sartas de guindillas, y los vidrios de las ventanas no estorbaban el paso de la luz, ni el de otros cuerpos de mayor cuantía; eran mas que diáfanos invisibles, y tanto que ni siquiera resultaban palpables.

Pero ninguno de los viajeros dejó de dormir, desde las ocho que se acostaron, hasta igual hora de la mañana siguiente, en que se levantaron para continuar el camino.

Ordinariamente no solian dormir doce horas cada dia, pero tampoco viajaban, y un viaje entonces era un estado excepcional. El viajero se declaraba á sí mismo fuera de la ley general de sus semejantes.

Ya lo has visto, lector; la idea de un viaje era mas grave AYER para una familia, que HOY lo es para una provincia la publicacion de la ley marcial.

Don Ruperto no quiso emprender la marcha sin oir misa, y toda la familia asistió, en la iglesia mayor del pueblo, á la que celebró don Es-

tanislao, ayudado por el primogénito Pedraza

Estábales aguardando el chocolate, cuando volvieron á la posada, y aunque no se les sirvieron con bollos ni azucarillos, habíanle en cambio aromatizado con el humo del estiércol, que habia servido de combustible. Pero hubiera sido ese el único percance del desayuno, y no habrian tenido razon para incomodarse, como lo hicieron todos con la posadera al saber que les habia gastado una libra de chocolate para hacer seis jícaras.

Y sin embargo, la posadera no tenia la culpa, que ella era mujer muy dispuesta y muy entendida en su oficio; pero ya se vé, quiso asistir á la misa de los señores de Madrid, y encargó á la moza que hiciese el chocolate, dejándola al efecto seis onzas justas.

Demasiado temió, la pobre mujer, que peligraba su honra chocolatera, cuando vió á la criada entrar en la iglesia, y acercarse á decirla:

—Señora ama, aquello no cuaja.

—Toma, la dijo, dándole una llave; en el arca hay mas chocolate.

Y aunque no se atrevió á dejar comenzada la misa á pesar de la zozobra que sentia en su interior, apenas oyó el *ite misa est*, corrió á su casa, recibiendo en el camino un golpe mortal.

La criada, volvia á decirla que aquello no cua-

jaba, á pesar de haber echado toda la libra, y la posadera, á pesar de serlo, lo comprendió todo. Comprendió, y así era la verdad, que la moza habia puesto dos ó tres azumbres de agua á hervir en una cazuela, y allí, creyendo que las onzas de chocolate eran tajadas de carne ó cosa por el estilo, las habia ido echando para cocerlas; asómbrándose (tambien era verdad el asombro) al ver que no las veia, apenas las echaba en el caldero.

Hubo la de Dios es Cristo, y aun la de Cristo crucificado, por aquella torpeza, pero todo se remedió, y los señores tomaron el chocolate amargado por el estiércol y por el dolor de lo ocurrido.

No pudieron, entre sopa y sopa, leer, segun costumbre inmemorial en la córte de España, el casi inmemorial Diario de Avisos, del cual, ni memoria habia en el pueblo, pero en cambio les sirvieron la cuenta del gasto escrita, adelanto que asombró en gran manera á don Ruperto.

Altos eran los precios de las partidas, pero legítimas todas estas, y don Ruperto se disponia á pagar el total, cuando al mirar por segunda vez la cuenta, llamó á la posadera y la dijo:

—¿Qué dice aquí, que no lo entiendo?

La posadera se echó á reir y llamó á su marido diciéndole:

—Mira, Tiburcio, no te apesaumbres por no

saber de leer ni de escribir, que tampoco sabe este señor con todo de ser tan mayor y tan grande, y de vivir en los Madriles.

—Yo sí que sé leer, replicó don Ruperto sonriendo, pero esta letra es mala y no entiendo una de las partidas.

—¡Anda, que es mala la letra! repuso la posadera, y lo ha puesto el maestro de escuela.

—Pues no lo entiendo.

Acercóse el cura, á ver si su ayuda podia servir para descifrar el enigma, y despues de dar muchas vueltas al papel, dijo:

—Aquí parece que dice, *por el ruido deciseis riales*.

—Eso mismo leo yo, pero, ¿qué quiere decir eso?

—¡Toma! replicó la posadera, ¡pus bien claro está! ¡Deciseis riales!..... ¡Y no es mucho! Antaño estuvieron aquí unos comediantes y pagaron decinueve riales de ruido.

—¿Pero qué ruido es ese?

—Pus, el ruido que han hecho sus mercedes.

—¡Si no hemos hecho mas que dormir!

—No importa, en las posadas siempre se paga el ruido.

Y así era la verdad: antiguamente, era mas fácil conseguir rebaja en el pienso de las bestias, que en el ruido de las personas. El posadero pagaba contribucion por el ruido que ocasionaba

al vecindario, y él tenia que exijirla á sus huéspedes.

Don Ruperto pagó el completo de la cuenta, y *los alfileres* que le exigió la moza, y volvió á seguir su camino.

Dios se le deje concluir en paz, que nosotros le abandonamos, aunque no para volver á Madrid, porque ya que estamos fuera de la córte, bueno será dar un vistazo á las aldeas.

CUADRO VEINTE Y CUATRO.

La ciencia de la aldea.

Los muchos hijos y el poco pan enseñan á remendar, pero la tia Cicerona, que así llamaban en el lugar á la heroina de este cuadro, sabia echar un remiendo, y echaba muchos antes de casarse, porque el que lo hereda no lo hurta, y su madre, que de Dios goce, fué tan gran zurcidora de ropas como de voluntades, y aun por eso la llamaron la Remendona y decian de ella que era tan buena para un barrido como para un fregado. El pueblo, donde la tia Remendona enterró cuatro maridos y parió veinte y cuatro hijos, entre ellos la Cicerona, era la envidia de los lugares inmediatos, no por la carroza, pintada de verde y amarillo, que tenia para la procesion de la Vír-

gen, ni por la ermita de San Roque, que era toda de piedra, ni por el paseo de álamos, que habia delante de la iglesia, sino por ser patria y residencia de la tia Cicerona. No la conocian por este apodo los envidiosos vecinos de los pueblos inmediatos, sino que la llamaban la embaucadora y la tia Marizápalos, diciendo que no era verdad que fuese un pozo de ciencia y un archivo de sentencias y de refranes, sino un costal de disparates y una espuerta de chismes. Pero todo esto era dictado por la envidia de no tener en su pueblo otra mujer que sirviera para descalzar á la tia Cicerona en materia de refranes y de sentencias, y porque sabian que no habia mayordomo de la Vírgen que se encargara de la fiesta sin consultar á la Cicerona, ni alcalde que empuñase la vara sin su consejo, ni madre que casara á su hija sin hablar primero con ella, ni mozo que rondara á su novia contra su dictámen; siendo público en todo el lugar y en muchas leguas á la redonda, que un predicador cuelli-erguido y de los que en menos tiempo arrojaban mas textos latinos, habia tenido, segun costumbre, una conferencia con la tia Cicerona antes de subir al púlpito, y se habia retirado diciendo que mas que Cicerona debian de llamarla tia Séneca, porque sus dichos y refranes no tenian desperdicio; y que él aprovecharia no pocos de ellos en sus sermones, porque habia

algunos que valian un caudal para tema en las pláticas de la cuaresma.

Pues con esto que dejo dicho, y con lo que ahora pienso decir, ha de saber el lector que la tia Cicerona, viuda á los sesenta años del tercer marido, y no habiendo querido apechugar con el cuarto, porque sabia que si el cántaro va mucho á la fuente, alguna vez ha de quebrarse; y ya que de ella no se podia decir que á la tercera va la vencida, no queria que se dijera, lo que de su difunta madre se dijo cuando le dió calabazas el quinto marido, y por eso, y porque decia que mas valen tocas negras que barbas luengas, viuda se estaba, sin hijo ni jimio, porque aunque habia tenido no menos de diez y ocho, entre varones y hembras, á todos los habia casado lo mas pronto que pudo, porque ella decia que á la moza con el moco y al mozo con el bozo, y que si al que madruga Dios le ayuda, de los adelantados es el reino de los cielos. que mas vale casada arrepentida que monja aburrida, y que de tarde casar y tarde madrugar arrepentirte has, porque el que viejo casa mal anda. Y como ella no habia cumplido, soltera, los diez y siete abriles, casó á sus hijas á los diez y seis, y á los hijos apenas metieron mano en cántaro y salieron libres de la quinta, les dió su bendicion, y unos cuantos consejos, y algo de lienzo para un par de sábanas, y media docena de calcetas para la nuera, hilado

el primero y hechas las segundas por sus propias manos. Porque la tia Cicerona, aunque sabia remendar y zurcir como su madre, era mas aficionada á la rueca, y tan delgado hilaba con ella, como con la lengua, cuando llegaban á pedirla un consejo, que era á todas las horas del dia. Y el dia de la tia Cicerona empezaba temprano, porque en todo tiempo dejaba la cama antes que se retirasen las estrellas, y ya habia oido misa y matado el gusano con un sorbo de aguardiente y un bollo de aceite, cuando el alba se acordaba de saludar al pueblo. Todo esto en los dias en que el cura no estaba de caza, ó no queria ver amanecer en la vega, porque en aquellos nunca madrugaba bastante la tia Cicerona, para llegar á tiempo de oir misa, si es que el cura la decia cuando cazaba, que esto no se ha podido averiguar aun.

Lo que de cierto se sabe es que nuestra viuda de terceras nupcias, no vivia sola, sino que la hacia compañía, y aun oficios de criada, una nieta como de edad de catorce años, la cual á los diez y seis seria reemplazada por otra, yéndose ella á gobernar su propia casa y á dejarse mandar por su marido; porque aunque su abuela la habia dicho, que la mujer que poco hila, siempre trae mala camisa, la habia asegurado que mal anda la casa, en que la rueca manda, y que hilar y callar es hacerse amar.

Juntas iban á la iglesia, y juntas rezaban, porque la tia Cicerona sabia tanto de rezos como el provisor del partido, y en cuanto al catecismo, si ella examinara al cura y al maestro de escuela, es posible que les pusiera en mas de un aprieto. Las nietas de la Cicerona no aprendian á leer ni á escribir, porque esto decia su abuela que para nada habia de servirlas, y lo que pudiera aprovecharlas de algo, á su lado lo aprendian de coro. Al volver de la iglesia echaba la muchacha unos sarmientos en el hogar, y encendida la lumbre, con el auxilio del pedernal, del eslabon, de la yesca, y un manojo de esparto, y media docena de resoplidos, aderezaba unas migas con algunos tropezones de solomo; y con esto, y un trago de lo añejo para su abuela, ambas se desayunaban y se ponian á hacer labor. La nieta á remendar la chaqueta del mozo de mulas, que esto de los remiendos seguia siendo tradicional en la familia, y la abuela á hilar su copo de lino y á charlar con la muchacha, mientras no venian á saludarla las vecinas, á consultarla sus amores las doncellas, á ofrecerla un polvo y recoger alguna sentencia el beneficiado, y á oir sus refranes todos los del lugar, porque la tia Cicerona no abria la boca sin dejar caer alguno.

Pero el dia en que á mí me ocurre presentarla á mis lectores, aunque no es festivo, es extraordinario, por mas de una razon, que yo me sé, y no

me callo, sino que por el contrario, las digo todas, como verá el que siguiere leyendo.

—Agüela, dijo la muchacha, sentándose junto á la tia Cicerona en un poyo de yeso que habia junto á la puerta de la calle, ¿sabe vd. lo que dijeron esta mañana en la praza, atento á la boda de la mayorazga?

—No lo sé, pero no me lo digas, porque me lo figuro. Dirian que á casa vieja puertas nuevas, ó que á buey viejo cencerro nuevo, y que pobreza no es vileza, pero yo digo, que cada oveja con su pareja, y que si has de vivir conmigo trae algo contigo, porque en casa de mujer rica ella manda y ella grita, y si en esa boda fuera el novio el que contara mas navidades que la novia, aun se podia decir, que á galgo viejo echarle liebre y no conejo, porque eso de que la gallina vieja hace buen caldo, no deja de ser un refran sin sustancia.

—No decian eso, agüela, replicó la muchacha, sino que como el novio no es del lugar, sino que es de Madril, y ella, aunque tiene mucho dinero, no ha salido en jamás de los jamases del puebro, discurren que él la va á hacer mucha burla.

—Esa no es razon, dijo la tia Cicerona, porque aldeana es la gallina, y cómela el de Sevilla; y yo, si me he opuesto á esa boda y se lo he dicho clarito á la mayorazga y á su tia, ha sido porque ella, aunque no es vieja no es moza, que para

San Miguel cumplirá los cuarenta y cinco años, y él es un chicuelo que apenas ha salido del cascaron de la madre, y no tiene sobre que caerse muerto.

—No lo crea vd., agüela, que esotro dia trujo muchos regalos á la novia, y traiba con él un criado muy majo, y los dos venian caballeros en dos mulas, que el tio Pujabante dijo que eran de lo mejor que él habia visto en su vida, y que lo menos valian entrambas bestias 200 ducados.

—Si que valdrian, pero no serian suyas, sino alquiladas, porque en la córte todo se alquila; y los regalos que trujo hará cuenta de pagarlos cuando coja los patacones de la novia.

—¿Pero no piensa vd. ir á la boda, agüela? Dicen que va á ser de lo que no han visto los nacidos.

—¡Ay, hija; y que poco sabes tú de bodas de rumbo! Primero que llegue á la mia cuando me casé con el primer marido que de Dios goce, mucho tiene que andar! No te digo mas, sino que por aquel entonces apenas se estilaban en la córte los mantos de humo, y ya los trujeron dos señoras principales que vinieron á mi boda; y de solo anguarinas negras, habia diez ó doce amigos de mi marido, que las traian sobre sus hombros. Y si me hubieras visto á mí, con mi guarda-infante y mi pollera, debajo de una basquiña de sarga,

con su ruedo, y mi jubon de seda, y mi valona cariñana, toda rizada y prendida con alfileres! Aquello si que era lujo, y no ahora, que con unas capas pardas y unas sayas de anascote las mujeres, ya está todo el gasto hecho. Pues qué te diré de la comida, y de la cena que tuvimos, que aun dura en el pueblo la memoria de los manjares que en ella se sirvieron, y de las sobras que hubo para los pobres. No te digo mas, sino que cuando el cura fué á repartir, con un cucharon la confitura que estaba en una espuerta, le dió mi marido un medio celemin y le dijo:—En mi boda se miden los dulces por fanegas.

—Ay, agüela, ¡quién hubiera estado entonces allí, para quedar harta! Pero mire vd. que la boda de la mayorazga no la irá en zaga á la de vd., y debíamos ir allá.

—Mira, hija, á boda y á bautizado no vayas sin ser llamado, dice el refran, que en la casa del rico cuando seas requerido, y en la del necesitado sin ser llamado.

—Pero agüela, si á vd. la convidaron esotro dia, y aun dicen que la novia está triste porque usted no aprueba el casamiento!

—¿Eso dicen?

—Sí, señora.

—Pues no es verdad; yo hice mis reflexiones porque me preguntaron, y no quisiera que un mozuelo hambriento de Madrid, viniera con sus

manos lavadas, á comerse en cuatro dias una hacienda tan saneada y tan buena como la que le van á dar en dote; y porque si él es holgazan todo se lo llevará el diablo; que á do sacan y no pon presto llegan al hondon; pero ya que ella se ha empeñado en casarse, con su pan se lo coma; suyo es el burro y puede apearse, si quiere, por las orejas, que en agena zaranda solo su dueño manda, y cada cual hace de su capa un sayo; que lo que come mi vecina no aprovecha á mi tripa; y si dije mi sentir fué porque me lo preguntaron, que aunque nunca me meto en la renta del excusado, no quiero que digan que á conejo ido consejo venido; que aunque mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, mas ven cuatro ojos que dos, y yo por su bien se lo dije, que nada me echaba en el bolsillo; y no le quiere mal quien hurta al viejo lo que ha de cenar, y quien bien te quiere te arrancará lágrimas. A fé, á fé, que ellos se han de pasar los buenos ó los malos ratos, que yo á mis viñas voy y de mis viñas vengo, ni salgo ni entro, y lo que quisiera es que la mayorazga se casara bien, porque siempre se ha dicho que crece el huevo bien batido, como la mujer con el buen marido.

Trazas y manera tenia la Cicerona de no concluir de hablar hasta haber soltado todos los refranes de Juan de Malara, y aun los del comenda-

dor Hernan Nuñez, y los de Blasco de Garay, con no pocos de los de Sancho Panza, si á atajarla en su retahila, no vinieran dos hombres, de poco mas de treinta años el uno, y de mas de cuarenta el otro, vestidos ambos con coleto de ante, calzon de paño pardo y media de estambre azul, capotillo corto con manga, y esclavina, y montera de paño con rizado de seda, y gran lazo de hiladillo negro, sujetando la trenza de pelo que les caia sobre la espalda.

—A la par de Dios, dijeron, y se sentaron en el escaño de yeso en que estaba la muchacha, aun antes de que ésta y su abuela les hubieran devuelto el saludo.

—En nombrando al ruin de Roma, cátale que asoma, dijo la vieja, dirigiéndose al mas jóven de los forasteros; ahora mismo estábamos haciendo mencion de tu prima.

—¿Y qué decia vd.? Apuesto cualquier cosa y no pierdo, á que no espera vd. buena cosecha de esa sembradura.

—A mí no me pareció bien dende un principio; eso ya lo sabeis todos; pero en cuanto á lo que luego será, solo Dios lo sabe; que á las veces, donde menos se piensa salta la liebre, y debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor; porque las bodas y las voluntades son como los melones, que no se sabe lo que saldrán hasta que se catan.

—Sí, pero miste que mi prima puede ser madre del novio, porque veinte y cinco años de diferencia, es una disproposicion muy grande.

—Si fuera al revés, que ella tuviese veinte y cinco años menos que él, ya seria otra cosa, porque la esperiencia es madre de toda ciencia, y por muy corrido no es malo un marido; que siempre se dijo, el buey pazca que la becerrita en casa se anda, y el hombre haga ciento mas á la mujer no la toque el viento, aunque yo tengo para mí que en punto á bodas lo mejor es, yo como tú y tú como yo, el diablo nos juntó.

—Por fuerza que la tia Cicerona, dijo uno de aquellos hombres, que como el otro estaba oyéndola con la boca abierta, sabe mas refranes que el que los inventó y que no parece sino qué tiene un adevino que se los sopla á la oreja tan á punto, que nadie diria sino que cada uno ha sido hecho aposta pa el caso.

—De modo y de manera, replicó la tia Cicerona, que decirlos á tontas y á locas, y sin ton ni son, no tendria gracia, porque cada cosa á su tiempo y los nabos en adviento; á cartas cartas, y á palabras palabras, que agua y sol tiempo es de requeson, y sol y agua tiempo es de cuajada. No sino soltar refranes á Deum de Deo, y á caiga donde caiga, que será dar una en el clavo y ciento en la herradura, sin tino ni concierto; que no todo consiste en tener dinero sino en saberlo gastar á

tiempo, que si agosto afirma, setiembre vendimia, y aunque junio madura, julio lleva la fruta.

—Pues con tanto como sabe la tia Cicerona, dijo el mas jóven de los hombres, ¿á que no endivina lo que nos trae agora á su casa?

—¡Como si hubiera necesidad de estudiar en Salamanca para saber á lo que vienen, ocho dias antes de la fiesta de San Roque, el mayordomo y el oficial del santo! Tinto y en vaso que ha de ser sino vino. Traeis un cesto y me ofreceis un racimo y no he de saber que llevais uvas. ¡Pues no ves, hombre, que venís vestidos de fiesta y os asoma por debajo de la capa la bolsa de las limosnas!

—Ya; pero nosotros no venimos á que nos dé usted cuartos, sino á preguntarla una porcion de cosas que ignoramos atento del perdicador, que no queremos que sea como el del año pasado, que apenas echó un latin, ni dijo cosas enrevesadas ni dificultosas, sino que parecia que estaba hablando en romance; y que nos diga vd. donde hemos de ir por los cohetes para que den buen tronío, y chorreen dende el aire muchas culebrinas, y tambien si los novillos se han de traer de los del lado acá ó de los del lado allá del rio, porque si han de ser tan sosos y tan flojos, como los del dia de la Vírgen, no hay divirsion, porque el mozo mas encanijao tiene mas juerza que ellos.

—Ya esperaba yo, dijo la Cicerona sin poder

disimular su orgullo, que habíais de venir á preguntarme esas cosas y todo lo tengo pensado, de manera que ogaño será la fiesta de San Roque la mas lucida de todas, aunque rabien de envidia todos los pueblos de la redonda, y los muchos señores de Madril que vengan á la juncion.

—¡No te lo decia yo! se dijeron uno á otro el mayordomo y el oficial del santo. Si no hay otra tia Cicerona en denguna parte del mundo.

—Ea, vamos, adentro, replicó la Sibila, alzándose en pié, sin soltar la rueca, ni dejar de morder el cañamo, que no quiero que si pasa alguien se entere de lo que os digo; que secreto de muchos no es secreto de ninguno, y de lo que hace la mano derecha no le des cuenta á la izquierda, y os daré tambien un real de vellon para la fiesta, porque el dar limosna no amengua la bolsa.

CUADRO VEINTE Y CINCO.

La fiesta del Santo.

No era capital de provincia, ni mucho menos, el lugar á donde nos hemos dirigido en el cuadro anterior, llevados de la justa celebridad de la tia Cicerona; pero aunque no tenia mas que doscientos cincuenta vecinos, estaba provisto de dos conventos, uno de frailes descalzos y otro de monjas calzadas, y si bien es verdad que le faltaba escuela de instruccion primaria, los muchachos, que querian aprender á leer y á escribir, podian hacerlo con solo andar legua y media, que no estaba mas lejos la cabeza del partido, donde además del maestro de escuela, se encontraba un médico, un cirujano y una botica. Y estos últimos elementos de la ciencia de curar eran casi tan excusados como el del magisterio, porque si

este le suplian los varios maestros de gramática parda que habia en el pueblo, los enfermos estaban asistidos por la tia Cicerona, y alguna otra vieja curandera de las que abundaban entonces en todos los lugares. El convento de frailes y el de monjas, suministraban gratis algunos medicamentos y no pocas recetas infalibles contra las enfermedades mas comunes, y como por otra parte el país era muy sano, apenas se sentia la falta del médico y del cirujano, los cuales eran muchas veces suplidos por el tio Pujabante; que aunque, por su oficio de albeitar, solo tenia obligacion de asistir á los animales, asistia y curaba tambien á sus semejantes. Unas cuantas fanegas de tierra en la vega, que solo distaba dos leguas de la poblacion, grandes terrenos de secano, un cacho de monte bajo, y dos ó tres rebaños que pacian en la cañada, proveian á todas las necesidades de la vida, y para comer la mayor parte de los dias un tasajo de carne de oveja, y un plato de judías, con su racimo de uvas ó su tajada de melón en verano, y ensalada ó una rebanada de queso en invierno, no necesitaba el lugar de la tia Cicerona pedir nada á los inmediatos. Fuera de que para regalarse de vez en cuando con un par de perdices, un conejo y tal cual vez una liebre, tampoco tenian necesidad de salir del término; y aun del estanque que habia en el convento de los frailes, solia alcanzarles, *alicuando bonus*,

media docena de tencas y algunos barbos. Con todo esto se pasaban allí los dias y los meses sin ver un forastero, y como no habia ni carreteras, ni aun caminos de herradura, se disfrutaba una tranquilidad y un sosiego envidiables.

Ni el rodar de los carruajes, ni el galopar de los caballos, turbaban el silencio de aquellas gentes; y ni siquiera oian el látigo del postillon, que les llevaba la correspondencia, una vez cada semana, porque como el lugar no lo era de tránsito para ninguna parte, las *postas á la ligera*, que así llamaban á los correos que andaban á legua por hora, dejaban las cartas, cuando las habia, media legua de allí, y al lugar las llevaba el pastor que iba á vender la leche, ó el pregonero, que era el que oficialmente tenia esta obligacion, sin que ella le eximiera de otras muchas, como la de tocar el manicordio en la iglesia, rapar las barbas al vecindario, y ayudar, por analogía con este último oficio, al cortador de la carne de oveja.

Pero en la fiesta del santo titular del pueblo, que era San Roque, en la Vírgen de la Parra, en la del convento de frailes, y sobre todo, en la feria que se celebraba todos los años, desaparecia el quietismo de la poblacion, y los doscientos cincuenta vecinos daban posada á mas de quinientos forasteros, y ponian sus cuadras á disposicion de doscientas ó trescientas caballerías.

Desde la primera hora de la madrugada, del dia que precedia al de la funcion, empezaban á llegar los huéspedes, á pié los hombres y en borricos las mujeres, y todos eran amorosamente recibidos en las casas de sus amigos y parientes, declarándose desde aquel momento la animacion y la alegría en el lugar, y comenzando á repicar las campanas y aun á tronar en el aire algun cohete, cuyo estallido producia sudores de entusiasmo y escalofríos de risa en todas las gentes.

Ponderaban los del lugar á sus huéspedes, la mano de pintura que se habia dado á la carroza de la Vírgen, el enlucido ó revoque de la ermita, el árbol de pólvora, los novillos, las enagüillas bordadas que estrenaba el Cristo de la Aceituna, y todas las demás novedades y preparativos de la funcion. En cada casa se habian preparado con dos cochuras de pan y una de bollos, catando una tinajilla de lo añejo, y moscatel si era posible; y con esto, y hacer una mala partida á tres ó cuatro gallinas, de las menos ponedoras, y segar en flor el porvenir de un cerdo y el de una oveja, aunque no fuera al pueblo, que dificilmente dejaria de ir, el vendedor del escabeche, y se le acabara al tendero la provision del bacalao, estaban todos seguros de poder obsequiar á sus huéspedes. Higos secos, garbanzos tostados, pasas y almendras, y algo de confi-

tura, con sus tortas de cañamones, sus ojuelas y alguna otra fruta de sarten, eran artículos de repostería que andaban de sobra en esas fiestas, y con ésto no podia faltarles nada. Tenian proporcion y facilidad de comer, antes y despues de ir á la iglesia, cuando visitaban y cuando eran visitados, en los novillos y fuera de ellos, y aun al alzar la cabeza y abrir la boca, para acompañar con un ¡*ah!* prolongado, las luces de los cohetes, solian echarse al gaznate un puñado de cañamones tostados, ó dar un beso á la bota del moscatel.

Con tales preparativos y tan buenas disposiciones, alejaban el mal humor, y reinaba tan á sus anchas la alegría, que mal año para el que hubiese querido aguar la fiesta con una mala noticia. Y á fé á fé, que como estas no hubiesen ido por el aire, (como mas tarde han venido y entonces solo iban los pájaros, las tercianas y los cohetes), no hubiesen podido llegar al pueblo, porque el correo semanal, único mensajero de las malas y las buenas nuevas, si acertaba á llegar á la parada de postas, la víspera de la funcion, allí se aguantaba los tres dias que duraba esta, sin que nadie se cuidase de recogerle.

¡Pues para andar deletreando cartas y traduciendo oficios del gobierno, estaba el alcalde, en semejantes dias, cuando no se sabe como tenia cuerpo para ir y venir de un lado para otro,

oyendo las impertinencias del posadero, sobre tal ó cual huésped á quien le habian visto un paquete de barajas, y se les antojaba pájaro de mal agüero, y con las informaciones de buena vida y costumbres, que habian de hacer los que pedian licencia para poner un puesto de rosquillas, ó un tinglado de aloja! No, sino pedirle al cura que leyese una carta, aunque fuera del vicario del partido, ¡y á ver quien habia de ensayar la salve á los chicos de la escuela, cuyo maestro de coro era el pregonero, ni quien se cuidaria de que la iglesia estuviese hecha una ascua de oro el dia de la funcion!

Nadie podia perder el tiempo leyendo cartas, y todos hacian bastante con callar, asomándose á la puerta de sus casas para oir al pregonero, que andaba de esquina en esquina anunciando al vecindario la hora del encierro de los novillos, la de la salve, la de la misa mayor y el sermon, la de la vaca del aguardiente, la de la procesion, la de los novillos de mañana y tarde, la de la pólvora, y la de los títeres. Cuya última parte habia dado mucho que hacer al alcalde, porque aunque el titiritero habia ofrecido que serian variados y honestos sobre todo, y hasta se habia atrevido á responder con su cabeza de que no habria desgracias, como la cabeza del titiritero, no era lo que pedirian los señores del Consejo, si en la funcion ocurria algun desman, ó no se guardaba la decen-

cia de costumbre, el alcalde estaba perplejo, y tardaba mucho, y tomaba grandes precauciones antes de dar su consentimiento para la fiesta.

Si no llovia la víspera de la funcion, y valia mucho que no lloviera, para que el regocijo no se aguara, el encierro del ganado no le veia nadie aunque salian á verle todos, y se reducia á una manga de polvo, dentro de la cual venian diez y ocho ó veinte novillos, doscientos ó trescientos hombres, y otras tantas caballerías. Tres ó mas horas habian estado esperando los del pueblo y los forasteros, y locos de alegría, porque ya tenian en su casa los huéspedes del regocijo, iban de prisa á merendar, para no haber falta en la salve, saliendo al encuentro mas de un novillo, de los varios, que por gracia de los encerradores las mas veces, no habian entrado en el corral, y estas corridas, que no habia anunciado el pregonero, solian ser la parte mas divertida de la funcion.

Y desde ese momento, en que un novillo los hacia apretar el paso, hasta las doce de la noche del martes en que daban el último paso de seguidilla en el baile, ya no cesaban de correr aquellos perezcsos heraldos del ferro-carril.

Las cinco comidas que tenian en el dia, eran precipitadas y de grande angustia, porque á la hora del desayuno, les decian:—vamos corriendo, que ya estará en la plaza la vaca del aguardien-

te; cuando volvian, corriendo, á almorzar, se decian unos á otros, que era preciso correr para alcanzar buen punto en la iglesia, enfrente del predicador si era posible; á comer iban de prisa y corriendo, para volver á la procesion; merendaban en abreviatura, porque no querian perder la funcion de pólvora; y cuando se sentaban á cenar, les hacia titeretes en el estómago el miedo de perder algun paso del titiritero y corrian al corralon del ayuntamiento, donde con seis colchas, diez ó doce cazuelas con una torcida y una libra de aceite, dos guitarras y un violin, se habia improvisado un teatro magnífico.

Con esto, y el cuidado de madrugar, para oir la música que daban al mayordomo y oficiales de la Vírgen, dormian poco ó nada, las noches del sábado y el domingo; y el lunes le pasaban entero en la plaza, viendo correr cuarenta toros; veinte por la mañana y los mismos que volvian á dejarse correr por la tarde. Por supuesto, que entre el novillo, el carro que servia de burladero, y los toreadores, hacian muchas barbaridades y sucedian no pocas desgracias; pero, precisamente para eso habia sido consultada la tia Cicerona: para que los novillos fuesen bravos, y tuvieran casi tanta fuerza como los mozos.

Ese dia cenaban los hombres con mas descanso, porque desde que acababa la corrida hasta que empezaba el baile, habia una tregua de mas

de una hora; pero las mujeres la perdian y no les bastaba, en adornarse y componerse para el baile, que era verdaderamente donde habian de lucirlo las del lugar y las forasteras. Alguna mirada escudriñadora y tal cual gesto de envidia, con no pocos guiños de burla, se habian dirigido en las funciones de iglesia y en los novillos, pero todo ello no valia nada para lo que pasaba en el baile. Allí habia cada melindre, y cada etiqueta, capaz de producir una guerra á muerte entre dos pueblos amigos, ó una separacion eterna entre dos familias hermanas. Allí se picaba y se repicaba, tanto con los ojos como con la lengua, y como los pies no estaban quietos sino que bailaban solos, era cosa de ver y de oir lo que se decia, sobre si las del Tajuña eran mas sosas que las del Jarama, ó si menudeaban y trenzaban mejor éstas que aquellas, y aun si las unas *echando mejores laidás* que las otras, tenian mas honestidad en las piernas y menos desenvoltura en los brazos.

Por supuesto, lector, que lo que entonces se llamaba y se tenia por desenvoltura, pareceria ahora un envoltorio de cartujos, porque figúrate que las piernas tenian para volar la estension del vuelo del zagalejo, que era de cinco á seis cuartas; y los brazos, además de estar encerrados en una manga estrecha, tenian encima un pañuelo que apenas les dejaba jugar las castañuelas. Pe-

ro así y todo, habia sus censuras, fundadas sobre la mayor ó menos libertad en los bailes, y las autoridades tuvieron no poco que hacer algunas veces para corregir ciertos excesos. Porque no consistia en que enseñasen mas ó menos la punta del pié, sino que por ahí se empezaba, y Dios sabe por donde se podria concluir; y esto es de lo que entonces se cuidaban, sobre todo, de que no se empezara. Un novillo enmaromado, decian aquellas pobres gentes, enmaromadas tambien, se recoge cuando se quiere, pero un novillo suelto no se recoge sino cuando á él le da la gana.

Por eso aunque ya iban soltando algunas cosas buenas en la capital del reino, las soltaban enmaromadas y las recogian antes de que llegasen á las capitales de provincia, y cuidando sobre todo, de que no las viesen pasar ni las oliesen siquiera los lugares de poco vecindario.

¡Qué felices somos ahora, lector de mi vida, en que toda clase de doctrinas y todo género de placeres y de diversiones, se sueltan sin maromas, y no se recogen nunca, sino que si hacen algun daño, sacamos á la calle unas cuantas piezas de artillería y cortamos por lo sano, si es tiempo de cortar, y no nos cortamos antes de tiempo!

¡Qué felices somos ahora; pero que viejos de ochenta y cinco y noventa años, se criaban en-

tonces en aquellos pueblos, que veian al cartero una vez á la semana, al titiritero una vez al año, al polvorista por San Roque y la Vírgen, y al diputado del distrito nunca, y á las letras de molde en el breviario del cura, y en el ejemplar del *Don Quijote* que tenia el beneficiado!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

CATÁLOGO

de los cuadros comprendidos en esta primera sala del Museo de AYER, HOY Y MAÑANA.

7 vols.

£7